

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAGUASCO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

COCHIN

PLATON

6

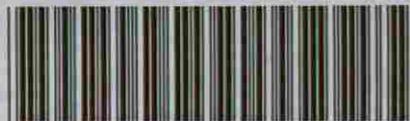
BV43

C6

v. 6

132988

008533



1080015171



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

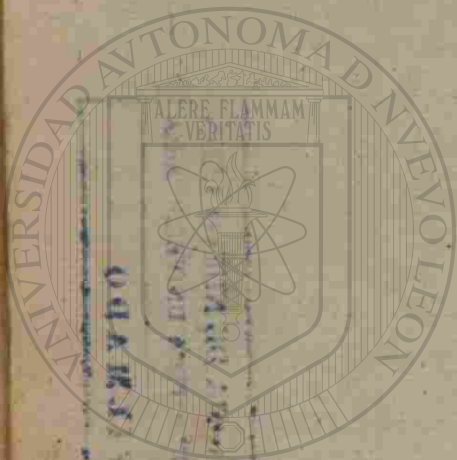


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO BILIBATECA UNIVERSITARIA

3-23-83 MICROFILMADO R-50-



PLÁTICAS
Ó
INSTRUCCIONES FAMILIARES
SOBRE
LAS EPÍSTOLAS Y EVANGELIOS
DE TODO EL AÑO,
Y DE LAS PRINCIPALES FIESTAS
QUE CELEBRA LA IGLESIA.
ESCRITAS EN FRANCÉS
POR MR. COCHIN,
CURA PÁRROCO DE SANTIAGO EN PARÍS.
TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO VI.

CON LICENCIA
POR DON BENITO CANO.
AÑO DE 1800.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

BV 43

CG

V.6

PABITAZA



Se hallará esta obra en Madrid en la Librería de Frances, calle de las Carretas; de Roquel en la de los Preciados; en Sevilla en la de Caro; en Cádiz en la de Pájaros; en Granada en la de Colon; en Valencia en la de Rior; en Zaragoza en la de Monge; en Burgos en la de Hervias; en Salamanca en la de Barco; y en Barcelona en la de Sierra.

FONDO CISTERIO
VALVERDE Y TELLEZ
132888

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
BIBLIOTECA CENTRAL

3

DOMINGO XV.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS GALATAS.
cap. 5. v. 25. 26. y cap. 6. v. 1. 10.

Hermanos: Si vivimos por espíritu, andemos también por espíritu. No seamos codiciosos de vana gloria, irritándonos los unos á los otros, envidiándonos los unos á los otros. Hermanos, si alguno como hombre fuere sorprendido en algun delito, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á tí mismo, no seas también tentado. Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumplireis la Ley de Christo. Porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Mas pruebe ca-

A 2

008388

4 Domingo XV.
da uno su obra, y así él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro. Porque cada qual llevará su carga. Y el que es doctrinado en la palabra, comunique en todos los bienes al que le doctrina. No queráis errar: Dios no puede ser burlado. Porque aquello que sembrare el hombre, eso también segará. Y así el que siembra en su carne, de la carne segará corrupción: mas el que siembra en el Espíritu, del espíritu segará vida eterna. No nos cansemos pues de hacer bien: porque á su tiempo segaremos, si no desfallecemos. Y así mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á los domésticos de la fé.

INSTRUCCION.

En la Epístola de este día habla el Apóstol San Pablo, segun que le habia enseñado la experiencia adquirida en el exercicio de su ministerio; y si se explica de esta manera en un tiempo en

despues de Pentecostes. 5
que la fé y la caridad mantenian la sencillez de las costumbres, y en que eran comun la union fraterna, ¿qué diria, hermanos míos, si fuese como nosotros el testigo de tantos daños como causa el orgullo, de todas las querellas que se suscitan en el interior de vuestras casas; de todas las palabras indiscretas de que os servís para despedazaros los unos á los otros; de la poca ó ninguna sensibilidad en las desgracias y aflicciones del próximo; de la falta de equidad en los juicios, y en una palabra de tantos desórdenes como reynan entre vosotros? Ya no bastan, simples instrucciones, se necesitan castigos y amenazas si se ha de sacar algun partido.

¿Pero tendrán algun valor mis palabras, careciendo de las virtudes, y de la autoridad del Apóstol para reformar los abusos de que soy testigo? ¿Producirá algun fruto esta instruccion? No me lisongo, hermanos míos, de poder corregir todos los vicios que reynan entre los Christianos; pero á lo ménos, si Dios se digna derramar la unción sobre mis palabras, espero que podré disminuirlos, y por tanto pedidle que me co-

munique sus auxilios, y prestadme atencion.

La instruccion que nos da hoy el Apóstol, es como la consecuencia de todas las que daba á los Gálatas, y que la Iglesia ha expuesto á nuestra consideracion el Domingo pasado. En aquella Epístola compara las obras de la carne con los frutos del espíritu, y hoy hace esta comparacion mucho mas sensible, mostrándonos las cosas que se oponen mas á la caridad que es el verdadero carácter y el verdadero espíritu de los hijos de Dios. Por tanto, y para dar á conocer el mal en su raiz, después de habernos dicho si vivimos por espíritu, andemos tambien por espíritu, añade: no seamos codiciosos de vanagloria, irritándonos los unos á los otros, envidiándonos los unos á los otros, como si dixese: ántes de hablar depongamos todo el amor propio, porque este amor es la causa de los desórdenes que reynan en la sociedad, y singularmente de aquellos que el Apóstol nos va hoy á designar.

El amor de la vanagloria es la causa de la oposicion que reyna entre nosotros y de las disputas escandalosas que

se suscitan sobre una palabra de poca monta, ó sobre una materia tal vez indiferente, en las quales no se reparan ni los términos, ni las invectivas, ni las amenazas, resultando frecuentemente enemistades, resentimientos y antipatías, que por lo regular no tienen fin. Sí, el amor propio es la causa de todos estos desórdenes. El es quien dicta ese orgullo que nos hace despreciar á todos los inferiores: él es quien mantiene esa fatua firmeza de carácter que ostentamos para cohonestar nuestra soberbia, y no ceder de nuestros caprichos: él es el que pone en nuestra boca esas palabras y esos gritos indecentes y escandalosos, que sin remediar los males que pretendemos corregir, son causa de perder la opinion entre las personas que nos oyen. Confieso, hermanos míos, que aunque se renueva este abuso sin cesar en el interior de vuestras casas, me parece siempre inconcebible. En efecto, no es posible llegar á conocer como por una palabra que no merece atencion, y que en realidad debiera disimularse ó despreciarse, se suscitan entre los esposos, entre los padres y los hijos, y entre los hijos mis-

mos disensiones y contiendas que no podemos dirimir á pesar de toda la prudencia imaginable y de los motivos mas poderosos de la religion. ¿Pensais que en estos casos bastará conciliar la paz persuadiendo á unos y á otros las ventajas que ella nos procura, y los males que traen consigo semejantes desórdenes? ¿No se rompe todo el respeto que debe reynar entre las familias? ¿no atropellan por todo para echarse en cara sus defectos reciprocos? ¿Se guarda algun pudor, alguna modestia? ¿No se pasa muchas veces á las manos, y se cometen delitos que horrorizan á la naturaleza misma? La imprudencia de los padres y de los mayores, ¿no es la causa de que los hijos y los inferiores los falten á la obediencia y al decoro que se les debe, y de que incurran en delitos que tal vez no hubieran cometido? Tendrán que responder en el tribunal supremo al cargo que les hará el Soberano Juez de la perdicion de unas almas, que conducidas de otra manera, y llevadas por los caminos de la piedad, de la humildad, y del buen exemplo, hubieran hecho el honor de su familia?

Pero todavía hay otro desorden que nace naturalmente de la vanagloria, y es la envidia, bien sea que este sentimiento se funde sobre ciertas preferencias y honores que se conceden al próximo, ó sobre los méritos que le distinguen de todos; ó bien que se forme dentro de nosotros mismos por la superioridad de luces y de virtud que nos imaginamos tener sobre los demas. Este vicio corroe el corazon, y quando en un principio no se reprime, sin duda es capaz de llevarnos á los últimos excesos. La envidia es el pecado del diablo, y por ella se declaró contra Dios mismo, y destruyó la subordinacion que debia la criatura á su Criador. ¿Nos admiraremos si este vicio no respeta en el seno de las familias, ni los vinculos de la sangre, ni los de la humanidad? Pero un Christiano que corresponde á su vocacion, está muy distante de la envidia. Los felices sucesos del próximo, su buena reputacion, los honores que goza, los bienes que disfruta, jamas afligen su corazon, sino que por el contrario alaba la Providencia que así ha querido deramar sus dones,

Las máximas que nos da hoy el Apóstol son muy poderosas para resistir este pecado. Si alguno como hombre, dice, fuere sorprendido en algún delito, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre; y tú considerate á tí mismo, no seas también tentado. No dice el Apóstol, si alguno peca, reprehéndele con aspereza, hacédle sentir su falta con reprehensiones amargas: tampoco dice, quando tu hermano peca, triunfa de su debilidad, y toma ocasion de su pecado para ensalzarte y manifestar tu autoridad y tu poder, publica sus faltas, y pintalas con los colores mas negros; y si no tienes motivos bastantes para quitarle su crédito, atribúyete intenciones y motivos si-niistros. No, hermanos míos, el Apóstol no habla de esta manera, pero vuestra conducta se rige por estas reglas; y así quando debiais disculpar á vuestro hermano, suponeis que obra siempre por malicia, y quando debiais ensalzarlo, no estudiáis mas que en los medios de deprimirlo, y propagar sus calumnias. Si cada uno se considerase á sí mismo, y viese quan expuesto es-

taba á ser también tentado, trataria con mas consideracion á su próximo, y encubriria y disculparia sus faltas. Si en efecto, se examinase á sí mismo, y quisiese hacerse justicia, no solo veria que podia ser tentado, sino que lo habia sido: no solo que era capaz de las faltas que reprehende al próximo, sino que quizá habia caído en otras mucho mayores, las cuales por ser mas ocultas, no eran ménos reprehensibles; y si la conciencia le ofrecia motivos de tranquilidad, conoceria mucho mas el peligro á que está expuesta la fragilidad humana. Entónces sondearia su corazón con aquel cuidado que le sondeará Dios en los dias de sus justicias, y encontraria el origen, no de los defectos particulares del próximo, sino de todos los desórdenes de que es capaz la humanidad.

Pero ved cómo se explica el Apóstol acerca de esta materia: llevad los unos las cargas de los otros: este es el colmo de la caridad. En efecto, traer sobre sí las faltas de sus hermanos: expiarlas en la presencia de Dios con los gemidos del corazón: implorar para ellos con fervorosas oraciones las gracias de

conversion, y sobre sí mismos las de preservacion: aydarlos con buenos consejos á romper sus cadenas, y á purificar sus pecados, animarlos con mansedumbre á correr por el camino de la penitencia y de las lágrimas; y en fin, excusarlos quando abrazan estos medios con repugnancia, son todas obligaciones que nos dicta la caridad; pero sin embargo son muy raras entre vosotros, y las mirais con demasiado abandono. No podré yo preguntaros con el Apóstol, ¿por qué causa usurpais á Dios el derecho de censurar y juzgar al próximo? Tened pues entendido que si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. ¿Qué dirémos al ver que los Santos en el momento de su muerte, y á vista de los juicios de Dios exclamaban diciendo: Señor, somos pecadores; y si vuestra misericordia no se digna mirarnos con ojos de compasion, tememos mucho que sean inútiles nuestros trabajos y penitencias!

Sí, Christianos, esta es una máxima que no debemos nunca perder de vista. Nada somos á los ojos de Dios que no ve en nosotros sino imperfecciones y miserias, y á lo mas las reliquias

de un bien que se ha dignado confiar-nos. Nada somos á los ojos de los hombres, los cuales solo nos tendrán en memoria, si hemos desempeñado las obligaciones que nos prescribe la caridad. Nada finalmente somos á nuestros propios ojos, que son los testigos diarios de nuestros pecados y de nuestra impotencia para salir de un estado tan terrible. Así, dice el Apóstol, cada uno praebe su obra, y él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro. En efecto, si cada uno se examínase á sí mismo de la manera que examina á su hermano; si detestase sus faltas como las del próximo; si las tratase con la misma severidad con que reprime las de sus inferiores, sin duda sus inclinaciones mas dominantes cederian á un exâmen tan escrupuloso, y él se haria mas comedido y prudente.

Quando comparezcáis en el tribunal de Jesu-Christo, no tendréis que responder sobre las faltas del próximo, sino ha sido inducido á ellas por vuestros exemplos, ó no las habeis favorecido y autorizado con vuestro silencio; pero responderéis directamente de

los pensamientos injustos que han agitado vuestro espíritu, de las palabras precipitadas y escandalosas que habeis proferido, de los pecados sin número que cometeis diariamente, y de tantas omisiones voluntarias en que habeis incurrido á cada paso. No perdais de vista, Christianos, esas prevaricaciones que os hacen tan culpables, porque éste sin duda será el medio mas poderoso para contener esa costumbre pernicioso de indagar y acriminar las faltas de vuestro próximo.

El Apóstol San Pablo, habiendo expuesto ya los principios generales de la caridad, trata como de paso de una obligacion de justicia, y dice: el que es doctrinado en la palabra, comuniquen en todos los bienes al que le doctrina. Esta es la primera vez, hermanos míos, que os hablo de una materia de mucha importancia; pero que sin embargo no será considerada por todos de la misma manera. El Apóstol en estas palabras indica la obligacion que tienen los fieles de mantener á sus Ministros, obligacion que en el dia se desprecia por muchos que quisieran arrancar de nuestras manos quanto poseemos, y que traba-

jasemos corporalmente para comer; pero ellos no consideran los cuidados, las vigiliias y el estudio que exige la cura de sus almas, y que este trabajo merece una retribucion si se han de guardar las reglas de la justicia. Este ha sido el motivo poderoso que han tenido los fieles desde los primeros tiempos para pagar los diezmos, y primicias á los Ministros del culto; y prescindiendo ahora de si la quota que está determinada es, ó no, de institucion divina en la ley nueva, ello es cierto que se ha pagado desde los primeros siglos, aunque con alguna alteracion en varias Provincias por condescendencia y convenio de los Ministros mismos. Por tanto si baxo qualquier pretexto les defraudais estos derechos en todo, ó en parte, cometeis una injusticia enorme, y estais obligados á la restitucion si quereis salvar vuestras almas. Decis que los Ministros son avaros; pero yo diré que si cumplieseis con toda exactitud la ley que prescribe el Apóstol de comunicar en todos los bienes al que os doctrina, no tendrian que molestaros algunas veces para exigiros por la fuerza lo que por todos títulos les perte-

nece. Sin embargo, infelices de nosotros, si damos al pueblo de Jesu-Christo el escándalo de tratarle con dureza para exigir nuestros derechos, y si despues de tomar lo necesario para nuestra subsistencia, no imitamos la pobreza de Jesu-Christo, y nos desprendemos de toda superfluidad, acreditando que somos los discípulos de un Maestro que no tenia donde reclinar su cabeza.

Sí, Christianos, debéis poner toda la diligencia posible para cumplir con este precepto, de manera, que no acontezca que trabajando vuestro Pastor para conducir su rebaño á los buenos pastos, le falte á él su alimento. Pero tambien debéis vosotros, Ministros de Jesu-Christo, abrir vuestro corazón para todos los pobres. Si el pueblo os contribuye, es con el fin de recompensar vuestros trabajos, y excusaros otros corporales que no parecerian propios ni decentes á vuestro estado; pero no quiere por eso que aquella parte de bienes de que se desprende, se convierta en otro uso que el de vuestra precisa y moderada subsistencia, segun las reglas y la doctrina de Jesu-Chris-

to. Teneis por tanto la estrecha obligacion de repartir en el mismo pueblo aquello que os sobra; y si por desgracia no lo haceis de esta manera, y fomentais la avaricia y algunos otros vicios que deshonorarian la perfeccion y santidad á que debe aspirar un Sacerdote, cometereis tambien una injusticia enorme, y estareis obligados igualmente á responder de los clamores de los infelices, que habiéndoos hecho presente sus miserias, se han vuelto á sus casas desconsolados.

En fin, hermanos míos, considerad las siguientes palabras del Apóstol. Aquello que sembrare el hombre, eso tambien segará, y así el que siembra en su carne, de la carne segará corrupcion: mas el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna. No nos cansemos pues de hacer bien, porque á su tiempo segaremos, sino desfallecemos; y así mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á los domésticos de la fe; es decir, á aquellos que estan unidos á nosotros con los vínculos estrechos de la caridad. Comuniquemos nuestros bienes, no endurezcamos

nuestro corazon á la vista de sus miserias, quando tenemos para remediarlas. La caridad es inmensa como Dios; pero tambien á su semejanza se comunica mas ó ménos, segun las reglas de su sabiduría. Así no es singular en la efusion de sus bienes, ni se dexa llevar de los caprichos y miras particulares, sino que por el contrario estudia las necesidades y las personas, y no hace consistir su gloria en algunas limosnas fastuosas, mientras que por otra parte abandona á los domésticos, que gastan su vida y su salud en los trabajos, y á los vecinos que se ven reducidos á una miseria extrema. El Christiano caritativo se dedicará particularmente á fomentar y dar auxilio á los pobres de su misma Parroquia y de su mismo barrio; y por este medio imitará con humildad á aquel Señor, que hace lucir su sol sobre los buenos y los malos, y que quiere la salvacion de todos.

Dios mio, dadnos á conocer toda la extension de estas reglas. Abrasada nuestro corazon con un rayo de vuestra caridad, y entonces se abrirá nuestro entendimiento, y se ilustrará nues-

tro espíritu. Esta caridad nos hará conocer las gracias que os debemos, y por su virtud cumpliremos vuestra ley. Ella será el origen de una paz inalterable en las familias; de una discrecion sabia y prudente en las conversaciones; de una tierna conmiseracion para con los infelices; y en fin suavizará la vida del Christiano en el tiempo, y colmará su esperanza en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 7. v. II. 16.

En aquel tiempo: Aconteció que Jesus iba á una Ciudad, llamada Naim: y sus discípulos iban con él, y una grande muchedumbre de pueblo. Y quando llegó cerca de la puerta de la Ciudad, he aquí que sacaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, la qual era viuda: y venia con ella mucha gente de la Ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, le dixo: no llores. Y se acercó, y tocó el féretro. Y los que

lo llevaban, se pararon. Y dixo: Mancebo, á tí digo, levántate. Y se sentó el que había estado muerto, y comenzó á hablar. Y le dió á su madre. Y tuvieron todos grande miedo, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran Propheta se ha levantado entre nosotros: y Dios ha visitado á su pueblo.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo, hermanos míos, se aprovecha de todas las circunstancias que se le presentan para instruirnos. Si consideramos el espectáculo que ofrece á su vista el aparato fúnebre que detiene sus pasos; la edad, y la qualidad del mancebo que llevaban á enterrar; el dolor y las lágrimas de una madre viuda que había perdido un hijo único; el interés que toma en su aflicción, y el medio que escoge para consolarla; encontraremos abundantes y útiles instrucciones, bien se considere este suceso en el sentido natural y literal que

nos ofrece, ó que deduzcamos consecuencias puramente espirituales. ¡Qué lecciones, hermanos míos, tan importantes, sobre las obligaciones de la caridad christiana; sobre el uso que debemos hacer de las aflicciones de la vida, y sobre la necesidad de prepararnos para la muerte que á cada instante puede sorprendernos, supuesto que no respeta ni la edad, ni la qualidad de las personas, y que nadie puede abstraerse de su imperio. Pero si de la letra pasamos al espíritu; si en este mancebo difunto reconocemos el estado de un alma conducida por el pecado á la muerte eterna; si en esta viuda afligida miramos á la Iglesia anegada en lágrimas á la vista de los desórdenes y la pérdida de sus hijos; si en la conducta de Jesu-Christo, resucitando este difunto, consideramos la que debe tener un Ministro sabio y prudente, quando quiere trabajar con eficacia en la curacion de las almas; en una palabra, si en este hijo restituído á una madre desconsoлада, descubrimos el modelo de un pecador verdaderamente convertido, y vuelto á la Iglesia que lloraba su muerte: ¿no podremos deducir las consequen-

cias mas importantes? ¿No tendremos un manantial inagotable de instrucciones? Reunamos pues todas estas verdades, y expliquemos en un corto discurso la moral que contiene el Evangelio: oidme.

El suceso de que voy á instruiros aconteció á las puertas de la Ciudad de Naim. A primera vista parece que la casualidad conduxo á Jesu Christo á este sitio; pero teniendo presente que caminando de pueblo en pueblo para instruir á las gentes, siempre dexaba en cada uno de ellos pruebas de la bondad de su corazon para que confirmasen su doctrina; admiraremos sobre manera la sabia prevision con que dispuso este suceso.

Aconteció pues, dice el Evangelio, que iba Jesus á una Ciudad llamada Naim: y sus discípulos iban con él, y una grande muchedumbre del pueblo; y quando llegó cerca de la puerta de la Ciudad, he aquí que sacaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, la qual era viuda, y venia con ella mucha gente de la Ciudad. Qualquiera que fuese ménos compasivo que Jesu-Christo, no hubiera fixado su aten-

cion sobre este espectáculo; pero siendo tan sensible por naturaleza á todos nuestros males, inmediatamente nos consuela y nos remedia. Hoy por tanto quiere dar pruebas de su sensibilidad enxugando las lágrimas de una viuda afligida, y restituyendo la vida al hijo que llora perdido; pero antes de tratar de la naturaleza del milagro, detengamonos un poco en sus circunstancias.

Consideremos en primer lugar que este difunto era un jóven, que por el orden de la naturaleza no debia morir tan pronto. El Evangelio no se explica acerca de la clase y duracion de su enfermedad; pero la grande afliccion que manifiesta su madre, nos da una idea de que no habia sido muy larga, porque sin duda no estaba preparada para este triste suceso. ¿Pero no vemos todos los dias muchas personas sanas y robustas, que sin enfermedad ni causa conocida mueren de repente? ¿Acaso la robustez y la lozanía de la juventud son presagios seguros de una larga vida? Quando se nos cuenta un suceso de esta naturaleza, temblamos dentro de nosotros mis-

mos; ¿pero reformamos por ventura nuestra vida? ¿Nos preparamos para la muerte con las buenas obras? ¿Tomamos las precauciones necesarias, y nos hacemos mas vigilantes para precaver esta sorpresa? Este hombre era jóven, advertencia saludable para todos los que se confian demasiado en su edad y en su salud; pero tambien era hijo único de una viuda, y esta circunstancia interesaba todo su amor.

El dolor de esta muger hubiera sido sin duda ménos vivo, si despues de haber hecho á su hijo las últimas exequias, hubiera encontrado al volver á su casa otros hijos capaces de recompensarla de la pérdida; pero muerto éste, ¿quién podrá enxugar sus lágrimas y consolarla? A esta circunstancia tan lastimosa se juntaba la de ser viuda. Dios al quitarla su marido habia llenado su corazon de amargura; pero la dexaba en su hijo un apoyo de su vejez. Ahora que tambien le falta este apoyo, ¿quál será su recurso en adelante? Ella pues carece de todo consuelo. La desesperación y el dolor en una desgracia semejante parece que debian llenar los dias de su vida; y la

muerte sería sobre todo el remedio mas dulce y apetecible en tan triste situacion. No pensais vosotros, hermanos míos, de esta manera en semejantes trabajos. Si Dios por sus altos designios os quita los bienes, la fortuna, los hijos, y arranca de entre vosotros los objetos mas amados, ¿no prorumpis en ayes lastimosos, no rehusais todos los consuelos que os ofrece la religion, no insultais la Providencia con murmuraciones escandalosas? Es verdad que hay trabajos y aflicciones en la vida capaces de consternar el alma mas fuerte; pero Christianos, el mal uso que haceis de estos trabajos es sin duda la causa de que os falten los verdaderos consuelos. No quereis conocer que la mano poderosa de Dios es la que os affige, y mientras que buscáis recursos mundanos, dexais de acudir á su misericordia. Los consuelos de los hombres solo pueden mitigar el dolor por un tiempo; pero quando volveis á la soledad, y entraís dentro de vosotros mismos, os atormenta la imaginacion, trayéndoos á la memoria mil ideas que vuelven á constituir vuestro corazon en la mayor amargura. Así lo experimenta la viuda

de que nos habla hoy el Evangelio. Es cierto que venia con ella mucha gente de la Ciudad para consolarla en su afliccion; pero ¿no servia mas bien este numeroso acompañamiento para recordarle su pérdida? No hubiera vuelto á su casa con los mismos sentimientos, si Jesu-Christo, luego que la vió, no se hubiera movido de misericordia?

Los consuelos humanos, hermanos míos, son impotentes y muy débiles quando se comparan con los que nos ofrece la religion. Unas criaturas sujetas á los mismos trabajos podrán muy bien compadecerlos; pero esta compasion será siempre estéril, ó porque ignoran los medios de aliviarlos, ó porque son incapaces de ponerlos por obra. Y sino, decidme, ¿habeis experimentado alguna vez un consuelo sólido? Pero ya que tan impotentes son las criaturas, acostumbraos á reconocer la mano de Dios, volveos á Jesu-Christo, y entonces conseguireis la ventaja, ó de abreviar y dulcificar vuestras penas, ó de hacerlas útiles con la paciencia y la resignacion. Así lo experimenta la viuda de nuestro Evangelio. Jesu-Christo la vé, la com-

padece, y la dice, no llores. En estas palabras no condena sus lágrimas, porque sabe que hay circunstancias en que son legítimas, y la religion misma permite á las almas piadosas que desahoguen algun tanto su dolor; pero observad, hermanos míos, que para que sean dignas de un Christiano, la causa debe ser justa, y que deben tener sus limites; es decir, que despues de haber concedido á la naturaleza lo que ella exige, teneis obligacion estrecha de hacer á Dios el sacrificio perfecto de vuestra obediencia.

Jesu-Christo se acercó, y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon. Empezemos pues á considerar en este jóven un pecador reducido por sus pecados á la muerte espiritual, y siguiendo nuestro Evangelio, veamos las disposiciones que deben preceder, acompañar y seguir á la conversion para que sea útil. Ante todas cosas es preciso tocar el féretro de vuestro corazon, porque mientras vivais en la iniquidad, no llevareis dentro de vosotros sino la corrupcion y podredumbre, y exhalareis un olor de muerte, capaz de infestar á todos los

que os acompañan. ¿Pero quién ha de tocar este féretro? Solo Dios, hermanos míos. Jesu-Christo y su gracia tienen exclusivamente este poder; á ellos les toca siempre empezar la obra de nuestra santificación, y si contando con vuestras propias fuerzas, esperais convertirnos y mudaros, sereis ciertamente unos insensatos.

Luego que Jesu-Christo tocó el féretro, se pararon los que lo llevaban, y el Evangelio nota, que no fué necesario que se lo mandasen. He aquí una lección importante que conviene tener siempre en la memoria. Quando la gracia de Jesu-Christo os toca, es necesario suspender el curso de las pasiones que os arrastran al camino de la perdición. Esto es lo que falta á la mayor parte de las convenciones, y por esto abortan casi todos los proyectos de los pecadores. Nada importa que con ocasión de un sermón, de una festividad, de una enfermedad peligrosa, y de un suceso trágico, lleveis vuestro estado, y formeis planes de penitencia, si quando se han de reducir á execucion, y domar vuestras inclinaciones imperiosas, se desvanecen

todos los proyectos y se disipan los deseos de conversión, temiendo privados del goze de los placeres. Esta es la causa porque los Ministros de la penitencia suspenden algunas veces la absolución á los pecadores. Es verdad que soleis hacer una confesion exácta y bastante circunstanciada; pero sin embargo no podemos restituiros el depósito precioso de la inocencia y de la gracia que habeis perdido, mientras no tengamos un seguro de que habeis roto con las ocasiones que os conducian al mal, reformado las costumbres, y reprimido las inclinaciones. En fin para recibir la absolucion, no solo se requiere, como tengo dicho otra vez, que la confesion sea ingenua, y que se deteste el pecado, sino que haya toda la seguridad necesaria de que se han arrancado sus raices, y que habeis quitado del medio todas las ocasiones.

Mancebo, á tí te digo, levántate, dixo Jesu-Christo, y se sentó el que habia estado muerto, y comenzó á hablar. La primera circunstancia era sin duda bastante poderosa para probar su resurreccion; pero Jesu-Christo no se contenta con este testimonio, sino

que espera que empiece á hablar para volversele á su madre. El pecado, hermanos míos, nos quita todo movimiento para la virtud, y nos reduce al silencio mas peligroso y criminal; y por tanto la conversión debe producir dos efectos contrarios, sin los cuales me parece incierta y dudosa: es decir, que el pecador debe recobrar la facilidad de hablar y la de obrar. Para que la conversión sea pues perfecta, se requieren pruebas y demostraciones sensibles. Decir que se aborrece el pecado, y no manifestar mas solícitud para cumplir las obligaciones de la religión, y no hablar un lenguaje mas edificante y mas santo; es decir, que no puede contarse con una verdadera reconciliación. Los mayores pecadores han sentido quando mas engolfados estaban en sus pecados algunos buenos deseos y sentimientos saludables; pero todo esto no ha producido efecto alguno. Vosotros mismos habeis empezado á combatir algunas inclinaciones y á romper con las malas costumbres; pero sin embargo habeis flaqueado en la carrera de la virtud. Esta es la causa porque los Ministros prudentes y zelosos

difieren algunas veces la absolución; y si alguno demasiado indulgente, os dixese las mismas palabras que Jesu-Christo á este mancebo, no por eso podriais contar con vuestra resurrección, porque careciais de las pruebas que son indispensables. No sucede así con este mancebo: á la voz de Jesu-Christo se sienta, comienza á hablar, y manifestando de esta manera que su resurrección no es aparente y dudosa, se lo volvió este Divino Señor á su madre para que enxugase sus lágrimas y mitigase su dolor.

¡Qué consuelo para la Iglesia de Jesu-Christo, si siempre que la volvemos alguno de sus hijos, pudiésemos asegurarla que no caería otra vez en el pecado! Ella, hermanos míos, es una madre á quien convienen admirablemente todas las circunstancias que caracterizan la de nuestro Evangelio. Todos los días ve que se forman en su seno un gran número de hijos, pero á todos los considera como un hijo único, porque no son mas que uno en Jesu-Christo: ella los ama con el amor mas tierno, y de aquí proceden sus secretas aflicciones quando parece algu-

no por el pecado: ella como la viuda del Evangelio los sigue hasta el sepulcro; es decir, que aunque esten cerca de su reprobacion, y endurecidos hasta el extremo en el mal, no los dexa, ni los abandona sino quando ya no pueden trabajar, ni obrar por su salvacion. Es verdad que algunos resucitan verdaderamente, y que entónces se llena de alegría para celebrar su resurreccion; pero para uno que Jesu-Christo toque y resucite, ¿no mueren muchos en la impenitencia final? Hermanos míos, reflexionad por un momento esta verdad. ¿Quereis dar á la Iglesia vuestra madre el espectáculo doloroso de morir en el pecado? ¡Ah, quantos entre los que me escuchan, se hallan en el estado funesto en que nos pinta hoy el Evangelio á este jóven; es decir, muertos hace mucho tiempo á la gracia, arrastrados por sus malos hábitos é inclinaciones ácia el abismo del infierno, que les servirá de sepulcro, y á punto quizá de permanecer eternamente en la corrupcion! Este mancebo dentro de poco quizá no hubiera oido la voz de Jesu-Christo, y aunque este Divino Salva-

dor era tan poderoso para llamarle, y restituirle á la vida, como lo hizo con Lázaro; no lo hubiera conseguido, si la casualidad no le hubiera presentado al paso.

Hoy pues que Jesu-Christo os toca y os llama, levantaos inmediatamente; romped las ligaduras del pecado; exhalad un olor de vida; consolad á la Iglesia vuestra madre con una conducta edificante y christiana, y sobre todo comenzad á hablar. ¿Pero qué palabras debe esperar Jesu-Christo, hermanos míos, de vosotros? Las de la virtud y de la piedad sostenidas con las buenas obras. Quando se vive de un modo irreprehensible, se habla siempre con eficacia: el exemplo y las conversaciones de un pecador, que conociendo su mal estado ha correspondido á la gracia que le llama, son las instrucciones mas sólidas y la mas persuasivas. Si el mal exemplo tiene tanta fuerza para persuadir y arrastrar á los incautos, ¿de qué peso no debe ser la union de una vida santa con un lenguaje edificante, y sobre todo la de un pecador tan escandaloso ántes por sus discursos como por sus

obras? Sí, hermanos míos, digan lo que quieran los libertinos contra la virtud, no importa que trabajen para eclipsarla; ellos callan á su vista, y la respetan sin amarla; y la presencia de un hombre cómplice en otro tiempo de sus desórdenes, pero convertido despues por la gracia, y hecho sabio y virtuoso por principios, es para ellos el cargo mas humillante y doloroso.

En una palabra, todos los dias vemos en el mundo lo que aconteció con ocasion del milagro que nos refiere el Evangelio. La madre consolada, y el hijo resucitado, no fuéron los únicos que manifestáron á Jesu-Christo su reconocimiento; pero el Evangelio no expresa por menor los sentimientos de nuestro Salvador, con el fin de fixar mas nuestra consideracion sobre los efectos que produjo el milagro en todo el pueblo.

He aquí como se explica el Evangelista para darnos alguna idea de este suceso. Tuviéron todos grande miedo, y glorificaban á Dios diciendo: un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. Pero por qué causa es el temor el primer

movimiento que les sorprende en un tiempo en que Jesu-Christo les ofrece el motivo mas poderoso de la confianza mas perfecta? Ah, hermanos míos, el temor es el que ordinariamente nos conduce á la confianza y al amor. La confianza es indiscreta y presuntuosa quando no se modera por un temor saludable. ¿No veis todos los dias muchos pecadores que esperan, que no hablan sino de misericordia, que reclaman sin cesar la indulgencia de su Dios, que cuentan imprudentemente con su bondad y su clemencia, y que á pesar de todos estos sentimientos viven sumergidos en el crimen, y al cabo mueren en la impenitencia?

El infierno está lleno de buenos deseos, dice San Bernardo, inspirados por la confianza; pero aquellos Christianos que saben unir el temor con el amor; que trabajan para obrar su salvacion con temblor y con seguridad; que se acostumbran á mirar á Dios en todas sus acciones como un juez inexorable, que debe pesar las menores infidelidades en el peso de su Santuario, y al mismo tiempo como un Padre tierno y misericordioso que no quiere de nin-

gun modo la muerte de sus hijos; y sobre todo que no separan lo que deben á su justicia, de lo que deben á su misericordia, edifican sobre un cimiento sólido, se ponen al abrigo de la presunción, concilian la humildad con el reconocimiento, y glorifican á Dios, como este pueblo.

Para obrar la santificación es indispensable la reunión del temor y de la confianza; pero por desgracia estas dos circunstancias tan esenciales están casi siempre separadas de los pecadores. Los unos entregados á un temor excesivo, casi nunca hacen el bien, porque se espantan de todo; las grandes verdades de la religión los tienen fuera de sí, y semejantes á ese pueblo que rehusaba caminar á la conquista de la tierra prometida, por estar persuadido que había de pelear con gigantes; no quieren que se les hable ni de la enormidad de sus pecados, porque su imaginación se los aumenta, ni de la necesidad de la penitencia, porque están sobrecogidos y desalentados. No por esto quiero, hermanos míos, reprobado todo temor, y familiarizaros con los juicios del Señor:

temedle; pero que sea detestando y huyendo del pecado. Este es el consejo que os da el Profeta, y el único efecto que debe producir en vuestros corazones el temor.

Otros Christianos viven siempre tranquilos, y á pesar de todas nuestras diligencias no se inquietan, ni se alteran. Las verdades más sensibles, y los anatemas más fuertes son para ellos piadosas hiperboles, inventadas para intimidar los espíritus débiles. Dios no nos ha criado, dicen estos locos é insensatos, para perdernos. Este es el principio de su confianza y de su tranquilidad en medio de sus desórdenes.

No quiera Dios, hermanos míos, que yo intente poner límites á su misericordia: confiad en él, pero no, dice el Profeta, con una confianza estéril é infructuosa. Esperad en Dios, y obrad el bien, y entonces habréis cumplido sus mandamientos. Considerad por tanto, que pecáis igualmente contra Dios, si os abandonáis á un temor excesivo, ó á una confianza ciega. La primera de estas disposiciones hace injuria á su misericordia, y la segunda ultraja su justicia: temerle sin esperar, es creer-

le insensible á nuestras miserias ; confiar sin temerle es suponerle indiferente á su gloria ; pero temerle y amarle es el origen de toda justicia en el tiempo, y el principio de todo consuelo en la eternidad. Así sea.

DOMINGO XVI.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS,
cap. 3. v. 13. 21.

Hermanos : Os pido, que no desmayeis en mis tribulaciones por vosotros : que es vuestra gloria. Por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesu-Christo, del que toda paternidad toma el nombre en los Cielos y en la tierra, para que segun las riquezas de su gloria, os dé que seáis corroborados en virtud por su Espíritu en el hombre interior, para que Christo more por la fe en vuestros corazones, arraigados y cimentados en caridad, para que po-

dais comprender con todos los Santos, qual sea la anchura, y la longura, y la altiura, y la profundidad: Y conocer tambien la caridad de Christo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seais llenos de toda la plenitud de Dios.

Y á aquel que es poderoso para hacer todas las cosas, mas abundantemente que pedimos ó entendemos, segun la virtud que obra en nosotros: A él la gloria en la Iglesia, y en Jesu-Christo por todas las edades del siglo de los siglos. Amen.

INSTRUCCION.

Hoy va el Apóstol San Pablo á dar una importante lección á todos los Christianos que se ven agitados de las tribulaciones para que sepan convertirlas en su provecho, y procurarse el consuelo y la paz. Es verdad que sus palabras carecen de esa pretendida filosofia, cuyos principios seductores en apariencia no dexan recurso alguno pa-

ra suavizar los trabajos; pero comparando los motivos en que se funda esta filosofia, con los que dirigen al Apóstol, se podrá reconocer facilmente, que si nuestra religion nos manda sufrir con paciencia, tambien nos proporciona consuelos y recursos en las aflicciones mismas.

El Apóstol, á los motivos de confianza que le sostienen en sus tribulaciones, añade los medios capaces de asegurarnos la victoria sobre todas las tentaciones de la vida. El misterio que explica hoy á los Ephesios es el único, y el mayor apoyo del Christiano, y quien sepa deducir las mismas consecuencias que el Apóstol, encontrará en ellas el modo de arraygarse en la fe, y de esmerarse en la caridad. Es cierto que á primera vista parece esta Epístola obscura y llena de confusion, y que para darla toda la explicacion de que es susceptible, seria indispensable penetrarse de los mismos sentimientos del Apóstol; pero sin embargo, y para no defraudaros en alguna manera del conocimiento de las sublimes verdades que contiene, os presentaré un corto analisis de ella, y me ceñiré no tanto á su sen-

tido literal, quanto á las reflexiones que pueden servirnos para meditar y conocer su utilidad. Pedid al Señor que me dé sus luces, y escuchadme con atencion.

Mientras que el Apóstol San Pablo dedica todos sus afanes y cuidados á la salvacion de las almas que tiene á su cargo, se ve rodeado de persecuciones y de tormentos, aprisionado y tratado como un malhechor. Este grande hombre que debia esperar su consuelo de los fieles por quien padece, les habla hoy desde su prision en unos términos los mas propios para disipar su inquietud y suavizar sus sentimientos. Os pido, les dice, que no desmayeis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria. Como si dixese, buscad vuestra gloria en los trabajos mismos que me han ocasionado el zelo y el deseo de vuestra salvacion, porque son una prueba auténtica de la verdad de vuestra fe. Estas palabras nos advierten que el abatimiento, y la pusilanimidad que sentimos en los trabajos y miserias de la vida, proviene de no volver los ojos á la mano poderosa que los envía, y de no penetrar los designios que en ello

tiene su misericordia.

Conozco, hermanos míos, que no podreis decir con el Apóstol: padezco, y sufro, no por haber abandonado mis obligaciones, sino por el zelo de la gloria de mi Dios, y por la salvacion de las almas que me ha confiado; pero á lo ménos podreis tomar el consejo que dirige hoy á los fieles de Epheso, á saber: aunque se multipliquen y dilaten mis trabajos, yo no perderé jamas el ánimo, teniendo presente que mi salvacion es el objeto de ellos, y que mi gloria depende de la sumision, y de la paciencia con que los llevo. Sobre todo debeis considerar que nuestro modo de pensar en quanto á las aflicciones no se opone al del Apóstol, sino por nuestra diferente conducta. ¡Qué caridad, y qué amor el suyo para con estos fieles que acababa de conquistar para Jesu-Christo! Considerando las aflicciones que padecen á vista de las persecuciones que se levantan por todas partes, y temiendo que decaiga su esperanza, y que se debilite su fe naciente, les dice: por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesu-Christo.

Vosotros, hermanos míos, ó no conocéis este remedio en las aficciones, ó le abandonáis, ó despreciáis del todo. Ello es cierto que no le emplearíais nunca en vano, si estuviéseis animados del mismo espíritu que el Apóstol; si doblaseis como él las rodillas á aquel Señor que conoce vuestros trabajos, y ha previsto su causa, su efecto y su duración; y conociéseis que solo intenta despertaros de vuestro letargo por este medio, y que le suspende ó le modera según las miras de su sabiduría, sobre todo quando se le invoca con humildad.

Sin embargo no hay un estado en que se ruegue ménos y con ménos fervor que en las aficciones, y por lo comun es el pretexto que se alega para excusarse de las prácticas religiosas, y de la participacion de los sacramentos. ¡ Ah, hermanos míos, quien será capaz de restituirlos la calma, si no hacéis el uso debido de los recursos que la religion os presenta! ¿ Por ventura podrá tranquilizaros la razon? ¿ Podrá la prudencia disipar vuestros trabajos? Encontrareis dentro de vosotros mismos algun motivo poderoso de consuelo? No, Christianos, no le encontrareis,

y vuestra alma se verá anegada en el sentimiento, miéntras que esteis separados de Dios, porque solo en él puede encontrarse el reposo.

El Apóstol invoca al Padre de nuestro Señor Jesu-Christo, porque baxo esta preciosa qualidad es el Príncipe, el Padre y el Xefe de la numerosa familia que se ha formado con su sangre, sobre la qual tiene siempre designios de bondad, de terneza y de amor; y quando permite que alguno de sus miembros se vea sumergido en la aficcion, es porque así lo cree necesario para su alma.

¿ Pero será posible que siendo nuestro Padre, nos dé golpes tan sensibles? Este es el carácter por donde se distingue con sus hijos, y así quando buscamos en las criaturas el consuelo, y repugnamos el padecer, somos ciertamente enemigos de nosotros mismos: porque como dice el Apóstol, él nos da según las riquezas de su gloria, que seamos corroborados en virtud por su espíritu en el hombre interior, distinguiéndolo del hombre exterior y carnal; y baxo esta figura está designado vuestro corazon, purificado por Jesu-

Christo de sus manchas, y lleno por su espíritu de todas las gracias que pueden elevarle á un órden sobrenatural y divino. Este hombre interior está muchas veces en contradiccion con el hombre terreno ó exterior, y de aquí procede el combate de la carne contra el espíritu que sufre el Christiano donde el hombre exterior y sensible consigue regularmente la ventaja: de aquí nacen esas dos voluntades contrarias de que se quejaba el mismo Apóstol, las cuales le hacian obrar el mal, y se oponian al bien que mas deseaba. Este combate deberia ser, hermanos míos, el mas sensible entre todas las aflicciones de nuestra vida, y por desgracia es el que ménos nos aflige. Apenas sabemos que hay dentro de nosotros un hombre interior, cuya perfeccion enlazada con nuestra felicidad, depende unicamente del progreso que hacemos en su conocimiento. Así el Apóstol pide ardientemente por los Ephesios lo que yo pido tambien para vosotros: á saber, que Christo more por la fe en vuestros corazones, arraygados y cimentados en caridad; es decir, que se conozca por

vuestras obras que hace morada en vosotros; que se juzgue por vuestras palabras que su sabiduría las dirige; que su caridad conduce vuestros pasos; que vuestros sentimientos se arreglan por su humildad, y que imitais su paciencia, su dulzura, su obediencia y su fervor; en fin que la gloria de vuestro Padre y la obra que ha confiado á cada uno de vosotros son el motivo esencial de vuestras acciones. Sobretudo deseamos que habite en vosotros por la fe, porque esta disposicion puede sola sostenenos en la práctica de todas las virtudes. Entónces estareis arraygados en la caridad; es decir, de tal manera animados por esta virtud, que nada será capaz de turbar la práctica del bien. Por esta causa se compara la salvacion con gran sabiduría en los libros santos, ya á un hombre que funda su casa sobre piedra firme, y ya á un árbol que plantado á la orilla del agua echó profundas raices. Quando la gracia de Jesu-Christo le baña, se fortalece de tal suerte, que aunque el viento de las pasiones le agite, no conseguirá moverle, y mucho ménos desaraygarle y destruirle. Esta gracia, esta

fe y esta caridad de Christo es la que hace al Christiano tan inteligente en las cosas de Dios, que comprehende con todos los Santos qual sea la anchura, y la longura, y la altura, y la profundidad.

El Apóstol designa estas diferentes dimensiones como las mas propias para darnos á entender lo que ha hecho el Señor por nosotros. En efecto ha baxado hasta el fondo del abismo de nuestras miserias, para curar nuestras llagas, para purificar nuestras manchas, y arrancarnos del poder del infierno y del pecado, y en esto consiste la profundidad del misterio de su Encarnacion. Se ha elevado por su propia virtud á los cielos, y ha atraído á sí, segun su palabra, á todos los que creian en su nombre; de manera que somos los ciudadanos del cielo y los coherederos de su reyno; y esta es la altura del misterio de nuestra santificacion. Ha mirado con ojos compasivos á todas las naciones, y ha extendido sus manos, dice el Profeta, sobre todos los pueblos, sin excluir los que habian manifestado mas contradiccion á las miras de su sabiduría, y esta es la anchura del misterio

rio de nuestra redencion. Su reyno no tendrá fin, y el de sus escogidos durará tanto como el suyo. Ha venido en la plenitud de los tiempos para hacernos felices por los siglos de los siglos, y nos ha manifestado la longura del misterio de nuestra adopcion; fixando su término en la eternidad. ¿Quién será tan estúpido que no conozca por este detalle la caridad inmensa de Jesu-Christo? En efecto, ella no tiene medida, porque ha sacado al hombre de un abismo que nadie podia sondear; porque le ha elevado á una gloria que nadie puede pretender; porque extiende las miras de su misericordia mas allá de sus esperanzas; y finalmente, porque ha cambiado su mortalidad y su corrupcion en una vida inmortal é incorruptible. Por tanto, bien léjos de lisongearme de conocer tan gran misterio; exclamaré con el Apóstol diciendo: que la caridad de Christo sobrepaja todo entendimiento; que todas las ideas que se me han dado, ó he podido formar, le desfiguran léjos de aclararle, y que jamas debo pensar en otra cosa que en adorarle, y no en sondearle, porque excede infinitamente mi inteligencia y mis luces. Sin

embargo quando con humildad profunda, y religioso temor piensa el Christiano en este misterio, será sin duda lleno de toda la plenitud de Dios, el qual ocupará todas las facultades de su alma, colmará todos sus deseos, fixará todas sus dudas, calmará todos sus temores, y fortalecerá su flaqueza.

¡Qué felices seréis, hermanos míos, si estudiais y gustais atentamente todas estas verdades! Sí, felices si estais persuadidos con el Apóstol, que Dios solo es el que obra en nosotros todo lo que es justo, santo y razonable, así por su poder, como por su misericordia, y que obrando así, nos prepara el mérito de la acción, aunque no seamos el principio de ella; pero mas felices todavía si estais íntimamente convencidos de que Dios puede hacer mas que le pedis y deseais, y que no se ceñirá á la pobreza de nuestros deseos, y á la longura de nuestras oraciones; porque mas instruido de nuestras necesidades que nosotros mismos, las prevé, las consuela, y no espera para determinarse á remediarlas sino la simple preparación del corazón.

El colmo de la felicidad, hermanos

mios, es gustar estas verdades, pero sobre todo mostrarse fiel para glorificar á Dios, y Padre en la Iglesia y en Jesu-Christo. Escuchad la explicacion de estas palabras, porque sin duda es importante. La Iglesia glorifica á Dios formándole hijos, por medio de las oraciones que hace por ellos, por las bendiciones que les concede, por la palabra santa que les anuncia, por los Sacramentos que les administra, y por el sacrificio que ofrece en su nombre. Nosotros glorificamos á Dios en la Iglesia, quando asistimos á sus oraciones con espíritu de recogimiento: quando recibimos sus bendiciones con espíritu de humildad y de fé: quando escuchamos las palabras de sus Ministros con espíritu de docilidad y de reforma: quando participamos de sus Sacramentos con espíritu de contricion y de dolor: y quando comunicamos de su sacrificio con espíritu de pureza y de fé. Pero como la Iglesia no habla de sí misma, tampoco obra por un espíritu particular, sino que todo lo hace por Jesu-Christo, é inspirada por su espíritu, conducida por sus reglas, y animada por sus exemplos.

Así es como propiamente glorificamos á Dios por Jesu-Christo : de esta manera llegan nuestras oraciones al pie del trono de su misericordia : por la virtud de su cruz nos atraen las bendiciones á nuestro corazon la uncion de la gracia : por Jesu-Christo fructifica la palabra santa en nuestros corazones, lleva frutos de salud y de vida, y se desenvuelve el germen de todas las virtudes christianas : por Jesu-Christo un elemento mudo é insensible tiene en los Sacramentos la fuerza de purificar el corazon, y de arrojar la corrupcion : por la eficacia de su sangre el sacrificio del altar nos representa eficazmente el de su Pasion y de su Muerte. En fin, por Jesu-Christo, en Jesu-Christo, y con Jesu-Christo glorificamos á Dios en todos los tiempos, así como despues tambien le glorificaremos en Jesu-Christo por todos los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 14. v. I. II.

En aquel tiempo : Aconteció, que entrando Jesus un Sábado en casa de uno de los principales Phariséos, á comer pan, ellos le estaban acechando. Y he aquí un hombre hipóptico estaba delante de él. Y Jesus dirigiendo su palabra á los Doctores de la Ley, y á los Phariséos, les dixo : ¿Si es lícito curar en Sábado? Mas ellos calláron. El entonces le tomó, le sanó, y le despidió. Y les respondió, y dixo : ¿Quién hay de vosotros, que viendo su asno, ó su buey caído en un pozo, no le saque luego en día de Sábado? Y no le podían replicar á estas cosas. Y observando tambien, como los convidados escogian los primeros asientos á la mesa, les propuso una parábola, y dixo : Quando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas

honrado que tú , y que venga aquel que te convidó á tí y á él , y te diga : Da el lugar á este : y que entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas quando fueres llamado , ve , y siéntate en el último puesto , para que quando venga el que te convidó , te diga : Amigo , sube mas arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa. Porque todo aquel que se ensalza , humillado será : y el que se humilla , será ensalzado.

INSTRUCCION.

¿Seremos indiferentes siempre, hermanos míos , á la relacion de los acci-ones maravillosas de la vida de Jesu-Christo nuestro Maestro? ¿Será el Evan-gelio para nosotros una de esas historias estériles que no dexa en el ánimo mas que una idea infructuosa de admira-cion? Tantas palabras de vida escritas para nuestra reforma, ¿servirán solo pa-ra probar nuestra insensibilidad? Her-

manos míos , si siempre que leyese-mos el santo Evangelio , cuidásemos de apli-carnos las verdades sublimes que con-tiene , no careceríamos de ninguna de las disposiciones que exige Jesu-Christo de nosotros ; y si , segun la leccion que nos da el Apóstol San Pablo , nos esforzamos para afirmarnos en nues-tra vocacion con las buenas obras , no seria tanta nuestra inquietud al acer-carse el dia de las venganzas de nuestro Dios. Pero por ventura ¿podremos pen-sar en estas verdades y no temblar? ¡Qué extraña diferencia entre nosotros y Jesu-Christo! ¡Qué distancia entre su vida y nuestra conducta! ¡Qué con-traste entre sus virtudes y nuestros vi-cios! ¿Es este verdaderamente nuestro Maestro? ¿Podremos lisongearnos de ser del número de sus discípulos? In-feridlo vosotros , hermanos míos. Jesu-Christo no se presenta entre los hom-bres sino para aliviarlos , para consolar-los en sus aflicciones , y curar sus en-fermedades ; y nosotros solo frecuenta-mos la sociedad para mantener el espí-ritu de disension y de disputa. Las manos de Jesu-Christo solo se ocupan en el exercicio de la caridad ; y las nuestras

están por lo común llenas de pecados y de injusticias. Las acciones, aun las más comunes de la vida de Jesu Christo, estaban animadas por el Espíritu de sabiduría y de santidad; y el orgullo ó la codicia infesta y envenena casi todas nuestras obras. En fin Jesu-Christo ha caminado para darnos el exemplo por sendas escabrosas y difíciles; y nosotros, como miembros delicados y flacos, rehusamos el seguirle, y procuramos pasar nuestros días en diversiones y placeres criminales, lisongeándonos de no ser suyos. Esta pintura es capaz de llenarnos de confusión; y ya que el Evangelio de este día me da motivo para hablaros de unas verdades tan importantes, voy á presentarlas con toda la extensión que merecen. Seguidme, ó por mejor decir, sigamos atentamente á Jesu-Christo, y no perdamos de vista las lecciones que hoy nos da.

El Evangelio no siempre nos ofrece á Jesu-Christo ocupado en las tareas difíciles de un ministerio laborioso por sí mismo, ni tampoco nos le muestra siempre recorriendo las campiñas y los desiertos, y entrando en las ciudades y en las sinagogas para instruir

al pueblo y á los Doctores de la ley. El Espíritu Santo ha cuidado de conservarnos las acciones más comunes de su vida para que aprendiesemos á santificar nuestras ocupaciones diarias; y así nos le representa hoy en casa de uno de los principales Fariseos á comer pan cercado de muchos de estos falsos justos que procuran rebaxar el mérito de sus acciones. ¿Pero qué hay que temer, hermanos míos, quando la rectitud y la piedad arregla nuestra conducta? ¿Qué le importa al justo que los espíritus maliciosos le acechen y sean sus censores, quando sabe que camina rectamente á la vista de su Dios? ¿Ah, entónces los impíos trabajarán inutilmente para debilitar y anonadar su virtud! Así Jesu-Christo, aunque sabía el odio que los Fariseos tenían á su persona, y que solo procuraban perderle, no huye sin embargo de su vista, sino que frecuenta sus casas, y se sienta á su mesa para enseñarles que la virtud que está bien cimentada no teme la censura, ni se desmiente aun tratando con los malos. Si observásemos vuestras acciones con tanta exactitud y cuidado como los Fariseos observaban las de Jesu-

Christo, ¿podríamos tener la satisfacción de ver unas costumbres puras y santas? ¿Veríamos en vuestras mesas aquella templanza y moderación que corresponde á un Christiano? ¿No son ellas por el contrario donde, con grande escándalo de nuestra religion santa, consumis en los excesos de un solo día el fruto de una semana entera de trabajo, el socorro y el sustento de vuestra familia? Ricos que me escuchais, ¿no empleais en vuestros banquetes para hacer un obsequio á la gula y á la sensualidad unos caudales que los Padres de la Iglesia llaman la sangre del pobre y del indigente? ¿No gastais para lisongear el orgullo, para mantener la concurrencia, y adquirir el crédito de hombres espléndidos, la substancia de tantos infelices menestrales, que despues de haber abandonado sus oficios, se ven constituidos en la mayor indigencia?

Jesu-Christo, irreprehensible en sus costumbres, no teme que se le acuse de intemperancia, ni los Fariseos á pesar de su malicia, le acusan de este vicio. Testigos de la austeridad de su vida, y admirados de su frugalidad, tienen que apelar á otros motivos para sus

acusaciones. En efecto, habiéndole oído explicarse sobre el interes que tomaba en la gloria de su Padre, y en la decencia de su culto; conociéndole demasiado zeloso de la santidad de sus preceptos, para autorizar la menor transgresion; y sabiendo por otro lado que su corazon verdaderamente compasivo en las necesidades de sus hermanos, no podia diferir su socorro ni un solo momento, les sugiere su malicia un arbitrio muy poderoso para sorprehenderle, porque ó bien debia quebrantar la fiesta del Sábado, ó abandonar un acto de misericordia, por la observancia de este precepto: he aquí un hombre hidrópico estaba delante de él. Este es el lazo que le arman, porque si le cura, le denuncian como violador de la ley, supuesta la prohibicion de toda obra en el día de Sábado; y si le abandona, se preparan para tratarle de insensible y desnaturalizado á la vista de una miseria y de una enfermedad tan grave. ¿Pero quién será mas sabio y mas prudente que un Dios? La curacion milagrosa del hidrópico servirá para justificar á Jesu-Christo, y para confundir el orgullo de los Fariseos.

Vereis, hermanos míos, de la manera que se verifican estos dos efectos; pero entretanto debéis saber que las diversas enfermedades que se presentaban á Jesu-Christo eran la figura mas expresiva de los diferentes pecadores, por los quales se interesa tanto la Iglesia en sus oraciones. Vosotros, no habéis considerado sin duda estas enfermedades; pero lo cierto es que ellas han debilitado las fuerzas del alma, y que la han constituido en el estado infeliz que tiene. Por exemplo, estais ciegos quando vuestras pasiones os cierran los ojos de modo que no veis ni los peligros á que estais expuestos, ni los remedios que la religion os presenta para disiparlos; y entónces tenéis necesidad de que Jesu-Christo alumbre vuestras tinieblas.

Estais paralíticos quando, abandonando las obligaciones de la salvacion, estais disgustados en todo lo que mira á las cosas de Dios; y entónces tenéis necesidad de que Jesu-Christo os restituya el movimiento y la fuerza.

Estais cojos quando el interes ó la codicia os apartan de los caminos derechos y os inclinan al lado de vues-

tros intereses personales con preferencia á los del próximo; y entónces tenéis necesidad de que Jesu-Christo os enderece.

Esos pecados multiplicados que tragais como el agua; esas infidelidades diarias, cuyo número no inquieta ya vuestra conciencia, pero que por su especie y circunstancias os veis deshonrados á los ojos de Dios, tienen grande semejanza con esa lepra vergonzosa, de que se nos habla tantas veces en el Evangelio; y por esta causa tenéis necesidad de que Jesu-Christo os toque y purifique.

No sois la figura mas sensible de Lázaro y de otros muertos de muchos dias, que arrojan un hedor insoportable desde el sepulcro? Pues entónces tenéis necesidad de que Jesu-Christo lllore sobre vosotros, que tiemble sobre vuestra suerte, y os llame. Quizá en este instante que os hablo, la avaricia que os domina con tanto imperio, y el orgullo que os arrastra en pos de sí, os ponen en un estado mas triste y mas peligroso que el del hidrópico que estaba delante de Jesu-Christo.

El pecado de la avaricia mira igual-

mente á los pobres y á los ricos: en todas partes se encuentra la sed insaciable de los bienes de este mundo, y quando las manos estan vacias de todos los recursos, el corazon está lleno de codicia y del afan de amontonar. ¿Qué pensaré de esas murmuraciones indecentes que la impaciencia os inspira sobre vuestro estado: de ese mal ojo con que mirais la prosperidad del próximo: de esos medios ilícitos que tomáis para aumentar las ganancias: de ese calor excesivo con que defendéis vuestros intereses: de ese espíritu inquieto que aumenta y engrandece las calamidades futuras, y de tantas otras disposiciones opuestas á la sumision, y á la confianza? ¿No prueban todas ellas el amor desordenado del dinero, y por consecuencia que os domina la avaricia?

Pero tambien os tiraniza el orgullo. Este es un pecado que no reserva ni el estado de mediania, ni el de la pobreza misma: aquí debeis, hermanos míos, fixar vuestra consideracion. El orgullo no solo hincha y llena el corazon del rico y del poderoso, no solo ensorbece al que se presenta con trages brillantes, con trenes magníficos; un

miserable que apenas puede cubrir sus carnes está poseido del orgullo. ¿Qué diré de esos Christianos que vestidos de un trage grosero, y penitente al parecer, tienen lleno el corazon de envidia; que no sufren la menor injuria; que defienden con dureza sus pretensiones y sus derechos, y que si se les contradice en la mas mínima cosa, salen fuera de sí, prorumpiendo en expresiones las mas injuriosas?

Si alguno de vosotros, hermanos míos, se reconoce en estos diferentes retratos, preséntese luego á Jesu-Christo en el seguro de que no bien le habrá expuesto sus enfermedades y miserias, quando le haya aplicado el remedio. El hidrópico se le presenta, y en el mismo punto se mueve á compasion; y si difiere por algunos instantes el alivio de su mal, es con el fin de curar las enfermedades espirituales que padecian los Fariseos.

En efecto Jesu-Christo conoce el artificio y el fin para que le traian este hombre hidrópico; y dirigiendo su palabra á los Doctores de la ley y á los Fariseos, les dixo: ¿es licito curar en sábado? Esta era una pregunta que pu-

dieran haber resuelto facilmente, como instruidos en la ley, si hubieran tenido ménos malicia y mas caridad; pero ellos dudan, callan, y Jesu-Christo los confunde con una parábola muy instructiva y sensible.

Permitidme, hermanos míos, que suspenda por un instante la explicacion de esta parábola, y os haga tambien una pregunta. Ya que sabeis que el Domingo es el día destinado para dar culto al Señor; procurais ántes de emprender qualquiera obra en este santo día, preguntaros á vosotros mismos, si está permitida, ó si es contraria á la santificación de este día? No acontece muchas veces que baxo el especioso pretexto del descanso que exige el trabajo de toda una semana, despreciais y abandonais los ejercicios de la religion; que baxo el nombre de un recreo saludable, os permitis las diversiones más criminales y peligrosas, y que una fortuna escasa, y una familia crecida sirven de pretexto para autorizar ciertas obras con las quales abiertamente se quebranta el día de fiesta?

Christianos, toda obra servil está prohibida en estos santos días; pero

principalmente el pecado que es la más servil de todas. Sin embargo la intemperancia y los excesos; no son más frecuentes en ellos que en todos los restantes? No se multiplican las diversiones? No se malgasta lo que debería servir para el sustento de una pobre familia en toda la semana? No se hace un placer de la embriaguez y de la disipacion para descansar de las fatigas del trabajo? Quando con buenas y santas obras debierais apaciguar la ira de Dios; no la encendeis por el contrario? Quando escogeis para ultrajarle el día que se ha reservado para su gloria y su culto, ¿podreis esperar que eche su bendicion sobre vosotros y vuestras familias?

Jesu-Christo no espera la respuesta de los Fariseos para sanar el enfermo que se le presenta: le toca, le sana, y le despide. ¿Y sería posible que lo difiriese ni un momento aquel Divino Salvador, que ha venido á enseñarnos que uno de los medios de honrar al Padre de las misericordias es la beneficencia con sus criaturas? Pero los Fariseos, espectadores de este prodigio, no solo no se avergüenzan de su perfidia, y se con-

funden, sino que de aquí toman pretexto para fomentar su orgullo y su malicia; y Jesu-Christo que manifiesta tanto interes para curarles una enfermedad que les cegaba los ojos y la razon, les habla en estos términos. ¿Quién hay de vosotros que viendo su asno ó su buey caído en un pozo, no le saque luego en dia de sábado?

¡Qué bien se reconoce, hermanos míos, que el que habla de esta manera, no es simplemente un hombre, sino un hombre Dios! ¡Ah, que bien conoce la debilidad de nuestro corazón, y el ascendiente que tienen las riquezas temporales y perecederas sobre nosotros! Hombres carnales, que todo lo referis á vuestros sentidos, escuchad á Jesu-Christo. Os quejais de que la moral del Evangelio es demasiado dura, y de que prescribe sacrificios superiores á vuestras fuerzas: decís que cuesta gran trabajo el romper las cadenas de las costumbres mas criminales y de las pasiones mas vergonzosas; pero si un bienhechor que os procura la subsistencia, y asegure el pan para el resto de vuestros dias, solo exigiese el amor, el respeto, y un cierto miramiento para no

desagradarle ¿os quejariais de la dureza de las condiciones? Hijos de las tinieblas ¿es posible que el asno y el buey exciten vuestros afanes y cuidados; y que el alma inmortal, esa imágen sensible de la Divinidad, esa alma, á quien el Profeta llamaba su único bien, esa alma, que está en peligro tan evidente, no merezca la mas ligera atencion?

Los Fariseos no responden tampoco á la segunda pregunta que les hace Jesu-Christo: su orgullo les impuso silencio la primera vez, y ahora es la confusion quien les cierra la boca. El Evangelio nota que no le podian replicar á estas cosas. ¡Qué no pueda yo, hermanos míos, sacar de este silencio todas las conseqüencias que exige vuestra instruccion! Jesu-Christo podía aprovecharse de esta circunstancia para confundirlos; pero nos quiere dar una grande leccion sobre el modo de conducirnos con los pecadores. Este es el objeto mas importante de los que trabajan en la conversion de las almas, los quales para conseguir el efecto que apetecen deben cuidar sobremanera de no exáasperarlos con desprecios, ó con cargos y reprehensiones insultantes.

Jesu-Christo conoce que estos hombres se disputan entre sí, y escogen los primeros asientos en la mesa, sin atender á que el dueño de la casa señale á cada uno el lugar que le corresponde, y les propuso una parábola, y dixo: quando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas honrado que tú, y que venga aquel que te convidó á ti y á él, y te diga: da el lugar á éste: y que entónçes tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas quando fueres llamado, vé, y siéntate en el último puesto, para que quando venga el que te convidó, te diga: amigo, sube mas arriba. Entónçes serás honrado delante de los que estuviere contigo á la mesa.

¡Qué instrucciones contiene, hermanos míos, esta parábola de Jesu-Christo? En ella vemos un Dios, siempre justo, siempre equitativo, que á cada uno le acomoda en el lugar que le corresponde; pero que prefiere siempre á los humildes, como que la humildad es el fundamento de todas las demas virtudes: vemos que los convidados deben esperar con una justa desconfian-

za á que el Señor les llame y les coloque en el lugar que merecen; y que entretanto han de ocupar el último asiento como el mas adecuado á su miseria y su bajeza. Finalmente vemos un festin delicioso en que deben celebrarse las bodas eternas del Hijo único de Dios; pero con una paz y una alegría tambien eterna.

Este es, hermanos míos, el compendio de las verdades que dexo á vuestra meditacion. ¡Ojalá que podais entrar en las miras misericordiosas de Dios! Pero no olvideis la máxima con que acaba el Evangelio del dia, y que contiene quanto Jesu-Christo os ha enseñado: todo aquel que se ensalza, humillado será, y el que se humilla, será ensalzado. Esta máxima que tantos consuelos encierra para un Christiano que obra segun ella, encuentra mil contradicciones por todas partes; pero considerad que las humillaciones no envilecen, sino que nos purifican, nos prueban, y nos conducen á una gloria inalterable.

Dios mio, dignaos hacernos gustar esta importante verdad, para conocer que quando llenos de vanagloria, ponemos nuestra felicidad en las frívolas

distinciones que ensalzan al hombre en la tierra, nos degradamos y abatimos; y que hay un medio mucho mas seguro para ser glorificados, y es el de conocer nuestra miseria, el de llorar y sufrir la humillacion con paciencia, y esperar la gloria de vos solo, que sois el principio y el origen verdadero de ella. Así sea.

DOMINGO XVII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS,
cap. 4. v. 1. 6.

Hermanos: Así os ruego yo el prisionero en el Señor, que andéis como conviene á la vocacion, con que habeis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos á otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion. Un Señor, una fe, un Bautismo. Un Dios y Padre de todos, que es sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros.

INSTRUCCION.

No es de admirar, hermanos míos, que en los primeros siglos del christianismo; es decir, quando los dogmas de la fe apenas eran conocidos de los fieles, y quando los principios de la moral no estaban suficientemente desenvueltos, se creyesen obligados los Apóstoles á insistir tanto sobre el precepto de la caridad mutua, y que diesen freqüentes reglas para su observancia. Habia en efecto tanta diferencia sobre esta materia entre la ley Judaica y la Evangélica, que era indispensable que los Ministros de ésta rectificasen con sus instrucciones los abusos que se habian introducido por el descuido, y la codicia de los Ministros de aquella.

Pero ahora que este precepto se halla ya sólidamente establecido; ahora que ya se sabe que el ódio del próximo es incompatible con el Christiano; que no se puede pertenecer á una ley de mansedumbre, rompiendo la unidad y la paz; y que no puede

despues de Pentecostes. 73

haber derecho á un testamento que todo es misericordia y caridad, conservando el rencor y la ira; ¿por qué causa se ven obligados los Ministros de la palabra santa á instruiros tantas veces en una misma verdad? Será para decir á los Christianos que pecan si la ignoran, y para reanimarlos á la práctica de una obligacion que no pueden desconocer sin una especie de apostasia? En efecto, hermanos míos, estos motivos son muy poderosos y ciertos para que dexemos de hablaros de una verdad tan importante. Muchos son Christianos sin conocer toda la extension de la ley, y muchos, ó por mejor decir el mayor número, la conocen, sin tomarse el trabajo de observarla. Por tanto en esta instruccion me dirigiré singularmente á estos, á fin de que salgan de un error, y comprehendan, segun es, un precepto que les parece tan difícil. Prestadme atencion.

¡Qué admirable es la sociedad de los Christianos! ¡Qué preciosas las ligaduras que los unen! ¡Qué diferencia entre sus relaciones mutuas, y las que hay en la mayor parte de las sociedades, y de los imperios! Las di-

visiones y las querellas que se suscitan en este cuerpo, no provienen como en todos los demas del vicio intrínseco de sus leyes, ó de la injusticia de sus miras, sino de la poca fidelidad de algunos de sus miembros en la observancia de las reglas que se prescriben á todos. Sé muy bien que el estado mas bien gobernado no está libre de turbaciones, porque la multitud misma de sus ordenanzas y reglamentos es causa frecüentemente de los pleytos y de los abusos. Yo no me admiro de que las sociedades que tienen por objeto la disipacion, el interes, ó el crimen, se disuelvan tan pronto como se forman; porque cada individuo tiene pasiones mas ó ménos violentas, y éstas son las que por lo comun prevalecen. Pero entre los Christianos todo es justo en los preceptos, porque un Dios los ha dictado por sí mismo: todo es simple en las reglas, porque ellas se limitan á tributar á Dios el culto y el respeto que se le debe, y á dar al próximo aquellos auxilios que nosotros mismos tenemos derecho de exígir de él: todo es santo con relacion al motivo, porque la voluntad de Dios determina, la es-

peranza en Dios sostiene, la gracia de Dios comunica la virtud de obrar, porque todo viene de él: todo conduce á él, todo se hace en él. Si siempre mirasemos nuestra ley baxo este punto de vista, no tendríamos necesidad de que se nos traxese á la memoria esta exhortacion del Apóstol: os ruego que andeis como conviene á la vocacion con que habeis sido llamados con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos á otros en caridad. ¿ Pero qué pocos Christianos piensan en esta vocacion, y la estiman como se merece? Decidme, hermanos míos, ¿ empleais mucho tiempo, no digo en un dia, sino en una semana, en un mes, en un año, para reflexionar sobre el precio de vuestra vocacion; para estudiar las obligaciones que os impone; para meditar las esperanzas que os presenta; para dar gracias á Dios de que os haya preferido á tantas naciones, que quizá hubieran hecho mejor uso de las gracias que habeis recibido? ¿ No debereis avergonzaros de que estas naciones hayan sido mas fieles que vosotros en la observancia de la ley natural; que esté solo precepto haya

hecho en ellas mas impresion que la gracia de Jesu-Christo en vuestros corazones? Jesu-Christo mismo cita en el santo Evangelio virtudes morales, acciones de justicia y de sabiduría que han hecho los paganos, las quales serán en el día final la vergüenza de los que deben añadir á estas virtudes las del Christianismo.

Lo repito otra vez, no resistais el consejo del Apóstol: procurad conducir de una manera digna del estado á que sois llamados; y estudiad con tesson sus principios elementales: practicad en todo la humildad, la dulzura y la paciencia, estas tres virtudes que hacen la esencia del Christianismo, porque ellas pertenecen á Jesu-Christo que las adoptó y siguió como qualidades distintivas de la religion, que debia predicar á los hombres.

La humildad. Jesu-Christo ha probado con su exemplo que ni la clase, ni los títulos, ni los talentos, ni las fortunas son capaces de dispensarnos de esta obligacion. Por esto ha baxado del cielo á la tierra, ha renunciado al trono de sus padres, ha escogido la virgen mas humilde, se ha visto ro-

deado de la desnudez y la pobreza, ha vivido sin bienes, sin posesion, sin derechos, sin esperanzas, y ha muerto, sin llevar consigo mas que la desnudez y los oprobrios. Por tanto debe exígir de sus discípulos que vivan renunciándose á sí mismos; que conserven en los bienes y ventajas que la Providencia les concede el espíritu de simplicidad y de modestia; que tengan siempre delante de sí su flaqueza para solicitar su gracia; que consideren sus pecados para excusar los de sus hermanos, y reprehende ese ayre de altivez y de desprecio, que distingue de tal manera á los hombres entre sí, que parecen de una naturaleza diferente. En fin Jesu-Christo, que es la misma humildad, reprimirá toda la hinchazon del corazon, abatirá todo orgullo, y castigará con una confusion eterna á todo el que se atreva á ensalzarse á sus propios ojos, y á distinguirse de sus hermanos con un exterior de amor propio y de fausto. El Apóstol, por esta causa, pone la humildad á la cabeza de las disposiciones que prescribe hoy á los primeros fieles, como la mas propia para acercarnos á Jesu-Christo.

La mansedumbre está en un grado casi igual, porque tambien ha pertenecido esencialmente á Jesu-Christo, y así dice en el santo Evangelio: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. En efecto en él tienen su cumplimiento los oráculos que le habían anunciado como el mas dulce de los hijos de los hombres; de manera que teniendo tantos títulos y motivos para quejarse, no se le oiria ni una sola palabra contra sus calumniadores y verdugos. Estas profecías deben persuadir á los Christianos que la mansedumbre ha de ser su carácter; que aquel que ama las disputas, que las busca y las siembra, es indigno de un nombre que solo anuncia la paz; que no hay pretexto alguno que pueda autorizarlo á romper la unidad y la paz, porque Jesu-Christo la ha comprado al precio de su sangre, y que por consecuencia degenera de su vocacion si se forma la costumbre de contradecirlo todo, de contestar sobre todo, de resentirse de una palabra que á las veces se escapa inadvertidamente, de afligir y tratar mal á sus inferiores, y á todos los que la Providencia ha constituido baxo de

su dependencia, y que este carácter de acrimonia es un indicio el mas cierto del secreto orgullo que devora su alma.

La paciencia, por el contrario, nace de estas dos disposiciones. El Christiano manso y humilde sufre sin quejarse, y muchas veces con alegría, porque al exemplo de Jesu-Christo, no tanto piensa en el instrumento de que se sirve Dios para probarle, como en el principio de sus trabajos, y en el fin á que se dirigen. En las injusticias que le hacen encuentra el remedio de las que ha cometido, y en los agravios que recibe, y en los bienes que pierde un preservativo contra el mal uso que ha hecho de ellos. Nunca se irrita contra su próximo, porque conoce la necesidad que tiene de clemencia y de misericordia; y si alguno le ofende, perdona facilmente, porque considera que su conducta con respecto á su hermano ha de ser la medida de la indulgencia de Dios para con él. Por tanto, Christianos, sed humildes, mansos y pacientes, y procurad que estas tres disposiciones esten bien arraygadas en vuestro corazón para sobrellevaros los unos á los otros. Pero si esta obligacion es

la mas esencial de las que nos prescribe la moral christiana, tambien podemos decir que es la mas dificil de observar, y la que en realidad se practica ménos. El amor y la tolerancia mutua encuentra tanta oposicion en nuestro corazon, y en el del próximo, que se requiere un gran fondo de mansedumbre y de humildad para vencer la repugnancia, que la naturaleza nos inspira á esta obligacion.

Hay en nosotros una inclinacion ordinaria á seguir todo lo que nos agrada: tenemos un carácter acomodado á nuestro modo de pensar: un gusto decidido á los objetos que nos han hecho mas impresion: unas opiniones conformes á las luces que hemos adquirido, á las preocupaciones que hemos adoptado, y muchas veces á los errores en que hemos incurrido: un apego á nuestro propio sentido que nos hace tercios en defenderlo, y una complacencia extraordinaria en todo lo que hemos imaginado ó practicado; de manera que quisieramos tener tantos admiradores como testigos de nuestras acciones mismas, y así el menor desprecio nos ofende. ¿Podrémos

con todas estas disposiciones sobrellevamos los unos á los otros? Para esto seria preciso que tuviesemos el mismo genio, la misma disposicion de carácter, y una conformidad perfecta de voluntad, de sentimientos y de gustos; pero Dios ha permitido por el contrario que los caracteres y los humores fuesen todavía mas desemejantes que los rostros mismos. Así acontece repetidas veces que se asocien con lazos los mas estrechos ciertas disposiciones y caracteres que al orgullo hace incompatibles. En una misma familia, en una misma casa se encuentran genios fogosos y arrebatados, que se ven obligados á vivir con unas almas frias que por nada se alteran. Una esposa económica hasta el punto de tocar en la avaricia, tiene á su lado un esposo generoso hasta la prodigalidad: una madre christiana ve que á pesar de sus instrucciones piadosas se forman á su vista monstruos de impiedad y de libertinage. ¿Será posible rodeados de tantas y tan continuas contradicciones, conservar la paz, y tolerar unos defectos tan contrarios á la inclinacion, y al genio de cada uno? Sí, hermanos mios,

el Apóstol nos va á presentar los motivos de estas contradicciones, y despues nos ofrecerá los medios para vencerlas. Sed solícitos, dice, en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion. Nosotros no somos en efecto mas que un cuerpo, pero tenemos una cabeza que debe regir y gobernar los diferentes miembros que le pertenecen: esta cabeza ántes de enseñar el amor mutuo que os prescribe, le ha practicado por sí mismo. Sois un cuerpo que tiene muchos miembros, y los que estan mas enfermos, mas inútiles y doloridos deben ser tan estimados de vosotros como los mas vigorosos y sanos, porque su inconsiderada amputacion podria causar los mayores daños. Sois un cuerpo, y no es posible sin embargo que tengais todos las mismas miras, los mismos sentimientos, los mismos modos de obrar, porque cada uno tiene sus funciones particulares. Debeis pues seruiros de esta diversidad de sentimientos y acciones para instruiros, para edificaros, y no para prorumpir en quejas y contestaciones. Acor-

daos que este cuerpo único tiene tambien un mismo espíritu que le conduce, que le anima, que le dirige á un mismo fin, que toma parte en sus operaciones, que todo lo que dicta é inspira este espíritu es comun á todos, bien sea que ruegue, ó que sufra, ó que se derrame en acciones de gracias. Todos los miembros de este cuerpo, y todas las facultades de este espíritu tienen parte en él como que es su propiedad. Ah, qué hermosa seria la sociedad de los Christianos si se conduxese por estas miras! No habria riqueza que pudiese igualarse á la suya, porque en ella reside la vivacidad de la fé, la firmeza de la esperanza, el ardor de la caridad. No habria fuerza capaz de contrarestarla, porque tiene para defenderse todo el poder y la eficacia de la gracia: ella es sabia, porque tiene todos los tesoros de la sabiduría eterna: ella es una porque sus vínculos son mas fuertes que la muerte: ella es dulce, porque la union del Espíritu Santo se derrama todos los dias sobre sus miembros: un solo Señor la gobierna: una sola fé la sostiene: un solo bautismo la santifica. Sí, hermanos míos, un solo

bautismo, y este solo medio de salvacion es el que os traigo á la memoria para que conozcais la necesidad de la union y de la caridad entre los Christianos.

En efecto, todos hemos sido marcados con el mismo carácter de adopcion; todos tenemos las mismas esperanzas, y los mismos derechos: la caridad de Jesu-Christo ha sido derramada en el corazon de todos por el Santo Espíritu, de manera, que como dice San Agustín, un Christiano es otro Jesu-Christo mismo; por tanto si despreciamos al próximo, despreciamos á Jesu-Christo; y si le tratamos mal ó le insultamos, hacemos una injuria notable á Jesu-Christo. Este Señor, dice uno de los Padres de la Iglesia, se ha cargado con los pecados de mi hermano y los míos, á fin de que no me viese oprimido por ellos. En fin, ha querido descargarme de mis pecados personales, atendiendo á que no podia yo expiarlos por mí mismo, y asociarme á sí en la tolerancia de las flaquezas del próximo, á fin de obrar su santificacion y la mia. Qué desconocida se halla esta verdad, y qué olvidada en la práctica!

Nosotros, dice el Apóstol, tenemos un Dios y Padre de todos; pero si paramos la consideracion en las divisiones que reynan entre los hombres, nos parecerá que cada uno tiene su Dios particular, y que no puede servirle sino inmolándole cruelmente á su próximo, contristándole en todo, y echándole en cara las menores pasiones que le degradan: tenemos un Padre, que lo es de todos, y sin embargo cada casa forma no solo una familia diferente, sino un pueblo enemigo que se hace una guerra interminable, y cuya gloria consiste en destruirse reciprocamente, y en reynar á toda costa. Este Padre comun, añade el Apóstol, está entre nosotros; y en efecto, vela sobre nosotros por su Espíritu, se ofrece á nosotros por su gracia, y combate por nosotros, dispensándonos su proteccion y sus auxilios. Este Dios, que se hace tan sensible, es invisible en el mundo, por causa de la perversidad de nuestros corazones; pero sin embargo se acerca á nosotros por muchos medios, porque sabe que tenemos necesidad de su misericordia, de su sabiduría, de su paciencia y de su bondad. Este Pa-

dre tierno lo gobierna todo con tanta prudencia, que si nos ponemos baxo su mano paternal, podemos caminar con rectitud y confianza; pero sin embargo nuestra vida es una continua resistencia á sus miras y designios.

Concluyamos pues diciendo con el Apóstol, que Dios reside en todos nosotros, ó por mejor decir, en cada uno de nosotros; pero que no obstante muchos Christianos ultrajan su Espíritu y le contristan; que otros son causa de que le blasfemen los que no le conocen, y que la mayor parte le aleja de sí, y le arroja de un corazon sobre el qual tiene derechos imprescriptibles.

¡Dios mío, que no seamos de este número! Morad con nosotros; haced que conozcamos los preciosos efectos de vuestra presencia, y que obremos de manera que demos una prueba con nuestras costumbres de que vuestra sabiduría dirige nuestras palabras á la instrucción y á la edificación del próximo: que vuestra justicia anima nuestras acciones y las encamina á la caridad y la paz: que vuestras promesas fomentan nuestra esperanza para que caminemos con firmeza por las sendas de la

justicia. Señor, haced todo esto en nosotros en el tiempo, y hacedlo todo para nosotros en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 22. v. 34. 46.

En aquel tiempo quando los Phariséos oyéron que habia hecho callar á los Sadducéos, se juntáron á consejo: Y le preguntó uno de ellos, que era Doctor de la Ley, tentándole: Maestro, ¿quál es el grande mandamiento en la Ley? Jesus le dixo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el mayor, y el primer mandamiento. Y el segundo semejante es á este: Amaras á tu próximo como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los Prophetas. Y estando juntos los Phariséos, les preguntó Jesus, diciendo: ¿Qué os parece del Christos? de quién es hijo? Dícenle: de David. Díceles: ¿Pues cómo David

en espíritu lo llama Señor, diciendo: *Dixó el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra: ni alguno desde aquel día fué osado mas á preguntarle.*

INSTRUCCION.

La religion santa que profesamos encierra una ciencia muy sublime, pero muy diferente de esas ciencias abstractas que al cabo de muchos años, y largas vigiliass solo dexan nociones vanas, insuficientes é inútiles. La ciencia de la religion es tan sencilla que pueden alcanzarla los mas simples y limitados Christianos, de manera que teniendo la atencion debida, y una humildad sincera, harán sin duda progresos muy rápidos en esta ciencia eminente, que el Apóstol llama ciencia de los Santos. Pero cómo es posible que una religion cuyos misterios son impe-

netrables, cuyo establecimiento es milagroso, cuyo origen es tan antiguo como el tiempo, pueda ser accesible á tantos Christianos, cuyo espíritu no es susceptible de mucha aplicacion, y que por otra parte carecen de grandes luces? La causa, hermanos míos, de que sea tan fácil la inteligencia de esta religion anunciada por tantos Profetas, apoyada con tantos milagros, enseñada por Dios mismo, y que han abrazado con tanto ardor los pueblos mas orgullosos y feroces, es la sencillez misma de sus preceptos, los cuales se limitan á estos dos puntos esenciales: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y á tu próximo como á ti mismo.

Alegraos pues, Christianos, consolaos, almas simples y dóciles, que os quejais de la escasez de vuestras luces para alcanzar los conocimientos sublimes. Sabed que Jesu-Christo no ha escogido á los poderosos y sabios del siglo, sino que ha venido á ilustrar á los mas miserables segun el mundo. Abrid esos libros santos, y ved lo que os enseñan. La ley os habla en ellos de las misericordias del Señor para excitar vuestro amor y reconocimiento: os ha-

bla de las necesidades de vuestro hermano para interesar vuestra sensibilidad, y si estudiáis con la atención que se requiere estos dos objetos, habeis llegado á alcanzar quanto la Ley y los Profetas contienen como mas admirable y necesario.

Estas grandes verdades vamos á conocerlas siguiendo á Jesu-Christo; y así, hermanos míos, preguntémosle con mas sinceridad y humildad que los Fariseos, y sus respuestas serán para nosotros mas abundantes de consuelos, y mas luminosas.

Jesu-Christo habia impuesto silencio á los Sadduceos que negaban la resurrección de la carne. Ellos establecían por principio incontestable que muerto el hombre quedaba eternamente en el polvo del sepulcro, y que desde aquel momento no tenia ya que temer el pecador los suplicios y los tormentos con que la religion le amenaza para atemorizarle, ni el justo tenia tampoco que esperar esa felicidad corporal que la religion le propone para que adopte sus prácticas, y para lisongear sus deseos. Ya podeis pensar qual sería la vida de estos hombres al abrigo

de un sistema tan favorable al libertinage y á las pasiones. ¿No serian capaces de cometer toda suerte de desórdenes supuesta su impunidad? Juzgado, hermanos míos, por la vida que llevan en nuestros dias esos espíritus fuertes que entretienen á todos con sus conversaciones, que son el azote mas sensible del dogma y de la moral, reduciendo á problema lo que la fé nos enseña con pruebas tan incontestables acerca de la inmortalidad del alma, de su naturaleza, y de su destino futuro. Juzgado por el crédito que ha llegado á conseguir su monstruoso, pero cómodo sistema, cuyas consecuencias se adoptan con mucho gusto, aunque se conozcan todos sus vicios. Juzgado por el ayre de insolencia y de altivez que afectan quando algunas almas timoratas y religiosas hablan en su presencia de la incertidumbre de la vida futura, de la seguridad de los juicios de Dios, y de la necesidad de vivir de un modo conforme á la vocación y al fin de un Cristiano.

Estos hombres son mas culpables todavía que los Sadduceos, los quales á lo ménos respetaban los demas dogmas de

la religion, seguian á Jesu-Christo, y callaban quando las razones del Salvador prevalecian sobre las conseqüencias de su sistema; pero los pretendidos filósofos de que hablo no conocen otra autoridad que su razon, ni otras pruebas que los intereses de un corazon corrompido. Jesu-Christo les enseña hoy que el Dios que les ha sacado de la nada no es el Dios de los muertos, y mucho ménos de un espíritu ó vapor sutil y delgado, que no se distingue de los cuerpos mas materiales, sino por una diferente organizacion, como se atreven á enseñar los principales xefes de esta secta, sino que es el Dios de los corazones y de las almas inteligentes y espirituales que ha criado para su gloria, y para un fin digno de su Criador, sobre las quales conservará siempre un dominio directo y terrible; de manera que si le son infieles, no se escaparán de las manos de un Dios vivo, porque no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. Señor Jesus, hace tiempo que triunfan estos impios, y por desgracia han conseguido seducir una gran parte de vuestro pueblo. Sus errores se extienden de día en día co-

mo una gangrena: levantaos, Señor, y suscitad en el seno de vuestra Iglesia Ministros, que armados con la espada de vuestra palabra, combatan sus doctrinas, y les impongan silencio con tanta eficacia como lo hicisteis á los Sadduceos.

La victoria que Jesu-Christo habia conseguido de estos novadores debiera haber intimidado á los Fariseos para que fuesen mas circunspectos en las cuestiones que proponen á Jesu-Christo; pero admiremos, hermanos míos, hasta qué punto llega el espíritu de animosidad y de venganza. Estos hombres que estaban separados de los Sadduceos, que no tenian con estos enemigos de la sana doctrina ningun interes, y que eran los primeros que levantaban el grito contra la impiedad de sus dogmas, parece que se reunen hoy, porque se trata de combatir un enemigo comun. Su orgullo les persuade que la Sabiduría Eterna se verá precisada á callar en su presencia, y la gloria que se prometen de su empresa, les parece tanto mas lisongera quanto mas poderoso y formidable ha sido su adversario á los Sadduceos. Podeis contener la ira considerando los designios

de estos hombres presuntuosos? Pero ¿por qué admirarnos, sabiendo, como decía un Profeta, clara y terminantemente, que vendría un tiempo en que los malos formarían sus juntas contra el Señor y contra Christo? Admirémoslos si é imitemos si es posible la tranquilidad que manifiesta este Divino Salvador quando se atreven á tentarle. El mismo Profeta añade que el Señor tomará sus medidas para disiparlos y confundirlos, y que se reirá y mofará de sus débiles esfuerzos.

Un Doctor de la Ley es el que á nombre de todos se encarga de preguntar á Jesu-Christo con el fin de embarazarle y confundirle en su respuesta; y así le propone la dificultad mas fácil de resolver, pero con toda la malicia de su corazón.

Ya os hemos explicado, hermanos míos, otro pasage del Evangelio semejante á éste en que un Doctor con igual pregunta procura tentar á Jesu-Christo, y con este motivo os hemos advertido que aunque nos sea licito consultar y preguntar, es muy difícil hacerlo con la sinceridad y docilidad que exigen así la qualidad de los que con-

sultan, como la autoridad de los que deciden. Los Padres de la vida espiritual nos dicen, que no hay cosa mas molesta y difícil, que la costumbre que se han formado ciertas personas de consultar mucho, y de fatigar con preguntas superfluas á los Ministros que han escogido para directores de sus almas. Ellos no reprueban esa desconfianza que suelen tener á las veces de sus acciones, considerando que los Ministros de Jesu-Christo tienen el cargo de allanar á los pueblos los caminos de la salvacion, para dirigir sus pasos por los senderos de la justicia; y que colocándolos el Señor en medio de ellos, ha querido que sirviesen de antorcha para ilustrar sus acciones, y darlos á conocer toda la extension de la ley; pero lo que reprueban es, que muchos Christianos no pregunten sino para hacer una orgullosa ostentacion de su ciencia y de sus virtudes: que otros que se dedican á conocer la verdad no esten dispuestos siempre á seguirla: que algunos no consulten sino para mostrar mas obstinacion y contumacia: que otros sean sobradamente presuntuosos para creerse mas ilustrados é instruidos que

los mismos Ministros; y en fin, que la mayor parte no se acerque sino para tentar.

El Doctor de la Ley, para encubrir mejor el veneno de su pregunta, le concede á Jesu-Christo la qualidad de Maestro, y llevando todavía mas adelante la lisonja y el disimulo, le dice: Maestro, ¿quál es el grande mandamiento de la ley? ¿Pero qué causa podían tener los Fariseos para hacer una pregunta tan fácil y sencilla? ¿Acaso el desprecio, reflexionando que el mas limitado de sus oyentes hubiera podido responder sin trabajo? ¿Acaso el orgullo, para manifestar que conocian las dificultades de la ley? Sea el que quiera el motivo, lo cierto es que Jesu-Christo los reprueba, y que mira su pregunta como nacida de la animosidad y del orgullo de su corazon. Permittedme, hermanos míos, que yo tambien os pregunte hoy ¿quál es el grande mandamiento en la ley? ¿Habrá muchos entre vosotros que puedan responderme? Bien veo que cada uno ha respondido ya á su modo, y que si fuese necesario responderiais aquí públicamente; pero yo no quiero con-

fesiones de boca, sino las de las obras que son las mas seguras, ó por mejor decir las únicas. Sé muy bien que desde la misma infancia conocéis este primer precepto; ¿pero vuestra vida no desmentirá este conocimiento? Ambiciosos, cada uno de vosotros anda afanado para llegar á los primeros puestos por caminos muchas veces criminales, y los mas opuestos á la rectitud y á la justicia: ¿quereis sobresalir siempre á vuestros iguales, amais las distinciones, y pretendéis que os consideren y respeten? ¿Quál es el precepto mejor observado y el mas conforme á vuestro orgullo? Vuestra conducta me está diciendo que es la vanidad.

Escuchad, jóvenes cegados por las pasiones: vosotros no conocéis otros dias felices sino aquellos que pasais en la disipacion y el libertinage: vuestra vida es un círculo continuo de entretenimientos peligrosos: todo lo que desordena vuestras diversiones os fatiga y os importuna. Está bien; pero decidme, ¿quál es el grande mandamiento en la ley? Vuestras costumbres me prueban que es el deleyte y

las pasiones mas vergonzosas.

Corazones interesados, á quienes domina una sórdida avaricia: vuestros deseos son mas vastos que vuestros tesoros, los quales todos los dias crecen á expensas de los pobres, y de vuestras propias necesidades; pero á pesar de este aumento sensible, vuestra sed de amontonar nunca se apaga. Duros é inhumanos con los infelices que llegan á vuestra puerta, vivis en un continuo susto, temiendo que las necesidades públicas os arranquen acaso los tesoros que guardais. ¿Cuál será pues el grande y el único precepto que ocupa vuestro corazon? Sin duda la codicia mas insaciable y mas criminal. Y vosotras, hijas disipadas, vírgenes locas, juventud ligera, respondedme ¿qué dice la ley? ¿Os dice que vuestro cuerpo debia ser vuestro ídolo y el objeto de vuestros cuidados? ¿Por ventura consiste el adorno de una virgen christiana en esos trages que inventa la moda y que inspira el espíritu de inmodestia y de libertinage? ¿Por ventura os enseña á hacer del Templo del Señor una casa del tráfico el mas vergonzoso, y á prodigar la inocencia? ¿Teneis

pues otra ley que os gobierne? ¿Qual es el grande mandamiento? Es el luxo, el amor propio, y la vanidad mas insufrible. Pecadores, guardad pues un profundo silencio, porque no es á vosotros á quienes toca responder á una pregunta tan interesante, porque vuestras obras desmentirian infaliblemente vuestras palabras. A vosotras, almas justas, os toca enseñar que el amor de nuestro Dios es el primero y el mas grande de los preceptos. Es el primero, no solo porque está á la cabeza de la ley, sino tambien porque abraza todas las otras leyes: de manera que el Christiano que se muestra fiel á todas, y desprecia ésta, se hace prevaricador de la ley en toda su extension. El es el mas grande por su naturaleza, porque Dios es su principio. En su objeto arregla los afectos de nuestro corazon: en sus efectos eleva al hombre sobre sí mismo, por la union que le da con su Dios; y en su fin Dios mismo debe ser la recompensa infinitamente grande. Si juzgamos del resto de los preceptos por el primero, ¿no convendreis con el Apóstol San Juan en que los mandamientos del Señor no son gravosos? ¿Qué ley

mas consoladora y mas dulce que aquella que nos ordena á amar á un Dios? ¿Quién soy yo, preguntaba en otro tiempo San Agustin, para que me honre el Señor con un mandamiento tan grande como el de amarle? Sí, Dios mio, sería mi corazon el colmo de la avaricia si vos no le satisfacieseis. En efecto, hermanos míos, ¿qué recursos en el cumplimiento de este precepto! Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, y nada te agrada sino lo que sea conforme á su ley. Christianos, no temais que os falte el sustento, aunque todo el mundo se vea sobrecogido por la miseria. En las tentaciones mas violentas conseguireis la victoria. Amad sinceramente á vuestro Dios, y este amor os allanará todo lo que parece mas difícil en la ley. Todo lo que perdais por causa de las criaturas será recompensado sobradamente por este amor. Amad constantemente á vuestro Dios, y si estais afligidos, os consolará este amor: si estais inciertos y dudosos, este amor os ilustrará: si los enemigos de vuestra salvacion intentan seduciros y perderos, este amor os afirmará, y por mas vastos que sean los

deseos de vuestro corazon, este amor los llenará.

El amor de Dios, hermanos míos, es capaz de reproducir aquel efecto milagroso que el pueblo Judío encontraba en el maná en medio del desierto. Sí, este alimento delicioso lisonjeará, y se acomodará al gusto de todos. El Christiano que sabe gustar de las delicias del Señor, experimenta en el desierto de esta vida el consuelo y los recursos que tuvo el pueblo Judío, de manera que se ven colmadas por este amor todas las inclinaciones mas opuestas entre sí luego que son legítimas. Si sois sensibles á la gloria, amad á Dios, y acordaos que no hay honor que sea capaz de igualar al que disfrutan sus amigos. Si codiciáis los tesoros y las riquezas, amad á Dios, que es el autor de todo don perfecto, y el Dios de todos los consuelos. Si la voluntad tiene algunos atractivos para vosotros, amad á Dios, y acordaos, que no es una simple efusion, sino un torrente de delicias que prepara á los que le aman. Si la tranquilidad, el reposo y la paz son las inclinaciones favoritas de vuestro corazon, amad á Dios, porque el

corazon no dexa de estar agitado sino quando repose únicamente sobre su Dios, dice San Agustin.

Aunque este precepto sea el mas grande, y que propiamente hablando, se pueda decir que supone el cumplimiento de todos los demas; Jesu-Christo hace notar á los Fariseos otro muy semejante á él, y es, el de amar á nuestro próximo como á nosotros mismos. En efecto, es semejante al primero, porque puede decirse que tiene el mismo principio, el mismo objeto y el mismo fin: de manera que en el cumplimiento de estos dos preceptos depende toda la Ley y los Profetas.

Notad, hermanos míos, que no es libre la eleccion de uno de estos dos preceptos, porque ambos son de igual necesidad, de suerte que Dios no tiene por verdadero amor sino el que se apoya sobre estos dos fundamentos inalterables. El homenaje de un corazon donde reynasen la indiferencia y el desprecio del próximo, seria desechado, así como tambien todo acto de humanidad, de generosidad y de justicia que no estoviese santificado por el amor que se le debe.

Esta reflexion no parecerá inútil si se considera que hay muchos Christianos que viven tranquilos porque practican uno de estos dos mandamientos mientras que olvidan enteramente el otro. ¿No es este el juicio que deberémos formar de todos esos Christianos devotos que forman escrúpulo de omitir una oracion, de faltar á un ejercicio de piedad, de no freqüentar los Sacramentos en las grandes solemnidades, mientras que con relacion á la caridad fraterna faltan á las obligaciones mas esenciales é indispensables, tratando con desprecio y dureza á sus inferiores y semejantes, cerrando su corazon á las miserias de sus hermanos, negando su oido á las necesidades públicas, y mortificando con su mal genio y aspereza á quantas personas tratan por necesidad con ellos? Si se dice á estos Christianos, amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y para esto habeis de orar con freqüencia, y cumplir con toda fidelidad las obligaciones de nuestra religion santa, no pondrán la menor dificultad, y dirán que es muy justo manifestar por estos medios su gratitud á aquel Señor que tantos beneficios les hace; pero no

manifestarán tanta conformidad, si se les añade, amarás á tu próximo como á tí mismo, en inteligencia que este próximo es una persona indiscreta y mordaz, que os ha quitado la opinion sin temor ni respeto alguno: que este próximo es un ribal que procura su fortuna con destruccion de la vuestra: que este próximo es un hijo indócil que turba la paz de vuestra casa: que es un criado insufrible, insultante y de mal modo: que es una esposa que abandonando sus obligaciones, lo refiere todo á su comodidad, y á la satisfaccion de todos sus caprichos: de un esposo corrompido, jugador y malgastador de aquellos bienes y rentas que debian hacer la subsistencia de su casa. Este es el próximo á quien habeis de amar como á vosotros mismos, y á quien por consequéncia debeis perdonar todas sus flaquezas; tolerar sus injurias; suavizar la dureza de su caracter, y tomar aquellas medidas que sean mas conducentes para su correccion y reforma. Christianos, lo repito, este es el próximo á quien habeis de amar, esta es la ley del Señor; pero temblad considerando quan distantes estais de su observan-

cia. Qualquiera falta en este precepto, por pequeña que os parezca, es de grande consequéncia. El amor del próximo consiste en desearle el mismo bien que deseais para vosotros: en ser tan sensibles á sus males como lo sois á los vuestros: en tratar su honor con tanta delicadeza como teneis por vuestra reputacion: en considerar y contemplar sus flaquezas como las propias vuestras, y finalmente en mostrarle tanta indulgencia como pedis para vosotros mismos. Hermanos mios, obrar de otra manera es quebrantar abiertamente este precepto, y evadir sus principios. No consiste el amor del próximo, como piensan muchos, que no tienen inteligencia de este grande mandamiento, en esa indiferencia habitual que mostrais en sus desgracias: no basta decir no le aborrezco, como decian los Fariseos; es preciso amarle como á vosotros mismos. El odio secreto que devora vuestro corazon: esa paliada animosidad que le despedaza: esa frialdad en todo aquello de que puede resultarle algun provecho: esa poca disposicion para prevenirle y obligarle, son otros tantos vestigios de resentimiento que no han

llegado á extinguirse del todo. Os amais, Christianos, de esta manera? Si no tenéis por vuestros propios intereses mas solicitud que la que manifestais por los de vuestros hermanos, arrastráis sin duda una vida bien desgraciada; pero no sucede así, porque estais muy solícitos en separar de vosotros todo motivo de sentimiento, y muy atentos para procuraros los placeres y las comodidades. No hay que temer que abandoneis vuestro amor, al contrario, el exceso en esta parte es la causa mas cierta de vuestra indiferencia para con el próximo. Os amais demasiado, sí, y por esta causa ni considerais sus trabajos, ni los compadeceis, ni procurais el remedio, temiendo que acaso se aflixa vuestro corazon, y se prive de aquella tranquilidad, á la qual se dirigen todos vuestros cuidados.

Dios mio, arracad de nuestros corazon esta semilla peligrosa del amor propio, ó si á lo ménos por un secreto adorable de vuestra justicia no puede extinguirse del todo este vicio funesto, haced que la caridad le modere y debilitte. Dadnos, Señor, á conocer toda la importancia de este precepto: infun-

despues de Pentecostes. 107
didnos la gracia que se requiere para cumplirlo. Formad en nuestros corazones este doble amor, en el qual se contienen todos los preceptos de la ley; y haced que amándoos de todo corazon, y amando al próximo como á nosotros mismos, seamos dignos de una recompensa eterna. Así sea.

DOMINGO XVIII.

DESPUES
DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS.
cap. I. v. 4. 8.

Hermanos: Gracias doy incesantemente á mi Dios por vosotros por la gracia de Dios, que os ha sido dada en Jesu-Christo: Porque en todas cosas sois enriquecidos en él, en toda palabra, y en toda ciencia:

Así como ha sido confirmado en vosotros el testimonio de Christo: De manera que nada os falta en ninguna gracia, esperando la manifestacion de nuestro Señor Jesu-Christo, el que tambien os confirmará hasta el fin sin culpa, en el dia del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Christo.

INSTRUCCION.

La Iglesia sin duda para que lloramos y temblemos nos pone hoy á la vista los testimonios que el Apóstol San Pablo daba á los fieles de la Iglesia de Corinto. Este testimonio es la confesion de mayor consuelo que puede hacer un Ministro, porque prueba la fidelidad del Apóstol, y la docilidad del pueblo; ¡pero qué distante estoy yo, hermanos míos, de poderme dar y aplicar este testimonio! Léjos de lisonjearme del fruto de mis tareas, ¿no podré humillarme al ver que la palabra santa se desprecia por el mayor número de Christianos? Voy

pués á daros á conocer en la explicacion de esta Epístola la distancia que hay de las costumbres de los primeros fieles á las vuestras, la extension de su caridad, y la cortedad de la vuestra, y en fin, con quanta confianza podian esperar el dia de la manifestacion de nuestro Señor Jesu-Christo que á vosotros os inquieta tanto, temiendo que os encuentre vacíos de buenas obras. Ved en compendio la materia de esta instruccion. Mi objeto al presentaros estas verdades, no tanto es afligiros, quanto excitar en vuestros corazones una emulacion generosa. ¡Oxalá que el Dios de toda caridad forme en vosotros esta preciosa disposicion!

Hermanos: gracias doy incesantemente á mi Dios por vosotros, por la gracia de Dios. En estas palabras nos manifiesta el Apóstol toda la extension de su vigilancia y el ardor de su caridad, enseñándonos á los Ministros del altar que no nos basta trabajar con alguna actividad y zelo, sino que debemos poner una singular atencion para estudiar los frutos que producen nuestros trabajos, á fin de reconocer si son convenientes los medios que emplea-

mos. La oracion es el camino mas propio para preparar el buen éxito de nuestro ministerio, y la accion de gracias y el reconocimiento es el mas eficaz para que sea durable. Sobre todo debemos persuadir al pueblo que la ingratitud en qualquier género es un vicio odioso con relacion á Dios, abominable por su naturaleza, y pernicioso por sus consecuencias.

Acostumbrémonos pues á dar gracias á nuestro Dios por los beneficios que nos hace todos los dias, y singularmente por la gracia que nos ha dado por Jesu-Christo. El Apóstol nos enseña hoy que debemos ser agradecidos á nuestra vocacion á la fé, y hacer de ella el objeto de un reconocimiento no interrumpido. ¡ Pero qué distantes estamos de este sentimiento de gratitud, quando no pensamos ni un momento en nuestra vocacion; quando vivimos en el seno del Christianismo, sin considerar que Dios se ha dignado escogernos con preferencia á tantos otros pueblos que tiene abandonados! Este es el carácter del mayor número de Christianos á excepcion de algunas almas fieles que se han acostumbrado desde la

juventud á celebrar su nacimiento espiritual. La mayor parte apenas saben si son Christianos, ó no lo saben sino porque han oido esta verdad desde la infancia; pero aquellas primeras instrucciones no han tenido bastante fuerza en su alma, ni han podido grabar en su memoria ni la naturaleza, ni el precio, ni los derechos de su vocacion. Conviene pues, hermanos míos, dar á Dios frecuentes acciones de gracias, porque si os hubiera abandonado á las tinieblas que os rodeaban en aquellos primeros años, estariais hoy confundidos en el número de tantos infelices, como se han separado del seno de la Iglesia, para abrazar otras opiniones, y ser miembros de una religion que desconocé nuestros misterios y nuestros dogmas. ¿Serán dignos semejantes Christianos de tener este honroso título? ¿No deshonran este precioso carácter con vicios y opiniones las mas criminales? Vosotros que habeis estudiado la grandeza de vuestra vocacion, acordaos que el primer sentimiento que ella debe inspiraros es el reconocimiento, porque Dios no os es deudor de haberos escogido por Jesu-Christo, co-

mo tampoco lo es de todas las gracias, para las cuales os concede un derecho seguro esta vocacion. En todas cosas sois enriquecidos en él, añade el Apóstol, en toda palabra y en toda ciencia. La mayor ventaja de los Christianos consiste pues en oír la palabra santa, y en afirmarse en la ciencia de la salvacion; pero si esto es así, ¿por qué mostrais tanta indiferencia á las palabras de Dios? ¿De dónde proviene esa afectada eleccion de Ministros, y la crítica que haceis quando carecen de aquellos talentos superiores que distinguen á otros, y de aquellas gracias naturales que sazonan los buenos discursos? ¿De dónde proviene el disgusto que manifestais quando no consigue fixar vuestra atencion sobre las verdades que os anuncia? ¿No está muy distante esta conducta del sentimiento de accion de gracias que os inspira el Apóstol al principio de esta Epístola? ¿Pensais que se puede unir la piedad con esta peligrosa costumbre? Hermanos míos, tened entendido que ella es muy reprehensible por muchos respetos. En primer lugar ofendeis á Dios, que es dueño de hacer pasar sus dones por aquellos canales

que sean mas conformes á sus designios; por lo qual debeis acostumbraros á oír la palabra santa con la simplicidad de corazon que exige su grandeza, teniendo presente que los buenos artífices se valen muchas veces de instrumentos toscos para executar las obras mas sólidas y perfectas. Ofendeis, en segundo lugar, al Ministro que os anuncia la palabra santa, y con esa afectacion ridicula que ostentais desconcertais sus mejores planes, affigis y enervais en algun modo sus talentos, y perdeis el fruto que se prometia de sus tareas si le hubierais escuchado con mas atencion. ¿Debercis pues admiraros, segun esto, que los Ministros no muestren ni ardor para instruirse, ni zelo para desempeñar su ministerio? Ofendeis, en tercer lugar, á los Christianos que se reúnen con vosotros en el templo, y vuestro mal exemplo sin duda es un motivo poderoso de escándalo. Esa eleccion de oradores, ó por mejor decir, ese desprecio de los que carecen de las gracias y dotes naturales que tanto se requieren para encantar á los oyentes, influye sobremanera en su descrédito, y contribuye al poco fruto que sacan algunos

fieles sencillos que se contentarian con discursos ménos pomposos. Os ofendeis últimamente á vosotros mismos, porque Dios, que tiene designios y miras muy altas, aunque incomprendibles sobre vosotros, ha querido que un Ministro sin talentos ni eloquencia fuese quizá el instrumento de vuestra conversion. Las instrucciones que parecen ménos sólidas, contienen siempre algunas verdades, cuya meditacion es muy esencial á la salvacion eterna; y si las reflexiones del orador carecen de aquellas gracias que encantan, el Espíritu Santo que sopla donde quiere, y quando quiere, sabe penetrar la nube que obscurece su palabra, y pasar á los corazonos los rayos de su gracia.

¿Qué fácil es distinguir entre los Christianos aquellos que oyen con frecuencia la palabra de Dios, y la meditan como corresponde. Examinad su conducta y sus obras, y por ellas conoceréis si puede decirseles, lo que el Apóstol decia á los de Corinto: ha sido confirmado en vosotros el testimonio de Christo; de manera que nada os falta en ninguna gracia. ¿Y de qué modo podrá ser confirmado en

nosotros el testimonio de Jesu-Christo, sino por la atencion que damos á su palabra, y por la meditacion de las obligaciones que nos impone? Si vivimos como Jesu-Christo, si practicamos la humildad, la dulzura y la paciencia de Jesu-Christo, si frecuentamos los ejercicios de la religion, si oramos con devocion y respeto, si nos ocupamos como Jesu-Christo en seguir los designios de su Padre que está en el cielo, y nos abramos en un santo deseo de la patria que nos espera: entónces podremos decir que está confirmado este testimonio entre nosotros. ¿Pero podré yo asegurar que nada os falta en ninguna gracia? No, hermanos míos, la fe de los unos es tan débil, tan frágil la esperanza de los otros, y tan fria la caridad de todos, que léjos de poder yo hablar como el Apóstol, me veo reducido á desear que Dios llene vuestras almas de los dones que os faltan para que camineis en la esperanza de la manifestacion de nuestro Señor Jesu-Christo. De esta manera él os confirmará tambien hasta el fin sin culpa, en el dia del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Christo.

Este pensamiento del juicio universal está muy distante de vosotros, y una verdad tan terrible no hace la misma impresion sobre todos los corazones. Los unos no piensan en ella, los otros la miran con horror, y muy pocos trabajan con eficacia para procurarse los consuelos y las gracias en esta inevitable manifestacion. Si siempre meditásemos, hermanos míos, esta cuenta terrible que debemos dar en presencia de Jesu-Christo, y á la faz de todos los pueblos, de tantos pensamientos, palabras y obras contrarias á la ley; si á todas nuestras acciones precediese esta útil reflexion, encontraríamos un remedio para nuestro orgullo, y un contrapeso á la inestabilidad de nuestro corazón. Meditad por tanto esta verdad, y ella producirá el sentimiento saludable de ese temor filial que ve entre las manos del juez los castigos y las recompensas, y en el pecado una ofensa hecha á un Padre amoroso que nos concede sus gracias á manos llenas: ella producirá la contricion del corazón, ese dolor que previene los juicios de Dios, por medio del juicio figurado que hace el pecador sobre sí mismo, el

qual desarma la Justicia Divina inspirando una saludable penitencia: ella producirá la humildad, y hará que transportándonos en espíritu á los pies del Soberano Juez, consideremos la muchedumbre de nuestros pecados, y que viéndonos sin otro apoyo ni defensa que algunas pocas obras imperfectas, depongamos el orgullo que ostentamos engañándonos á nosotros mismos con el aparato de la virtud: ella producirá la dulzura y la caridad fraterna, porque nos presentará entre las manos de Jesu-Christo esa medida, de que nos habla el Evangelio, y por la qual seremos medidos; es decir, que nuestra conducta con el próximo servirá de regla para la que haya de tener el Soberano Juez con nosotros: ella producirá en fin la paciencia, ofreciéndonos la cruz de Jesu-Christo, como un título, en virtud del qual podemos tener un derecho á los consuelos que nos dará el justo Juez, siempre que nuestra vida se haya conformado con esta cruz. De esta manera es como, segun la expresion del Apóstol, nos confirmará la gracia de Jesu-Christo, y nos hará irre-

118 Domingo XVIII.
prehensibles en el día de su advenimiento.

Entrad dentro de vuestro corazón, hermanos míos, para reconocer si podéis daros este testimonio consolador: si la conciencia os dice que sois dignos de la atención de un Dios, que debe juzgar al mundo con sus Santos, y que habeis seguido en todo los pasos á Jesu-Christo, seréis tambien dignos de ser honrados con su testimonio, y coronados de la gloria que prepara á sus escogidos en la bienaventuranza. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 9. v. 1. 8.

En aquellos días: entrando Jesus en un barco, pasó á la otra ribera, y fué á su ciudad. Y he aquí le presentaron un paralytico postrado en un lecho. Y viendo Jesus la fe de ellos, dixo al paralytico: Hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. Y luego algunos de

despues de Pentecostes. 119 los Escribas dixéron dentro de sí: Este blasfemá. Y como viese Jesus los pensamientos de ellos, dixo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas fácil, decir: Perdonados te son tus pecados; ó decir: Levántate, y anda? Pues para que sepais, que el hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dixo entónces al paralytico: Levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa. Y levantóse, y fuese á su casa. Y quando esto viéron las gentes, temiéron, y loáron á Dios, que dió tal potestad á los hombres.

INSTRUCCION.

Que los pueblos se apresurasen á presentar á Jesu-Christo los enfermos mas desahuciados, no es una cosa que deba excitar nuestra admiracion, quando una feliz experiencia les habia enseñado que este Dios benéfico no habia venido entre los hombres, sino para re-

mediar sus miserias; y así era muy natural que el paralítico de quien nos habla el Evangelio de este día, se aprovechase del pasage de Jesu-Christo para interesarle en su salud. Pero lo que me admira es que estando nosotros oprimidos de enfermedades mucho mas peligrosas que las del cuerpo, y reducidos á un estado mas triste por las llagas que ha hecho el pecado en nuestras almas, seamos tan tardos para presentarnos á Jesu-Christo, é interesarle en nuestros males, siendo así que la bondad que manifiesta hoy con el paralítico debería excitar nuestra confianza, y empeñarnos á solicitar la curacion con la misma diligencia que manifestamos para las enfermedades corporales. Esta es la única consecuencia que nos suministra el Evangelio; pero consecuencia que contiene otras muchas de grande importancia. No penseis que el Espíritu Santo ha querido darnos á conocer las acciones de Jesu-Christo únicamente para satisfacer nuestra curiosidad, para excitar nuestra admiracion y atraer nuestros elogios. No, las consecuencias saludables que debemos deducir de las virtudes que nos

presenta, exigen toda nuestra atencion. Considerad, hermanos míos, que debeis dar cuenta muy exácta del efecto que ha producido esta verdad en vuestros corazones; por lo que, y para que yo pueda daros á conocer todo su valor, seguidme en la exposicion que voy á hacer de este Evangelio.

Jesu-Christo no habia venido á la tierra para procurarse los placeres de una vida cómoda y tranquila, sino para trabajar sin descanso en la santificacion de las almas; para cumplir la voluntad de su Padre á expensas de su tranquilidad; para no conocer otro intervalo en las penosas tareas de su ministerio, que un ayuno diario y continuadas oraciones; para verse siempre cercado de una multitud de pueblos, entre los quales unos le piden milagros, otros procuran tentarle y sorprehenderle, y el mas pequeño número desea instruirse; para estar expuesto á las inectivas y á los insultos de una nacion ciega, ó de los Fariseos orgullosos y envidiosos; en una palabra, para no hallar un lugar donde poder reclinar con seguridad su cabeza. Estas son, Christianos, las acciones y la conducta de Jesu-Christo, y el

compendio de su vida mortal. ¿No podré yo según esto reprobar las murmuraciones que os permitis todos los días sobre los males y contradicciones que sufris en vuestro respectivo estado? No quiero por esto decir que vuestra situación esté libre de sentimientos: conozco que hay muchos entre vosotros que comparados con los felices del siglo, son dignos de una verdadera compasión; pero si se comparan sus trabajos con los de Jesu-Christo, no merecen consideración alguna.

Jesu-Christo venia de predicar de la otra parte del lugar de Genesareth, y entrando en un barco, pasó á la otra ribera, y fué á su Ciudad. Y he aquí le presentáron un paralítico postrado en un lecho. Tal era el crédito que tenía por sus milagros. ¡Ojalá que vosotros á su imitación no fueseis conocidos sino por vuestra caridad; de manera, que tan pronto supieseis los males, como les aplicaseis el remedio! El paralítico que presentan á Jesu-Christo está postrado en un lecho. Todo es interesante en el estado en que este hombre se halla; pero principalmente merece vuestra atención la naturaleza de su

enfermedad, la situación en que nos le pinta el Evangelio, y su prodigiosa curación espiritual y temporal. No perdamos de vista ninguna de las circunstancias de este suceso.

La parálisis es una enfermedad que entorpece y quita el movimiento de todos los miembros del cuerpo. La vida del paralítico es la mas infeliz, molesta y miserable que puede imaginarse. La pesadez de su cuerpo comunica á su espíritu un entorpecimiento que le hace insoportable. El es incapaz de una aplicación constante, y en muchas ocasiones apenas puede entender lo que se habla en su presencia. Esta enfermedad tiene tambien diferentes grados mas peligrosos unos que otros; y así vemos que el paralítico de nuestro Evangelio estaba reducido á una tal situación, que no pudiendo ayudarse á sí mismo, se vió obligado á recurrir á sus amigos para que le presentasen á Jesu-Christo.

Comparemos por un momento á este paralítico, cuyo estado excita vuestra compasión con uno de esos pecadores de costumbre, insensibles ó indiferentes, que tragan el pecado como

el agua, que no sienten ningun remordimiento, y que han perdido de tal manera el gusto de todas las virtudes, que ni aun conocen sus nombres. ¿Cuál de estos dos enfermos será mas digno de lástima, hermanos míos? Ah, si acaso en el pequeño número de los que me escuchan hay algunos de estos pecadores endurecidos, sepan pues que son las figuras mas expresivas del paralítico de nuestro Evangelio; ¿pero qué esperan para interesar á Jesu-Christo en sus males? Si no tienen amigos que quieran prestarlos sus auxilios, ¿no encontrarán en la compasion y en la caridad de algunos Ministros del altar el medio de dar este importante paso? Sí, hermanos míos, los primeros esfuerzos que hace un pecador para salir de su pecado son para nuestro ministerio un espectáculo muy interesante: considerad el interés que toma Jesu-Christo mismo, pues viendo la fe de ellos, dixo al paralítico: hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. Vosotros, hermanos míos, permitidme que os pregunte, ¿sentís en vuestro corazon esta confianza quando salís del tribunal de la penitencia? Ah! Si viniérais á exponernos

hoy vuestra miseria con tanta sinceridad como el paralítico de nuestro Evangelio; si experimentaseis á la vista de vuestros pecados la misma tristeza que le causa su enfermedad; si aspiraseis á recobrar la gracia con tanto ardor como este enfermo pide la salud; no solo la voz del Sacerdote, sino la del Espíritu Santo dexaria oír dentro de vuestro corazon estas palabras de consuelo: hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. ¿Pero sabeis por qué Jesu-Christo remite los pecados de este hombre ántes de curar la enfermedad de que se ve poseido? Escuchad dos razones poderosas que me ocurren para daros una idea de esta conducta misericordiosa.

Primeramente quiso enseñarnos que siendo las enfermedades corporales un castigo visible de nuestra desobediencia, no puede retirar el brazo que nos castiga, sino quando arranquemos de nuestro corazon esas funestas pasiones que han excitado su ira. Por tanto debemos dirigirnos á Dios en todas nuestras enfermedades, y rogándole que levante su mano que tan poderosamente se dexa sentir sobre nosotros, debe-

mos pedirle con preferencia que destruya la iniquidad y el pecado que han sido causa de que nos trate con tanto rigor. Me parece que hay pocos Christianos que esten persuadidos como corresponde de esta necesidad. ¿No es verdad que, quando estais enfermos, los socorros que buscáis con ménos sollicitud, son aquellos que Jesu-Christo ha preparado para vuestro alivio? ¿Si los Ministros de la reconciliacion se llegan á vuestra cama para persuadiros que estais en un estado muy lastimoso, y que teneis necesidad de auxilios pronto y eficaces; no se ven obligados á tomar mil precauciones para evitaros el susto que os impone esta noticia? ¿Estos remedios saludables léjos de suavizar y curar vuestros males, no cansan en vuestra alma una agitacion y un temor, que muchas veces acelera la muerte? Temblad, Christianos, pero sea de la enormidad de vuestros pecados, para pedir á Dios que sane vuestras almas.

En segundo lugar, prefiriendo Jesu-Christo la curacion espiritual del enfermo de nuestro Evangelio, ha querido enseñarnos que los bienes espiri-

tuales son infinitamente superiores á las ventajas terrenas y pasajeras, y que los tesoros de la gracia son preferibles á los honores, á las riquezas, á la abundancia y á la santidad misma, aunque éste sea el primero de todos los bienes; pero vuestras ideas no van conformes con las de Jesu-Christo en este punto. La felicidad, segun vosotros, consiste en aumentar los recursos temporales; en multiplicar los bienes de fortuna; en el establecimiento de vuestros hijos; en el goce de todos los placeres, y muchas veces la atencion que prestais á los negocios del mundo os absorbe de tal manera el tiempo, que no reservais ni un instante para cumplir las obligaciones de la religion. ¡Ah! si tuvieseis fe, os avergonzariais en este instante de esa felicidad imaginaria al considerar vuestra verdadera miseria. Jesu-Christo nos enseña hoy á juzgar con mas exactitud de los bienes sólidos y de los males verdaderos, anunciando al paralítico la remision de sus pecados antes de hablarle de la curacion de su enfermedad. ¿Pero quién podia pensar que este testimonio de la bondad de nuestro Salvador le traxese

nuevas contradicciones de parte de los Fariseos? Ellos jamas habian despreciado las ocasiones de contradecirle, y ésta les parece la mas propia para exercitar la malignidad de su corazon y de su lengua. El Evangelio nota que algunos de los Escribas dixéron luego dentro de sí, éste blasfema. Quién le ha dado facultad para atribuirse el derecho de perdonar los pecados, para usurpar á Dios un poder que le pertenece exclusivamente? Y como Jesu-Christo viese los pensamientos de ellos, les hizo ver que aquel que podia sondear la corrupcion de los corazones, podia tambien tocarlos y mudarlos, y así les dixo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? En este lugar reprehende Jesu-Christo á los Fariseos la injusticia de sus pensamientos sobre un objeto solo; pero esta reflexion pudiera muy bien extenderse á todas las circunstancias de vuestra vida en que el espíritu está poseido de la injusticia. No pudieramos deciros con sobrada razon, ¿por qué pensais mal en vuestros corazones? Es decir, ¿por qué os preocupais de un interes sordido, de un delicto criminal, de una baxa envidia y

de un orgullo insoportable? ¿No sabeis quán importante es para vosotros el limpiar vuestro espíritu de todo pensamiento capaz de mancharle y pervertirle? Escuchad lo que Jesu-Christo nos enseña en otro lugar del Evangelio: no es lo que come el hombre lo que puede dañarle. En efecto, es indiferente para su alma la buena calidad de los alimentos, y su corazon tiene poco que temer si procura evitar el pecado; pero los malos pensamientos del espíritu que el corazon aprueba, ó que no arroja de sí con todo el horror que merecen, le hacen delinqüente á los ojos de Dios. Los malos pensamientos, dice San Juan Chrysóstomo, son una centella que causa los mayores estragos, porque siempre encuentra en el interior de nuestro corazon materia propia para conservar y propagar el fuego que enciende; y así debemos, prosigue este Santo Doctor, tomar las mismas precauciones para librarnos de los malos pensamientos que regularmente se toman en las casas para apartar el fuego de aquellos lugares donde hay algunas materias combustibles.

Considerad, hermanos míos, cuál sería la confusión de los Fariseos quando Jesu-Christo manifestó al pueblo los sentimientos secretos de su corazón: su vergüenza fué proporcionada á su malicia. ¡Ojalá que se hubieran aprovechado de ella para rectificar la injusticia de sus pensamientos, porque este es el efecto que debe producir en nosotros la certidumbre que tenemos de la ciencia de Dios. Sí, Christianos, este Señor conoce todo el interior de nuestras conciencias. Si nuestra piedad no consiste mas que en exterioridades, si las disposiciones de nuestro corazón desmienten las palabras y las obras; acórdemonos que el velo que cubre estas intenciones secretas no será capaz de preservarnos de sus juicios, y de los cargos tremendos que nos ha de hacer en aquel día suyo, en el qual á la vista del mundo entero las pondrá de manifesto, como tambien los motivos secretos que han dirigido nuestras obras. El pueblo Judío, considerando la prosperidad de los impíos, preguntaba, si la ciencia era una de las perfecciones de su Dios. ¿Pero vosotros no teneis asimismo la temeridad

de hacer igual pregunta, ó por mejor decir, no dudais de esta verdad importante, quando pensais y obrais como si Dios no fuese el testigo de vuestras acciones y pensamientos? ¿No seria mas acertado que dixeseis con el Profeta: ¿en qué lugar podré, Dios mio, esconderme para que no me veais? Si levanto mis ojos á los cielos; encuentro en ellos el trono de tu gloria; y si miro á la tierra, veo que penetras é iluminas la obscuridad de los abismos. Si huyo á las extremidades del mundo, allí me sigues; si recorro el vasto espacio de los mares, siempre estás conmigo, y tú agitas ó detienes sus olas: ¿adónde iré yo pues para evitar tu presencia?

Supuesto pues, Christianos, que no hay un lugar donde no penetre el ojo de Dios, y que por consecuencia no podemos substraernos de su vista, conviene mucho que vuestras acciones sean tales, que no tengais porque avergonzaros de ponerlos en su presencia.

Jesu-Christo, para dar á conocer á los Fariseos toda la injusticia de su murmuracion, les hizo esta pregunta: ¿qué cosa es mas fácil, decir: perdonados te son tus pecados, ó decir: levántate, y

anda? Si hemos de juzgar segun la experiencia, ella nos enseña que las menores enfermedades espirituales son de mucha **mas** difícil curacion que las corporales **mas** graves, y que las recaidas en aquellas son mucho **mas** comunes y peligrosas. Se pasa con frecuencia desde las **puertas** de la muerte á una salud perfecta; pero no es muy comun este paso desde el abismo del pecado á las prácticas saludables de la penitencia, y á una conversion verdadera. Esta consideracion debe ser muy poderosa para velar con **mas** cuidado sobre vosotros mismos; para no mirar con indiferencia las llagas de vuestro corazon, aunque al parecer no sean profundas; y para no creer en fin que habeis llegado al término de la perfeccion, porque empezais á practicar algunas virtudes.

Jesu-Christo, para que conociesen los Fariseos el poder de su palabra, les dixo: pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dixo entonces al paralítico: levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa. Los padres de la vida espiritual han considerado siem-

pre las curaciones milagrosas que se refieren en el santo Evangelio, como la imágen de la conversion de los pecadores, observando al mismo tiempo, que en los días de Jesu-Christo todo el pueblo era testigo de estas curaciones, las quales no dexaban en los enfermos ninguna reliquia; y eran tan poderosas y seguras, que no habia un exemplar de que curados una vez, recayesen en las mismas enfermedades.

Pecadores, si habeis dado ya algunos pasos para convertirnos á Dios, procurad que vuestra conversion tenga estos mismos caractéres de perseverancia y de estabilidad. Es preciso que vuestra curacion sea visible; es decir, que sustituyais la edificacion al escándalo, y la regularidad al desórden: es preciso que sea perfecta; es decir, que pongais la atencion **mas** escrupulosa para evitar hasta la apariencia del pecado: en fin es preciso que sea perseverante; es decir, que afirmados en el camino de la justicia, sea tal vuestra fidelidad que no experimente en adelante esas tristes alternativas que hasta aquí os han trastornado. ¿Sentis estos preciosos efectos, hermanos míos? Mi-

134 *Domingo XVIII.*
rad como el paralítico, hallándose libre de aquel entorpecimiento que le tenia inmóvil, obedece prontamente las órdenes de Jesu-Christo, se levanta, y se va á su casa. Christianos, hace mucho tiempo que os insta Jesu-Christo para convertirnos; su voz se ha dexado oír en vuestro corazón para sacaros del letargo en que estabais sepultados, valiéndose de las ocasiones, de las instrucciones, y de las solemnidades mismas que celebra la Iglesia; pero ¿por qué os manteneis insensibles á esta voz? ¿Por qué dais lugar á que crezca vuestra enfermedad? Mirad que tal vez habeis llegado al punto terrible en que el endurecimiento debe colmar vuestras injusticias, y que quanta sea la resistencia á las invitaciones que os instan, á las amenazas que os espantan, y á las exhortaciones que os solicitan; tanto mas miserable y peligroso se hará vuestro estado. Mirad que tal vez os falta un solo instante para que no tenga remedio. Levantaos por tanto, pecadores, todavía es tiempo: Jesu-Christo lleno de bondad y de conmiseración os llama, y vuestras llagas no son aun incurables. Mitigad pues la ira del

despues de Pentecostes. 135
Señor, y consolad á la Iglesia con un pronto arrepentimiento; edificad á vuestros hermanos con la sinceridad de vuestra conversión, y animad á los pecadores todos para que se conviertan con una penitencia duradera. La curacion de paralítico produjo estos efectos en los espectadores; pero sin embargo estimulados algunos de una secreta envidia conciben designios de venganza contra Jesu-Christo, y estos son los Fariseos: este Señor les prueba su autoridad con sus milagros, y ellos cierran los ojos para no considerarse obligados á someterse á Jesu-Christo: él es aquí la imagen del justo que debe esperar contradicciones en medio de las acciones mismas, aun las mas útiles y loables.

Todo me parece interesante en este santo Evangelio: este pueblo loa al Señor del milagro que acaba de obrar en favor de un miserable, y nosotros léjos de interesarnos en los bienes que concede á nuestros hermanos, los vemos con una secreta envidia, y recibimos sin reconocimiento los que se digna concedernos. Por tanto, si tenemos un corazón verdaderamente reco-

nocido, encontraremos muchas ocasiones de bendecir á nuestro Dios. ¿Acaso serán necesarios prodigios para excitar nuestra gratitud? Pues el Señor los multiplica todos los dias á nuestra vista, y para nuestro provecho. En efecto, la conservacion de la vida, la produccion de las materias que sirven para nuestro alimento; esa Providencia que lo arregla todo con tanta sabiduría, y que lo dispone todo con una economía tan bien entendida, ¿no son milagros mas portentosos aun que aquel que admiramos en el Evangelio de hoy? Pero esto es nada en comparacion de otros mayores prodigios que os interesan sobremanera. Esa vida nueva que hemos recibido en el bautismo; ese aumento de fuerzas que nos ha comunicado el Espíritu Santo en la confirmacion; esos recursos continuos que nos ofrece la penitencia contra la fragilidad de nuestra naturaleza; ese pan que nos alimenta en el altar de una manera milagrosa; esas gracias particulares que concede Dios á cada estado; ¿son acaso milagros ménos maravillosos, y ménos dignos de nuestra atencion y reconocimiento que las cu-

raciones corporales? Sé muy bien que vuestra fe no os permite dudar sobre ninguno de estos artículos; pero permitidme que os invite hoy para dar gracias al Señor por las bondades que ha derramado sobre vosotros, y que diga con el Profeta: ¡Dios mio, qué podré yo daros por tantos bienes como me ha dispensado vuestra mano generosa! ¿Por ventura mi vida, aunque fuese de largos años, bastaria para contarlos, y manifestar mi reconocimiento? Ya que cada instante está señalado con algun beneficio singular, haced, Señor, que esté señalado tambien con testimonios de mi amor, y que yo corresponda con la confianza á vuestros cuidados paternales, con la sumision á vuestros rigores, con la docilidad á vuestras ordenes, con el temor á vuestras amenazas, y con un deseo vivo y ardiente á vuestras promesas. No dexéis, Dios mio, de protegerme, y hacedme digno de ese reyno, donde nunca me cansaré de adoraros, de bendeciros, y de amaros por los siglos de los siglos. Así sea.

DOMINGO XIX.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS,
cap. 4. v. 23. 28.

Hermanos: Renovaos pues en el espíritu de vuestro entendimiento, y vestíos del hombre nuevo, que fué criado segun Dios en justicia, y en santidad de verdad. Por lo qual dexando la mentira, hablad verdad cada uno con su próximo; porque somos miembros los unos de los otros. Ayraos, y no pequeis; el sol no se ponga sobre vuestra ira: no deis lugar al diablo: El que hurtaba, ya no hurte; ántes bien trabaje obrando de sus manos lo que es bueno, para que tenga

*despues de Pentecostes. 139
de donde dar al que padece necesidad.*

INSTRUCCION.

La Epístola de este dia contiene una serie de verdades, muy faciles en la práctica; pero muy desconocidas en tiempos tan calamitosos como los presentes. Hablo de las verdades de la moral, para cuya inteligencia no se requieren grandes talentos, sino docilidad y humildad de corazon; y en efecto muchos Christianos de cortos alcances hacen progresos considerables en los caminos de la virtud, porque la santa costumbre de obrar segun los mandamientos del Señor, los hace, como dice el Profeta, más inteligentes que los Doctores mismos de la ley. Qué consuelo, hermanos míos, para los que aman y observan estos mandamientos al oír en la exposicion de esta Epístola, que conformándose con la ley se conforman tambien con el hombre interior creado á la semejanza de un Dios! Vosotros que hasta aquí habeis vivido

como enemigos de la ley, considerad cuáles serian vuestros recursos, si la practicaseis con toda exactitud, porque vuestra perfecta reconciliacion con Dios consiste en andar á paso firme por estos caminos.

El Apóstol pide hoy á los Ephesios que se renueven en el espíritu de su entendimiento; pero esta renovacion tan deseada en aquellos tiempos es tan rara, como necesaria en estos dias. Los Christianos meditan poco sobre la necesidad de renovar su corazon; y su vida por lo comun es una larga distraccion, durante la qual lo piensan todo ménos el estado de su conciencia y el destino futuro de su alma.

¿Cuáles son vuestros pensamientos, podre yo decir á muchos, que dedicados á un trabajo necesario para su subsistencia, abandonan las obras de que tienen mayor necesidad para su salvacion; que en su respectivo estado hallan mil pretextos para dispensarse de la santificacion de las fiestas, de la asistencia á la palabra de Dios, y del uso frecuente de los Sacramentos; y que despues de haber vivido largos años sin

pensar en su origen, ni en su fin, pasan una larga vejez en un entorpecimiento que insensiblemente los conduce á la muerte eterna? El Apóstol dice: vestios del hombre nuevo; es decir, mirad vuestro trabajo no como un obstáculo para vuestra salvacion, sino como un medio de santificacion: no tengais por algo el fruto perecedero, sino consideradle como que os procura una saludable penitencia, si lo llevais con espíritu de arrepentimiento y de expiacion; en fin medita esta verdad importantísima; es á saber, que la salud del alma interesa mas que todas las ganancias posibles, y aun que la conquista del mundo entero.

Pobres de Jesu-Christo, que vivis en una desnudez universal, y que con vuestras murmuraciones indecentes haceis mas gravoso el peso de vuestros males, ¿pensais en esta renovacion interior que manda el Apóstol, quando haceis de la indigencia una ocasion de rebelion contra Dios, de quejas escandalosas contra los ricos, de ingratitude contra vuestros bienhechores, y de escándalo con aquellos que son testigos de vuestra pereza ó de vuestros excesos? Saced que para

renovaros en el espíritu de vuestro entendimiento, debéis adorar la mano que os castiga; reconocer la necesidad de ser humillados; solicitar humildemente los auxilios; esperarlos con fe y con paciencia; cooperar con un trabajo constante á los designios de la Providencia, y hacer siempre el uso mas prudente y legitimo de los recursos que os concede.

Esta renovacion es muy necesaria para los ricos que cifran toda su gloria en el goze de los bienes que el Señor ha depositado en sus manos: esta renovacion sobre sí mismos los persuadiria que la enorme diferencia que existe entre ellos y el pobre, no proviene de sus méritos, sino de una eleccion libre y espontánea del soberano Señor: esta renovacion los haria conocer que no estan autorizados para abusar de sus bienes, sino por el contrario para usarlos con medida y con justicia; en fin esta renovacion de su propio corazon los haria sensibles á los trabajos de sus semejantes.

Y vosotros jóvenes, que apenas empezais á gozar de la vida, quando pensais en disipaciones peligrosas, ¿qué útil sería para vuestra edad esta renovacion;

para esta edad en que la ligereza, el entretenimiento y la imprudencia son como naturales; para esta edad, en que no se piensa sino en los pasatiempos y los placeres! Ah, qué útil sería entrar dentro de vosotros mismos para meditar la brevedad de la vida, la fragilidad de los encantos placenteros de la juventud, las desgracias y los remordimientos que se preparan para quien solo pasa este tiempo en el olvido de Dios y de sus obligaciones!

Vosotros, hermanos míos, que al parecer llevais una vida edificante y christiana, ¿pensais estar dispensados de esta renovacion interior? ¿No sabeis que es muy fácil perder de vista las primeras resoluciones; que las buenas obras que se hacen por pura costumbre, degeneran algunas veces de su primitiva bondad; y que si os convirtieseis á exâminar vuestro corazon, este exâmen sería muy poderoso para sacaros de la tibieza y de la indolencia? El orgullo oculta muchas veces á las almas virtuosas ciertas llagas secretas que las deshonoran delante de Dios, escandalizando al próximo; y esta conversion os descubriría quizá su profun-

didad, ó á lo ménos esta renovacion en el espíritu de vuestro entendimiento haria vuestra vigilancia mas atenta, vuestro temor mas saludable, vuestra caridad mas ardiente, y vuestra conformidad mas sensible con el hombre nuevo que el Apóstol nos presenta hoy por modelo. No es posible, no, desconocer este hombre, porque está formado á la semejanza de Dios mismo. En él se vé á Jesu-Christo Dios desde la eternidad; pero en el tiempo hombre perfecto, que reúne en sí todos los caracteres de la santidad y de una justicia cumplida; espejo sin mancha de la santidad de Dios, de donde reflexan los rayos sobre nuestra naturaleza corrompida para purificarla de las manchas que ha contraido por el pecado, y para hacerla, uniéndose con nosotros, santa, pura é irreprehensible á los ojos de Dios su Padre.

Este es el modelo del hombre interior que forma en nosotros Jesu-Christo por su gracia; esta es la regla de la conducta que debe observar el hombre exterior y sensible; por lo qual dexando la mentira, hablad verdad cada uno con su próximo. Este es el

primer exemplo que nos da el hombre nuevo: jamás salió de su boca una mentira, y segun el testimonio de sus mismos enemigos enseñaba el camino de Dios en la verdad. Por consequencia desaprueba la costumbre que se han hecho la mayor parte de los Christianos, de hacer traicion á la verdad para favorecer sus pasiones. Los unos venden con su silencio las verdades santas, y los otros las corrompen con sus discursos. Los primeros hacen un tráfico de ellas para adelantar su fortuna, y los otros para dañar la del próximo. La mentira es la sal de las tertulias, y en ellas juega el ridículo contra todas clases de personas: la mentira encubre la mayor parte de los defectos en los inferiores, los quales por este medio eluden las reprehensiones que merecen justamente: la mentira tiene lugar hasta en el santuario de la justicia, donde los defensores de las malas causas abusan de la atencion de los jueces, y los sorprenden exponiendo para defender á sus clientes razones mas especiosas que verdaderas: la mentira le asegura al mercader sus ganancias usurarias, y con ella se burla de la simplicidad, y de la

ignorancia del comprador. El espíritu de fraude es quien ha inventado los falsos pesos y medidas tantas veces condenados en las Escrituras. El artificio inspira á los pobres los medios indignos de que se valen para excitar la compasion, y realizando los males imaginarios, arrancan de las manos del poderoso la substancia del verdadero indigente. La hipocresia, compañera inseparable del espíritu de mentira, hace parecer justos á muchos que, si fuesen conocidos, serian detestados de todos. Estos miserables, cubiertos con la capa de la piedad, y con la máscara de la justicia, se atreven á insultar á la verdad á los pies de sus altares, á tentarla hasta en el tribunal donde se exercen sus juicios, y á sacar de sus ministros con disfraces afectados una sentencia de reconciliacion y de gracia, quando la merecian de condenacion, y de repulsa. Dios quiera que la mayor parte de los que me escuchan, no se hallen comprehendidos en ninguno de estos puntos; pero á lo ménos debo valerme de esta ocasion para advertir á la juventud christiana que de todas las costumbres, la mas perjudicial, es la de la

mentira, y que el débil recurso que se encuentra en ella para encubrir los pecados, y excusar los cargos y reprehensiones de los padres, y en general de todos los mayores que temen á Dios, y andan por los caminos de la verdad, no es comparable con los muchos peligros que prepara y trae consigo esta perniciosa costumbre.

¡Qué digna de estimacion es á los ojos de los hombres, y de qué gran precio delante de Dios un alma ingenua que manifiesta siempre su candor en la verdad de sus palabras! Por tanto léjos de quejarse los jóvenes de las correcciones saludables que reciben de sus mayores, quando descubren sus artificios y mentiras, debieran estar de inteligencia con ellos para destruir un vicio tan detestable, y castigarse á sí mismos hasta llegarlo á extinguir. ¡Qué mayor injusticia que engañarse los unos á los otros! Todos somos miembros de un mismo cuerpo: todos estamos unidos con los vínculos de la misma caridad, y nos alimentamos del pan de la misma verdad, así en las instrucciones sagradas, como en la participacion de la Eucaristía; por lo qual seamos in-

gennos, y tratémonos como hermanos.

El mismo espíritu de caridad que prohíbe la mentira, prohíbe también, y con mayor razón, la ira, distinguiendo entre las emociones del alma el zelo del furor, y la defensa de los intereses de Dios de la aspereza y la acrimonia con que se defienden los propios. Por esto el Apóstol nos repite aquí aquellas palabras del Salmo, ayraos, y no pequeis: el sol no se ponga sobre vuestra ira. Como si dixese: si os sorprende algun movimiento de ira, no os dexéis arrebatat de su furor y ceguedad, reprimidla, y no executeis jamas lo que os inspira.

Sin embargo hay una ira santa, y es la que anima á los Ministros del altar quando reprehenden públicamente los abusos de los Christianos, y atacan con vehemencia á las pasiones y sus sectarios; pero al mismo tiempo que la caridad les manda que condenen y corrijan los vicios, les prohíbe toda personalidad, á fin de que por esta causa no se hagan incorregibles los pecadores.

Hay una ira santa, y es la de los padres ó superiores que reprehenden

los defectos de sus hijos y súbditos, con el fin de evitar las malas consecuencias que podrían ocasionarles para toda su vida; pero para no pecar, deben considerar mucho en las correcciones los términos y los modos de que se valen: jamas deben castigar ni reprehender en el primer movimiento de la ira, ni excederse de las reglas de la justicia en la aplicacion de los castigos, á fin de evitar la severidad excesiva en las faltas pequeñas, miéntras que por otra parte dexan crecer las inclinaciones mas peligrosas.

Hay una santa ira, y es la de todo Christiano que se horroriza, como el Profeta, de la tranquilidad con que van los pecadores por los caminos de la perdicion; que hace frente á sus injusticias, haciendo uso del crédito y de la autoridad que goza, y que reprehende y desapueba los atrevidos discursos que oye contra la fé, contra la religion, y el próximo; pero para no pecar, es preciso que su zelo siempre se dirija por las reglas de la caridad y de la ciencia; que la prudencia contenga algunas veces la indignacion que nace del ódio del pecado, y finalmente que no turbe

el orden y la tranquilidad de la sociedad con reprehensiones indiscretas é impertinentes.

La ira que verdaderamente es culpable, es la que inspira la impaciencia, la que fomenta el orgullo, la que produce las voces, las injurias y las acciones arrebatadas y brutales, la que engendra la aspereza, los resentimientos y las venganzas: esta es la ira que reprehende el Evangelio, y que condena hoy el Apóstol. Este vicio no es de ménos extension que la mentira: los niños lo adquieren desde sus primeros años á causa muchas veces de las terquedades y caprichos de sus padres, los quales dan lugar en esta edad, que todavía no conoce las reglas de la razon, á respuestas agrias, y á desobediencias continuas. Este vicio toma su incremento en el fuego de la juventud: en esta edad lozana, en que la naturaleza se desenvuelve, no se reconoce ningun limite á la vehemencia de las pasiones; y si alguno quiere contradecirlas, el jóven, léjos de darse á partido, le insulta, y le atropella con desprecios y malos tratamientos. Este vicio se consolida en la edad seria, en que el hombre se de-

dica á las ocupaciones y los negocios, haciendo insoportable el yugo de la dependencia á los hijos, á los domésticos, y á los que de qualquiera manera dependen de nosotros: en fin, en la misma vejez se conservan los restos de aquel primer fuego, y cierta disposicion á contradecirlo todo, y á quejarse con oportunidad, y sin ella.

El Apóstol, quando nos advierte que no se ponga el sol sobre nuestra ira, no pretende aprobar ciertos movimientos y arrebatos que nos permitimos considerando de poca importancia. No basta decir, mi genio es demasiado vivo; pero tan pronto como me irrito, me sosiego; y si alguna vez me resiento, y me expreso en términos duros é insultantes, no conservo ningun resentimiento. Este movimiento, hermanos míos, por mas ligero que sea, tiene sus peligros, y para ser reprehensible á los ojos de Dios, basta que se interrumpa la paz, que es el carácter de la caridad. Quando estas emociones llegan al punto de turbar la razon, y son causa de invectivas y de palabras que ofenden al próximo, si no son siempre mortales, á lo ménos son muy á propósito

para apagar en nuestras almas la caridad, y por lo regular se pasa de estos primeros movimientos, casi sin sentirlo, á los odios y rencores que no se extinguen tal vez en toda la vida.

El Apóstol acaba esta Epístola dándonos algunas lecciones para conservar la probidad, y dice: el que hurtaba, ya no hurte; respete los intereses de su próximo como quisiera que respetasen los suyos propios, y no manche sus manos con la sangre de su hermano, teniendo presente que en alguna manera atenta su vida quando se apropiá los bienes de que necesita para su subsistencia, ó quitándole con ellos los medios de aliviar al pobre en su miseria.

Pero si el que usurpa los bienes del próximo es pobre, y no tiene otros recursos que estos para proveer á su subsistencia, ¿no será excusable delante de Dios? No, responde el Apóstol, ántes bien trabaje de sus manos obrando lo que es bueno, para que tenga de donde dar al que padece necesidad. Este consejo nos ofrece quatro verdades, que voy á explicar en pocas palabras.

La primera es que el trabajo es in-

dispensable al hombre, porque es el único medio que le ha dexado la Providencia para que subsista; y así quando desprecia ó abandona este medio, es indigno ciertamente del cuidado que toma sobre todos los hombres. La pereza por otra parte es el enemigo mas fuerte de la probidad, y así todo el que quiera conservar las virtudes, es indispensable que trabaje, aun quando tenga sobrados bienes para mantener su familia: el trabajo, como hemos dicho, le suministrará mas medios de auxiliár á los pobres, y además le servirá de penitencia para expiar los pecados.

La segunda es, que si el trabajo es una obligacion de todos, todavía es mas urgente para el pobre. No hay remedio: el sustento le ha de sacar del trabajo; y si permanece en inaccion, no solo no tiene derecho á quejarse de su indigencia, sino que es justicia dexarle perecer en una vergonzosa mendicidad.

La tercera es que, quando Dios reduce al pobre al estado de una enfermedad habitual que le imposibilita para trabajar, entónces es digno de que se le mire y trate con toda compasion. El rico no puede sin injusticia recu-

sar los socorros que Dios ha puesto en sus manos á tres clases de pobres que tienen los derechos mas sagrados á la conmiseracion christiana, y son los niños, los enfermos, y los viejos, porque todos estos carecen de fuerzas, y facultades para ganar el sustento con su trabajo.

La quarta es, que la obligacion de dar limosna no se limita solo á los ricos, porque el Apóstol no dispensa de ella ni aun á los que viven de su trabajo. Una caridad sabia encuentra siempre que dar, y como Dios no juzga del mérito de las obras por la riqueza de las ofrendas, sino por la intencion, un maravedí que da el Christiano de aquel poco que tiene para alimentar su familia, vale mucho mas á sus ojos que los montones de oro y de plata que apenas bastan para satisfacer los gastos superfluos de los ricos.

Estas son en resumen las quatro verdades que se deducen de la doctrina del Apóstol, que debéis meditar continuamente; pero permitidme que, antes de acabar el discurso, os diga que uno de los mayores consuelos que tenemos en la administracion de la cari-

dad pública es, que los recursos mas abundantes por lo comun no salen de las manos de los ricos, sino de las personas de una fortuna mediana. Esas casas magníficas donde todo sobra, donde tanto se gasta en muebles, en adornos, en criados, en comidas, y en todo género de placeres y comodidades, estan muy pobres de conmiseracion y de caridad; y por el contrario, esas casas obscuras, de donde estan desterrados el luxo, el fausto, y los gastos caprichosos, son verdaderamente ricas, porque las habitan justos que aman al pobre, le alivian y consuelan.

Dios mio, ya que os habeis dignado traer y conservar en el seno de mi Parroquia tantos de estos justos que hacen todo mi consuelo, no permitais, Señor, que lleguen á extinguirse: escuchad hoy el voto del pobre que os da por mi boca las gracias mas expresivas, y que os dirige oraciones fervorosas por estas almas benéficas: conservadlas, Dios mio, conservadlas un corazón misericordioso: conservadlas, y haaced que sus obras solo sean conocidas de vos, para que reciban la recompensa debida en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 22. v. 1. 14.

En aquel tiempo: Volvió Jesus á hablar otra vez en parábola á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Phariséos, diciendo: Semejante es el reyno de los cielos á cierto Rey, que hizo bodas á su hijo. Y envió sus siervos á llamar á los convidados á las bodas, mas no quisieron ir. Envio de nuevo otros siervos, diciendo: Decid á los convidados: He aquí he preparado mi banquete, mis toros, y los animales cebados están ya muertos, todo está pronto: venid á las bodas. Mas ellos lo despreciaron, y se fuéron, el uno á su granja, y el otro á su tráfico: Y los otros echáron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los matáron. Y el Rey, quando lo oyó, se irritó: y enviando sus exercitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad. Entónces dixo á sus siervos: Las bodas

despues de Pentecostes. 157

ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados, no fuéron dignos. Pues id á las salidas de los caminos, y á quantos halláreis, llamadlos á las bodas. Y habiendo salido sus siervos á los caminos, congregaron quantos halláron, malos y buenos: y se llenáron las bodas de convidados. Y entró el Rey para ver á los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre, que no estaba vestido con vestidura de boda. Y le dixo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Entónces el Rey dixo á sus Ministros: Atado de pies y de manos, arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo en el Evangelio de este dia no ha querido autorizarnos pa-

ra profundizar uno de los mas terribles misterios de nuestra religion , sino enseñarnos á temerle y adorarle. Hablo de la predestinacion, de ese secreto impenetrable que nos ofrece baxo una parábola , y cuya descripcion produce sucesivamente la confianza y el temor, la vigilancia y el amor. Sé muy bien que sin abandonar el sentido de esta parábola , puede aplicarse toda ella á la Eucaristia ; que los Padres de la Iglesia han reconocido en este Rey á nuestro Dios y Señor : en este banquete la mesa santa : en este hijo , cuyas bodas se celebran , á Jesu-Christo el primogénito de los hijos de los hombres ; en los siervos , y en los enviados ultrajados y muertos á los Ministros y dispensadores de este augusto misterio : en los convidados , de los quales unos rehusan el convite, otros ultrajan á los siervos, muchos los maltratan , y en ese miserable á quien se despoja de la ropa nupcial , á todos los Christianos que desprecian ó profanan este temible misterio: de manera que siguiendo constantemente esta parábola, podriamos descubrir en ella las ventajas de la santa Eucaristia : estudiar las disposiciones que se requieran

para sentarnos á la mesa del altar, y reconocer los peligros á que nos dexa expuestos el desprecio de este Sacramento angusto ; pero como ya os he dado la instruccion necesaria acerca de estas materias , explicando otra parábola muy semejante á ésta : procuraré ahora ceñirme al sentido literal , y presentáros con toda claridad las grandes conseqüencias que se deducen de nuestro Evangelio. Prestadme atencion.

Semejante es el reyno de los cielos á cierto Rey que hizo bodas á su hijo. En estas palabras , y baxo la figura de este Rey , se nos representa la salvacion eterna ; y nuestra vocacion á ella se nos figura en las diligencias y solitudes de este Rey. En esta comparacion vereis , hermanos mios , de la manera mas sensible quanto puede decirse acerca de esta vocacion gratuita. No es un amigo quien convida á otro amigo de su mismo estado y condicion, porque entre él y los convidados hay una desproporcion inmensa. Un Señor revestido del supremo poder , colmado de riquezas y de honores , es quien envia á sus siervos á llamar los convidados á las bodas ; pero si el don de nues-

tra vocacion á la salvacion eterna está representado perfectamente en esta parábola, el motivo y los medios para conducirnos á ella no son ménos sensibles. Hoy trata pues este Señor de hacer las bodas á su hijo: motivo muy plausible para un Rey que espera su honor y su felicidad en este hijo. ¿Quién no reconocerá en estas bodas la union inefable del Verbo á nuestra naturaleza, y la alianza preciosa del Hijo de Dios con su Iglesia?

Esta alianza se celebraba ya desde los primeros tiempos. David considera desde léjos á Jesu-Christo como un esposo que sale de su cama nupcial, y que corre á paso de gigante para salirle al encuentro á su esposa.

Esta union es gloriosa para el Padre que la ha determinado desde la eternidad. El ha visto como el hombre por su pecado perdía todos los derechos que le habia concedido á la herencia celestial, y ahora le ve restablecido en todos ellos por esta alianza: de manera que podemos decirle con el mas profundo reconocimiento que ha derramado sobre nosotros las riquezas de su gracia y de su misericordia.

Esta union llena de consuelo á la Iglesia, á esta Iglesia tan antigua como el mundo. ¿Qué amargura no ha sido la suya! Reducida en los primeros dias de los Patriarcas á algunas pocas familias de adoradores fieles: limitada en los dias de la Ley escrita á solo el pais de la Judea: expuesta por el endurecimiento de este pueblo á la reprobacion casi general de todos sus hijos, ¿quién podrá consolarla en tantas pérdidas? Pero he aquí un Profeta que la da la enhorabuena, porque sus padres prevaricadores han de ser reemplazados por hijos partícipes de la inocencia y de la santidad de su Divino Esposo.

Esta union es preciosa para la naturaleza humana, porque ántes estaba envilecida y sumergida en el oprobrio, y ahora está decorada con todos los títulos que pertenecen al Esposo celestial. Ella estaba reducida á padecer la indigencia y toda suerte de enfermedades, y su fuerza consiste ahora en la proteccion de su Libertador, y su riqueza en los derechos que le ha dado este Señor á la celestial heredad: Jesu-Christo la ha sacado del polvo en que

yacia para hacerla sentar con él en los mismos cielos.

Esta union es inefable en sí misma: ella restablece la paz del cielo con la tierra; ella une la naturaleza infinita á una naturaleza finita: la santidad, la justicia y la verdad misma ocupan el lugar de la injusticia, de la corrupcion y de las tinieblas; y desde este momento todo se purifica, todo se muda, todo se ilumina, de manera que pueden aplicarse con propiedad á esta union aquellas palabras del Apóstol: todas las cosas antiguas pasaron, y todas han tomado una forma nueva.

No me admiro, hermanos míos, que el Rey de nuestro Evangelio quiera demostrar su alegría por una alianza tan singular con fiestas y banquetes. Todo lo que hay en la naturaleza, sea en el cielo ó en la tierra, debe tomar parte en ella. El cielo es la sala de las bodas donde se reunirán todos los convidados: los Angeles, testigos de las misericordias del Señor, y de los sentimientos de obediencia del Hijo, celebran con cánticos esta alianza. ¿Cuál deberá ser el gozo de la naturaleza humana al considerar que para ella

se han hecho tantos preparativos, y que es el objeto único de esta fiesta? Sin embargo, el Rey envió sus siervos á llamar los convidados á las bodas; más no quisieron ir. Envió de nuevo otros siervos, diciendo: decid á los convidados: he aquí he preparado mi banquete: mis toros y los animales cebados están ya muertos; todo está pronto: venid á las bodas. Esta doble invitacion caracteriza admirablemente la conducta de Dios ántes y despues de Jesu-Christo. Los primeros siervos enviados fueron los Patriarcas y los Profetas; pero su encargo no era otro que anunciar á las gentes que todo estaba preparado. Debía, pues, correr mas de un siglo ántes que viniese el Mesías. Juan Bautista mismo, que se acercó mas que todos á la plenitud de los tiempos, y al día de las bodas, y que despues debía ser llamado el amigo del Esposo, á quien estaba reservado el mostrarle con la punta del dedo, se habia contentado con decir: haced dignos frutos de penitencia, porque el reyno de Dios se acerca.

El pueblo Judio desprecio altamente esta primera invitacion; pero ha ve-

nido el tiempo en que este Rey debe tomar medidas mas vigorosas. El Esposo llega, y los siervos que caminan en su seguimiento, son enviados de su parte. Ya no dicen está cerca, vendrá pronto, se llega el momento, sino que gritan, diciendo: todo está pronto; venid á las bodas, y vereis que en este banquete delicioso se presentan todas las riquezas y preciosidades de su reyno.

Pero ¿quál será el suceso de esta segunda invitacion? De los primeros solo dice el Evangelio que no quisieron ir; pero de los segundos añade que lo despreciaron: que los mas moderados pretextaron sus negocios temporales, y que se fuéron el uno á su granja, y el otro á su tráfico; pero que los otros añadieron el insulto al desprecio, y echaron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los mataron.

¿Qué conducta, hermanos míos, tan extraña! ¿Es posible que se trate de esta manera á unos siervos encargados de un ministerio de tanto consuelo? ¿El desprecio y el furor es el pago de un convite tan benéfico? Pero ¿qué diré de vosotros? ¿Por ventura las exhortaciones mas tiernas, y las ad-

vertencias mas caritativas de los Ministros de la palabra santa no se ven tambien despreciadas? ¿Los pecadores no salen del templo con las mismas pasiones que entraron? ¿No se permiten todos los dias las burlas y las sátiras mas indecorosas sobre el ejercicio de nuestro santo ministerio? ¿Qué diremos á la vista de los juicios indicretos, y de la orgullosa seguridad con que muchos malos christianos se presentan á oír nuestros discursos? ¿No son ellos la imágen mas perfecta de estos convidados del Evangelio? ¿No persiguen y ultrajan tambien á los Ministros de Jesu-Christo? No digais, hermanos míos, que vivimos en tiempos de tranquilidad y de paz, en que podemos exercer nuestro ministerio sin el riesgo de exponernos al odio y á las persecuciones que sufrieron los Apóstoles, y los primeros Pastores de la Iglesia. Es verdad que no estamos en aquellos dias tristes en que el Ministro se veia precisado á ocultarse, y á huir de pueblo en pueblo; pero por desgracia han sucedido otros, en los cuales se nos persigue tambien con encarnizado furor, aunque por distinto

término. ¿No ridiculizais nuestro estado, nuestras funciones, nuestra moral? ¿No desacreditais á todos los que abrasados del zelo de la honra y gloria de Dios, trabajan para redimir las almas de la esclavitud de satanás? ¿No venis á oír nuestros discursos, con solo el fin de satirizarlos y censurarlos? ¿No propagais esos fatales y desordenados sistemas, que no tienen otro fin que arrancar de los corazones las raíces y los principios de la religion que habia echado en ellos una educacion christiana? ¿Qué nos falta, decidme, para ser tratados como los siervos del Evangelio? Sí, hermanos míos; si un Ministro es sensible á la gloria de Dios y á los intereses de su religion, debe preferir la muerte á la inutilidad de su ministerio: la persecucion y los ultrages le procurarian á lo ménos el mérito de la paciencia.

El Evangelio dice: que quando el Rey lo oyó, se irritó; y enviando sus exercitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad. ¿Qué castigo tan bien merecido! Temed tambien vosotros, que así nos despreciais y maltratais, que acaso el Señor lance

un rayo del cielo, y acabe vuestra vida. Insensatos, ¿podeis imaginar que Dios callará y sufrirá tantos ultrages? ¿No sabeis que los Ministros de Jesu-Christo representan en la tierra su propia persona, y que este Señor es muy zeloso de la honra que se les debe? Pero ya que el Señor así acabó con aquellos homicidas, ¿envolverá en su desgracia á tantos otros pueblos que no han participado de sus pecados? No, hermanos míos: la paciencia es uno de los caracteres de nuestro Dios, y esta misericordia con relacion á nosotros es el mas copioso y el mas grande de sus atributos. No quiere, no, que su casa esté vacía. Es verdad que su felicidad es independiente del número de los que publican sus beneficios; pero quiere que participen de su gloria los que le invocan de todo corazon: así dice á sus siervos: las bodas ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados no fuéron dignos; pues id á la salida de los caminos, y á quantos hallareis, llamadlos á las bodas.

Estas palabras contienen misterios muy profundos. Quando el Evangelio nos habla de la vocacion de los Ju-

dios, y de su reprobacion, debemos tener muy presente que la vocacion de los gentiles está fundada sobre los mismos principios, y que Dios, según las reglas invariables de su justicia, arrojara de su reyno á todas las naciones que imiten á Israel en su ceguedad é insensibilidad. El pueblo Judío está perfectamente representado en estos convidados. Este pueblo escogido, para quien estaba reservada la salvacion, y de quien debía descender despues á todos los demas pueblos de la tierra, fué llamado por los Profetas, solicitado por el Bautista, instado por Jesu-Christo mismo, y sin embargo no cedió de su dureza. Las excusas de los convidados para aceptar el banquete de este Rey, y corresponder á su solicitud y fineza, nos traen á la memoria la tenaz resistencia de este desgraciado pueblo, que á pesar de las promesas contenidas en la Ley, y de las amenazas de los Profetas, y de los milagros obrados por Jesu Christo, se resistió siempre á la luz de la verdad. Por tanto el Apóstol, despues de haber trabajado para convencerlos por el testimonio de las Escrituras, y la exposicion

de los hechos que pasaron á su misma vista, les dice que se dirigirá á las demas naciones, mediante que nada ha bastado para convencerlos á ellos.

Esta es, hermanos míos, la historia del pueblo Judío; pero escuchad ahora la de las otras naciones, la qual debe interesaros mucho mas por la parte que teneis en su suerte. Los siervos reciben la órden de ir á las salidas de los caminos para llamar á las bodas á quantos hallaren. Los Apóstoles reciben tambien iguales órdenes; y dividiendo entre sí el mundo entero, van á llevar por todas partes el nombre de Jesu-Christo. Ellos anuncian á todos los pueblos los deseos y la voluntad de su Señor, y traen á su casa á todos quantos manifiestan alguna docilidad á su voz. Los desórdenes de una vida pasada en el libertinage; la extravagancia de un espíritu seducido por las preocupaciones y los errores de la educacion; la ferocidad de los pueblos mas incultos y bárbaros, y la falsa delicadeza de las naciones mas ilustradas é instruidas no tienen poder para detenerlos; y así congregaron á quantos hallaron, malos y buenos, de manera que se lle-

naron las bodas de convidados. Si Jesu-Christo hubiera concluido aquí la parábola, ¿Qué motivo de confianza, de satisfacción, y aun de presunción para los gentiles, quando comparasen su docilidad con la resistencia del pueblo Judío! En efecto, Israel es convidado muchas veces, y rehusa el convite, quando los gentiles, llamados una vez, llenan las salas de las bodas. Pero el Señor va á consternar á todos con un solo exemplo de severidad. El Evangelio dice que entró el Rey para ver á los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda, y le dixo: amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Es ciertamente cosa extraña que este hombre se atreviese á profanar un convite hecho por un Rey con motivo tan plausible; pero si la ropa nupcial, segun la interpretacion de todos los Padres, es la figura mas expresiva de la caridad, ¿todos los que por el pecado se hallan despojados de esta virtud preciosa, no serán dignos de que Jesu Christo les diga lo que entónces dixo el Rey á sus Ministros, atado de pies y de ma-

nos arrojadle en las tinieblas exteriores? ¿No está la sala de las bodas, es decir, su Iglesia, llena de convidados indiscretos, que no saben respetar ni el precio de su vocacion, ni la magestad del Señor que los llama? ¿Es posible, hermanos míos, que entrando libremente en nuestros templos, participando de nuestras oraciones, alimentándoos del pan de la palabra, tengais la temeridad de sentaros algunas veces en la mesa santa sin la vestidura nupcial; y que no contentos con escandalizar el interior de vuestras casas, y á todas las personas que os tratan, profaneis tambien nuestros templos con vuestras irreverencias? ¿Es posible que siendo tan poco contenidos en vuestros discursos, tan imprudentes en todas vuestras acciones, y de tan corrompidas costumbres, hagais alarde de vuestra vocacion, y os lisongeeis de pertenecer al Dios que os convida? ¿Pensais que teneis derecho á celebrar con él las bodas eternas del Cordero? Imprudentes, ¿no valiera mas que os olvidaseis de este convite, y que las salas de las bodas estuviesen siempre cerradas para vosotros? ¿Qué respon-

dereis quando el soberano Rey de los Angeles y de los hombres os cite delante de sí para pedir os cuenta de vuestras disposiciones? ¿El silencio y la confusion no se apoderarán de vosotros? ¿Y no será entónces implacable la indignacion y la cólera del Señor? ¿No podrá deciros, como el Rey dixo á sus Ministros, atados de pies y manos, arrojados en las tinieblas exteriores? Allí, pues, será el llorar y el cruxir de dientes.

No emprenderé aquí, hermanos míos, una pintura de este lugar de tormentos y de horror que la justicia de Dios prepara á las almas criminales. Esta verdad en un corazón penetrado de un temor saludable se conoce mucho mejor que no se explica. Nuestro Dios es infinito en sus perfecciones, y su justicia no es ménos incomprehensible, que su misericordia es inefable. Si segun la expresion del Apóstol San Pablo, nada ha visto el ojo mas perspicaz, ni el oído del hombre ha entendido nada, ni el corazón del hombre ha comprendido nada que pueda igualar la felicidad que Dios reserva para sus Santos; los tormentos del in-

fierno deben hacer tambien sobre su alma tales impresiones, que no es dado al hombre el explicarlas. Todo lo que en el mundo se conoce de mas triste y penoso: todo lo que puede concebirse de mas amargo; todo se reune para vengar á Dios del pecador que le ultraja. Considerad, hermanos míos esta verdad, y seguid constantemente el consejo que da San Bernardo á los pecadores, á saber, que baxen en espíritu al infierno, para evitar el baxar despues en la muerte. Pero ¿quereis una verdad mas fácil de meditar, aunque no sea ménos temerosa y terrible? Escuchad la sentencia que termina este Evangelio: muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Esta verdad condena esas miserables objeciones, tantas veces destruidas, y repetidas siempre con la misma seguridad. Dios no nos ha erriado, decís, para perdernos: no sin duda, hermanos míos, porque os ha llamado á la salvacion, como á otros muchos, los quales se han perdido ántes de vosotros por sus enormes faltas, y por haber ido contra las miras de su misericordia infinita; pero en lugar de

corresponder á esta vocacion con la observancia fiel de sus mandamientos, en lugar de asegurar la eleccion con vuestras buenas obras, vivis al gusto de vuestros deseos, y os separais voluntariamente del pequeño número de aquellos que trabajan y se mortifican para conseguir el cielo. Pero la misericordia del Señor es grande, decís tambien: si Dios por una parte disimula los pecados de los hombres, por otra abre el camino á la penitencia. Una vida llena de pecados, los grandes escándalos, y las costumbres mas inveteradas se expian y reparan muchas veces en un instante. Lo conozco, hermanos míos; y así no vengo á predicaros una doctrina de desesperacion. No ignoro tampoco que diciendo el Señor por boca de uno de sus Profetas, que en qualquiera instante que el impío se convierta á él, le recibirá á manos llenas, con tal que esta conversion sea verdadera; están comprendidos todos los pecadores en esta invitacion consoladora: muchos son los llamados. ¿Pero no hay muchos que se obstinan, y que cierran este camino de penitencia que tenían abierto? ¿No

hay muchos que miran atras, y vuelven á adorar sus ídolos? ¿No hay tambien muchas falsas penitencias mas criminales á los ojos de Dios que la impenitencia misma? Concluyo, pues, diciendo, que son muy raras las verdaderas y sinceras penitencias.

Vosotros, insensatos, dexais pasar la edad de la juventud encenagados en los placeres, os entregais después á los negocios sin el menor cuidado, y diferís para la vejez la reforma de vuestras costumbres, suponiendo que entónces podreis servir á Dios, y dedicarle todos los instantes de la vida. Pero ¿sobre qué está fundada una esperanza tan lisongera como incierta? Sobre una verdad constante, que por desgracia tiene fatales consequencias. Es cierto que Dios no se desdeña de recibir los restos de una vida gastada, por decirlo así, en el crimen: es verdad que los últimos momentos del pecador pueden por la gracia serlo de salvacion: que algunas veces los que han llevado una vida penitente y santa, han caido al acabar su vida en desórdenes vergonzosos; pero tambien lo es que muy pocos llegan á este tiempo que

se habian prometido; que muy pocas trabajan seriamente en el plan de reforma que se habian proyectado; que una muerte repentina se burla de todos los buenos pensamientos, y que muchos que habian sido llamados por misericordia, é invitados, y aun instados por la gracia, son desechados por justicia.

Dios mio, grabad esta verdad en nuestros corazones, para que ella nos enseñe á conocer el espíritu de nuestra vocacion, á estimarla como es debido, y á prevenir los abusos en que podemos incurrir. Señor, que no pasemos nunca de la mano de vuestra misericordia á la de vuestra justicia. Aunque sea limitado el número de vuestros escogidos, sabemos que vuestra bondad no tiene límites. Postrados, Dios mio, á vuestros pies, reclamamos humildemente esta bondad, la deseamos con ardor, y la esperamos llenos de confianza. Haced, Señor, que la experimentemos en la tierra, y que la gocemos en el cielo por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO XX.

DESPUES
DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS.

cap. 5. v. 15. 21.

Hermanos: Mirad que andeis avisadamente: no como necios, mas como sabios: redimiendo el tiempo; porque los dias son malos. Por tanto no seais indiscretos; mas entended qual es la voluntad de Dios. Y no os entregueis con exceso al vino, en el que hay luxuria: mas llenaos de Espíritu Santo, hablando entre vosotros mismos en Psalmos, y en Hymnos, y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias al Dios y Padre por todo en el nombre de nuestro Señor Jesu-Christo. Sometidos los unos á los otros en temor de Christo.

INSTRUCCION.

¡Qué distinto, hermanos míos, es el carácter del justo al del impío! El Apóstol San Pablo nos hace conocer la diferencia de estos dos caracteres en las lecciones que da hoy á los Ephesios, como asimismo el peligro que corre todo el que se dexa llevar de las sensaciones de los vicios; y mientras que los malos, llenos de orgullo, se lisongean de ser los únicos sabios en la tierra, y tienen por locos á todos los que huyen y detestan sus máximas y sus diversiones, nos da una idea evidente y cierta de la verdadera sabiduría, y de los que merecen con justicia tener el nombre de sabios en la tierra. ¿Habeis gustado vosotros, hermanos míos, esta sabiduría admirable que nace de Dios? ¿Apartais el oído de los consejos insensatos de los pecadores? ¿Estimais, como es justo, el tiempo que os concede para vuestra salvacion? ¿Temeis los peligros que os rodean, y que turban la paz de vuestros dias? ¿Os ocupais sobre todo en

aquellas obras santas y edificantes, que pueden llenar todos vuestros instantes de una manera útil? ¿Jesu-Christo es la regla, el modelo, el principio y el fin de vuestras acciones? Si quereis oirme, hermanos míos, con atencion, respondereis con facilidad á todas estas preguntas, porque todos estos deberes están contenidos en la Epístola de este dia: pedid á Dios que me dé sus luces, y á vosotros la gracia de aprovechar verdades tan importantes.

Que la prudencia sea una gran virtud, no debemos dudarlo, quando el Apóstol la recomienda á los primeros fieles como uno de los medios mas poderosos de santificacion. Mirad, dice, que andeis avisadamente: no como necios. En estas palabras no recomienda esa prudencia de la carne, esa maña y esa política refinada, que para alcanzar sus fines trama sordamente proyectos, se vale del disfraz y la mentira, causando la ruina y el detrimento del próximo. Esta prudencia es la de los hijos del siglo, la qual, aunque es mas diestra en sus operaciones que la de los hijos de la luz, es muy diferente sin embargo por los efectos que produce.

La prudencia que nos recomienda el Apóstol es aquella de que se hace tantas veces mencion en los Libros santos, que consiste en observar con todo cuidado los pensamientos, porque Dios es el escrutador de los corazones; en observar las palabras, porque la lengua que rompe la barrera de la circunspeccion, es el origen de un diluvio de males; en observar las acciones, porque el motivo que las determina, establece su justicia ó iniquidad; en juzgar finalmente los deseos, porque la voluntad santa é irreprehensible no puede nacer de ninguna manera de nuestra corrupcion. Por esta causa se nos recomienda con frecuencia en las divinas Escrituras la vigilancia y el temor; y hoy precisamente nos recomienda esto mismo el Apóstol, quando nos dice que andemos avisadamente: no como necios. Esta sola comparacion del Apóstol debería despertar á todos los que viven como unos insensatos, sin fe, sin ley, sin religion y sin costumbres. En efecto, un hombre privado del uso de su razon obra, habla y corre sin poderse dar cuenta á sí mismo del objeto de sus acciones y

de sus palabras; y quando su espíritu llega á enardecerse, busca el peligro, y se precipita en él con indiscreto furor. Este es, hermanos míos, el retrato de todos los que andan por los caminos de la perdicion y del pecado. Si es verdad que ni temeis, ni creéis, cosa que no puedo presumirme; si es posible que los remordimientos de vuestra conciencia se hayan apagado enteramente, y que la antorcha de la fe esté dando los últimos resplandores; en una palabra, si sois del número de esos hombres de quienes habla la sagrada Escritura, que dicen con seguridad bebamos y comamos; entreguémonos á los deseos de nuestro corazon; mañana moriremos, y entónces ya no podremos gozar de cosa alguna, sois ciertamente unos insensatos. La Escritura os ha dado este nombre, y vuestra conducta lo prueba así. Vosotros, á la manera de un hombre privado de razon, no sabeis ni de donde venis, ni adonde vais: vuestra vida es un círculo fastidioso de placeres que nunca os satisfacen, y de trabajos que de nada os sirven: en fin, sois del número de esas personas, que reducidas

al estado de imbecilidad, apenas pueden dar un paso, ni sostenerse en pie; pero si la conciencia no ha llegado todavía á extinguir su voz; si la impresión inevitable del temor de los juicios de Dios inquieta algun tanto vuestro corazon; si á pesar de las máximas de los incrédulos estais persuadidos de que hay una eternidad; y si con desprecio de estos conocimientos seguís constantemente el camino de vuestras pasiones, entónces podeis decir que os precipitais en el abismo, y sois no solamente insensatos, sino frenéticos, que buscan el peligro, y se entregan á él con un ímpetu inconcebible. Pero ¿por qué habeis de seguir, hermanos míos, esta ruta peligrosa, quando el Apóstol os recomienda que camineis como hombres sabios, es decir, como hombres que saben lo que hacen; que conocen de donde vienen y adonde van; que están seguros con el testimonio de su conciencia; que nunca se arrepienten de las buenas obras que han hecho, y que entreveen como el Apóstol por la fe la corona de justicia que el justo Juez reserva para premiar su perseverancia, si tienen la dicha de consumir

su carrera, y terminar felizmente sus combates? Estos hombres son verdaderos sabios, porque caminan hácia un objeto seguro; y aun quando este objeto fuese incierto, como lo dicen los incrédulos, ellos caminan sobre la fe de los hombres mas ilustrados de todos los siglos por unas sendas que han sido trazadas desde el principio por nuestros padres, las cuales no han podido destruir enteramente los malos á pesar de todos sus esfuerzos. Muy al contrario sucede con los que no creen, ó viven de una manera opuesta á la fe. Ellos no se apoyan sino sobre razonamientos sin principios; carecen de guías autorizadas, y prefieren vergonzosamente sus luces á la revelacion; el error de su siglo á la Ley de todos los tiempos, y el testimonio de algunos espíritus fuertes á la enseñanza de los mas santos y sabios Doctores de la Iglesia.

¡Ah, hermanos míos! sigamos el consejo del Apóstol, y andemos como sabios redimiendo el tiempo, porque los dias son malos. La opinion comun tiene por tales aquellos en que sobreviene una esterilidad, ó la carestía de

alimentos, ó la disminucion sensible de los fondos públicos; aquellos en que se aumentan las cargas del estado, y consigüentemente la dificultad de aumentar las fortunas, ó de conservar los bienes adquiridos; aquellos en que para recoger el fruto de los trabajos, ó el salario de los servicios, es preciso padecer mil contratiempos, sufrir desayres, y exponerse al desprecio de los mismos que en su tiempo han recibido no pocos beneficios; pero no son estos dias malos de los que habla el Apóstol. Comparad vuestro estado con el de tantos infelices que viven sumergidos en la mayor miseria y abatimiento. ¿Qué podeis responder al Señor, quando os haga cargo de vuestra dureza con vuestros hermanos, para quienes los tiempos son mucho mas miserables que para vosotros? Los dias á la verdad son malos principalmente en este siglo, en que la mano de Dios se dexa caer tan visiblemente sobre nosotros; pero no entendais por tales los de las aflicciones y los trabajos, sino aquellos que passais en los pecados. No siento, no, las pérdidas sensibles que experimentais en vuestros bienes, sino la debi-

lidad notable de vuestra fe, y la total frialdad de vuestra caridad. La avaricia y la codicia os dicen sin cesar que ahorreis, que endurezcais vuestros corazones, y que guardéis para un tiempo incierto, porque los dias son malos; pero yo por el contrario os digo con el Apóstol: redimid el tiempo. Si, redimidle con santas obras, que ocupen el lugar de esas diversiones y pasatiempos frívolos que han llenado vuestros dias; redimidle con obras de justicia, que reparen las rapiñas, las violencias y las ganancias usurarias que os han enriquecido á expensas del próximo; redimid con obras edificantes tantos escándalos como habeis dado á vuestra familia, á vuestros hijos y á toda una ciudad; redimid con obras de penitencia esa sensualidad, esos placeres ilícitos, los juegos, las diversiones, las comodidades de que habeis gozado; en fin, redimid con limosnas abundantes, prudentes y sabias esa muchedumbre de pecados, que son el efecto del orgullo, de la ambicion, de la codicia, y de todas las demas pasiones que hasta de presente han hecho vuestros dias tan malos á los ojos de Dios.

El lenguaje de los justos y de los pecadores se conforma en decir que los dias son malos; pero los unos se quejan de la administracion de sus tesoros, y los otros lloran la multitud de sus pecados. El Apóstol por tanto dice á todos los fieles: no seais indiscretos; mas entended qual es la voluntad de Dios.

Importa mucho, hermanos míos, adquirir este conocimiento. Así el estudio de la religion, la concurrencia á nuestros templos para oír las verdades eternas, y la lectura de los libros piadosos, son todas obras dietadas por la prudencia. ¿Qué diré de esos jóvenes que tanto desprecian el estudio de las verdades de la salvacion? ¿Qué diré de esos padres que tanto abandonan la educacion de su familia? ¿Qué diré de vuestra locura y extravagancia, quando preferis los entretenimientos á la palabra de Dios, quando pasais semanas enteras sin abrir un libro devoto, quando dexais de asistir al templo por atender á negocios de poca monta? ¿No sois todos indiscretos? ¿Direis que estudiais la voluntad de Dios? ¿Qué distantes es-

tán de la prudencia que recomienda el Apóstol esos Christianos que se entregan con exceso al vino y á la gula, que hacen un Dios de su vientre, y que llevan á la oracion un espíritu embotado en una vida toda sensual! ¿Podrán estos ser prudentes sin vigilancia? ¿Podrán velar quando se llega á extinguir la antorcha de la razon, la qual encendida por la de la fe, nos alumbrá para caminar con paso firme? ¿De semejante costumbre no resultarán los efectos mas lastimosos? De aquí nace la luxuria, dice el Apóstol; es decir, los mas vergonzosos crímenes. Tened, presente, hermanos míos, que la embriaguez camina siempre de union con este detestable vicio. Una vez introducidas estas dos pasiones en el corazon, se requieren increíbles esfuerzos para desarraigarlas; y á la verdad las conversiones son muy raras. Sin embargo, no seria difícil conseguir este buen efecto siguiendo con exáctitud el consejo del Apóstol; mas llenos de Espíritu Santo; es decir, huid de todos esos gustos que habian arrojado de vuestros corazones á este espíritu: separaos de las compañías que os arrastraban á la di-

sipacion y al placer: arreglad vuestra vida, y formaos un sistema de moderacion y de parsimonia en la satisfaccion de vuestras necesidades: arrojad sobre todo de vuestra imaginacion las pinturas obscenas que se han formado muchas veces con el auxilio de los vapores del vino: hablad entre vosotros mismos en psalmos, en hymnos y en canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones: las horas que hasta aquí habéis gastado en los lugares donde reinaba la intemperancia y los excesos, ocupadlas en los oficios divinos: santificad una lengua que tantas veces se ha manchado con palabras equívocas, con discursos imprudentes, y canciones obscenas: animaos á dar siempre gracias al Dios y Padre por todo en nombre de nuestro Señor Jesu-Christo, y borrar con estas impresiones tantas invectivas é injurias que por lo regular vomita un corazon embrutecido con el exceso del vino: en fin, para reparar completamente esa loca alegría, esa imbecil seguridad, y esa criminal satisfaccion que experimentan los esclavos de esta pasion vergonzosa, es in-

dispensable adoptar el último consejo que nos da el Apóstol por estas palabras: Sometidos los unos á los otros en temor de Christo, es decir, que aquel que por desgracia ha contraido esta costumbre, debe escoger un director ilustrado, y entregarse á él con toda confianza, siguiendo con exactitud escrupulosa los medios que le indique para romper sus cadenas; y sujetándose en un todo á sus consejos, como si los diese inmediatamente la Sabiduría Eterna. Estos medios, hermanos míos, son con efecto muy poderosos para vencer una inclinacion casi indomable; pero no hablo solo con los esclavos del vino, sino con todos los pecadores de qualquier naturaleza que sean sus costumbres.

Hablad vos mismo, Dios mio, á su corazon con aquella voz fuerte y poderosa que resucita á los muertos, y los saca del sepulcro. Hacedles entender que ese letargo profundo, que produce el vicio de la intemperancia, y qualquiera otra costumbre criminal, está muy cerca de la muerte. Señor, que oigan vuestra voz; que gusten de las lecciones de vuestra sabiduría; que

190 *Domingo XX.*
anden en los caminos de la prudencia,
y que lleguen al término que prometeis
á la penitencia verdadera, en la eter-
na bienaventuranza. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 4. v. 46. 53.

En aquellos dias: Habia en Capharnaum un señor de la Corte, cuyo hijo estaba enfermo. Este habiendo oido, que Jesus venia de la Judéa á la Galiléa, fué á él, y le rogaba, que descendiese, y sanase á su hijo: porque se estaba muriendo. Y Jesus le dixo: Si no vereis milagros y prodigios, no creéis. El de la Corte le dixo: Señor, ven ántes que muera mi hijo. Jesus le dixo: Vé, que tu hijo vive. Creyó el hombre á la palabra, que le dixo Jesus, y se fué. Y quando se volvia, salieron á él sus criados, y le diéron nuevas, diciendo, que su hijo vivia. Y les preguntó la hora, en que habia comenzado á mejorar. Y le diéron:

despues de Pentecostes. 191
Ayer á las siete le dexó la fiebre.
Y entendió entónces el padre, que era la misma hora, en que Jesus le dixo: Tu hijo vive: y creyó él, y toda su casa.

INSTRUCCION.

Todos los pasos de Jesu-Christo están señalados, hermanos míos, con prodigios, y todos estos prodigios son otras tantas lecciones. La conducta de los que vienen á implorar su socorro; la que el Señor tiene para con ellos; las súplicas que le hacen, y las reprehensiones, las amenazas, ó los consejos que les dirige, todo lleva un carácter de instruccion que no puede desconocer un corazon simple y dócil. ¡Qué moral tan importante la que contiene el Evangelio de este dia! ¡Qué leccion tan propia para afirmar nuestra creencia, para arreglar nuestra confianza, y excitar nuestro reconocimiento! El santo Evangelio nos ofrece en diferentes lugares muchas curaciones milagrosas; pero las circunstancias de

Ésta son dignas de toda nuestra atención; porque nos manifiestan las enfermedades que en el orden espiritual pueden excitar con preferencia nuestros sentimientos, el modo de interesar al Señor en su alivio, y la correspondencia que exige de nuestra parte su atención misericordiosa: prestadme atención.

Si Jesu-Christo hubiera sido capaz de acepción de personas, no había un suceso que pudiese interesarle mas que el que nos refiere el Evangelio de este día. El que viene á él es uno de los Magnates de la corte del Rey Herodes; y la súplica que le hace es la mas expresiva, como nacida de un padre que amaba tiernamente la vida de su hijo. Esta súplica se funda sobre las noticias que ha tenido del poder de Jesu-Christo; y la enfermedad de su hijo era tan grave que ya no daba espera. Todas estas consideraciones no son sin embargo poderosas para determinar á este Señor, á quien nada le costaban los milagros, y que en diferentes ocasiones habia correspondido al deseo de los que le invocaban, á la fe de un leproso, y á la confianza

de los que imploraban su socorro en todas sus aflicciones. Jesu-Christo en efecto no responde á la súplica de este cortesano sino con una reprehension; pero veamos qual podia ser la causa de esta indiferencia, y quales eran los defectos de esta súplica, para que aprendamos á rectificar las nuestras. Este hombre no piensa en Jesu-Christo sino quando se vé afligido por la enfermedad de su hijo; entónces se determina á dexar el tumulto y la dissipacion de la corte, aunque no espera sino un consuelo temporal. Este es un defecto, hermanos míos, bastante comun entre nosotros: miéntras estamos libres de agitaciones y miserias, vivimos alegres entre los placeres del mundo, y jamas volvemos los ojos á Dios para pedir misericordia; pero si nos sobreviene un contratiempo, ó una enfermedad nos pone á las puertas de la muerte, al instante fatigamos al cielo con oraciones, hacemos mil promesas, y protestamos tener en adelante una vida piadosa y christiana; pero salimos del paso, recobramos la salud, se restablece la tranquilidad de nuestro corazon, y de repente olvidamos aquellos bue-

nos propósitos, nos entregamos otra vez á la disipacion y á las diversiones, y apenas pensamos en pagar el tributo de la oracion que la religion nos impone.

Este hombre, ántes de llegar á Jesu-Christo para solicitar la curacion de su hijo, tenia sin duda apurado todo el arte de la medicina; pero sin efecto alguno, porque la enfermedad habia hecho ya un progreso tan rápido que le tenia á punto de morir. No reconocemos en la conducta de este Padre la de una gran parte de los Christianos? Los padres, los esposos, los amigos, ante todas cosas buscan los auxilios del arte; y quando ven que ya el enfermo está desahuciado, entónces á toda prisa llaman á los Ministros del Evangelio para que les dispensen sus socorros, pensando que tal vez por este medio lograrán la salud temporal. No quisiera, hermanos míos, extenderme demasiado sobre esta idea; pero como ella es tan importante, no llevareis á mal que me inculque algun tanto sobre la conducta que se observa en estos casos. Se manifiesta una enfermedad, y los primeros síntomas no dan el mayor cuidado; pero como ella tiene sus trámites,

vá poco á poco manifestando su gravedad. Los Médicos, con el fin de no exâsperar al enfermo, y traer ácia sí toda su confianza, le pintan su mal con unos colores alhagüenos, y le persuaden que tranquilice su ánimo, porque muy en breve verá restablecida su salud; sin embargo el mal resiste á los primeros remedios, y de aquí nace la necesidad de multiplicarlos; y como no producen efecto alguno, el Médico, que por una parte reconoce su insuficiencia, y que por otra quiere contemplar la familia, propone que se convoque una junta de facultativos de crédito: en efecto se citan los que elige, que por lo regular són de su confianza; estos reconocen el enfermo, y hallan que desde el principio se ha errado la cura: entónces se disponen los remedios que se juzgan convenientes para reparar las faltas que se han cometido en los primeros instantes; pero ya no producen efecto, porque la enfermedad ha llegado á tomar todo su ascendiente: en este fatal y desesperado caso una madre tierna, una esposa fiel, un hijo reconocido, se llenan de tristeza, lloran amargamente,

y conocen la necesidad de que los Ministros de la Iglesia vengan á traer los socorros espirituales; sin embargo no atreviéndose á dar por sí mismos esta noticia al enfermo, se valen de los amigos y de las personas de respeto para que tomen sobre sí este cargo; pero inmediatamente se presentan nuevos inconvenientes: los amigos temen darle este susto, y como por otra parte le consideran fatigado con los remedios, van dilatando quanto pueden la noticia; pero llega el caso en que ya no caben dilaciones, los Médicos han apurado todo su arte, los remedios han sido enteramente inútiles, las señales precursoras de la muerte se van manifestando, el enfermo va perdiendo los sentidos; y este es el caso en que se llama á la Iglesia. ¡Pero qué desgracia! los Ministros se encuentran con unos hombres en quienes el alma apenas exerce sus funciones, les hablan, les gritan; pero ya no les responden sino con señales equívocas ó con palabras extenuadas: en este caso ya no se trata de confesion, porque hay una impotencia absoluta, y la materia de una absolucion suele ser una mirada,

una palabra balvuciente, ó qualquiera otra demostracion de dolor, que apenas se dexa sentir en el alma. ¡Ay de aquellos que ni aun siquiera pueden hacer ya esta demostracion! ¿Podrémos, hermanos míos, prometernos muchas esperanzas con semejantes disposiciones? Temblad, Christianos, al considerar un estado tan triste. Si os amais los unos á los otros, procuraos los socorros espirituales en tiempo oportuno: alejad á mucha distancia los temores de hacer mas grave la enfermedad con la noticia de la muerte, porque si ésta viene quando no estais prevenidos, ó quando los sentidos y la razon no exercen sus funciones, será muy incierta, ó por mejor decir, desesperada vuestra suerte. Si acaso de repente os veis rodeados de los tormentos eternos, ¿tendreis algun recurso á las personas que por un exceso de amor y de compasion han sido en alguna manera la causa de vuestra desgracia? Hermanos míos, fixad toda vuestra atencion sobre este punto. Si Dios, por su misericordia os aflige con enfermedades, ante todas cosas llamad á los Ministros de la reconciliacion, y por este

medio tranquilizareis el espíritu, y evitaredad temporal, no se mueve por los milagros que cuentan en Capharnaum.

¿No es tambien, hermanos míos, el interés quien nos mueve en las cosas de la religion? No hablo aquí de ese interés tan legítimo que tiene todo Christiano en obedecer los preceptos de la ley con la esperanza de disfrutar la posesion de Dios mismo. Hablo de ese interés de estado, de amor propio, de sociedad y de respeto humano; el qual hace que se unan muchas veces los Christianos para practicar la virtud. La fe de este hombre del Evangelio hubiera sido infructuosa, si se hubiera movido por semejantes causas; pero la ignorancia y la disipacion que son consiguijentes á su estado, le sirven en alguna manera de excusa, y su prontitud en creer, y su solicitud en pedir empiezan á reparar sus defectos. Jesu-Christo le reprehende, se confunde y guarda un profundo silencio; pero no por esto pierde de vista el objeto de su súplica: Señor, le dixo, ven ántes que muera mi hijo. Su fe se forma por grados, y aunque cree en Jesu-Christo, no piensa que el que tiene poder para mandar á la naturaleza, puede tam-

199

despues de Pentecostes.

Pero la salud de su hijo no fué el único motivo que tuvo el cortesano para venir á Jesu-Christo, sino la fama de sus milagros; y así este Divino Salvador le reprehende, y le dice: si no viereis milagros y prodigios, no creéis. La pureza de la doctrina del Salvador era poderosa sin duda para atraer la atencion de este hombre; pero mientras no se ve agitado de una necesi-

bien tenerlo para mandar á la muerte.

Este hijo constituido en un peligro tan grave es la figura de una alma justa; pero débil, agitada de tentaciones violentas, y expuesta á perecer á cada momento. ¡Ah! Qué importante sería que el Christiano dixe-se á Dios, Señor, ven ántes que muera mi alma en el pecado: tu socorro sería mas lento y mas difícil, si tuviese la desgracia de dexarme seducir; pero confío que no me rehusarás el alivio quando penetrado de mi miseria, grite á tí desde mi enfermedad.

Jesu-Christo pudiera muy bien hacer á este hombre muchos cargos; pero considerando que le habia dicho lo bastante para instruirle, trata solamente de moverle, y le dice: vé, que tu hijo vive. No es posible, hermanos míos, hallar mayores consuelos en tan pocas palabras. Este hombre no esperaba una curacion tan pronta y perfecta, sino que Jesu-Christo viniese á su casa á punto quizá de que su hijo fuese la victima de la tardanza; pero el Salvador no espera ni un instante para obrar el prodigio que pide, y con una sola palabra ilustra su fe y la

muestra, enseñándole el espíritu y las qualidades de la oracion. La de este cortesano es eficaz, porque es viva, porque es humilde, porque es perseverante. Creyó en efecto á la palabra que le dixo Jesus, y quando se volvia, saliéron á él sus criados, y le diéron nuevas diciendo que su hijo vivia, y preguntándoles la hora en que habia comenzado á mejorar, le dixéron: ayer á las siete le dexó la fiebre. Y entendió entónces el padre que era la misma hora en que Jesus le dixo: tu hijo vive, y creyó él, y toda su casa.

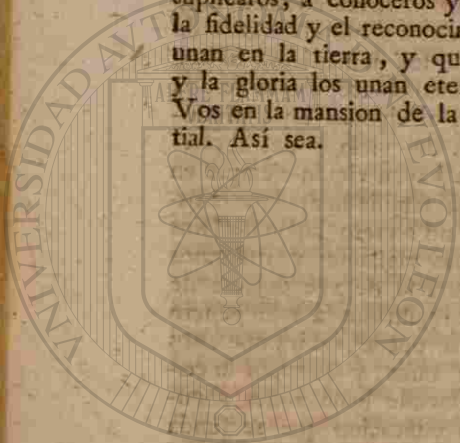
El reconocimiento, hermanos míos, no es una virtud infructuosa y estéril en la religion; pero es muy raro en estos dias tristes. En efecto; en dónde está el zelo para aumentar la piedad, é inspirar el amor de la justicia? en dónde están los corazones verdaderamente penetrados de las gracias que han recibido, y que saben ser fieles para manifestar su gratitud? No es esta una materia sobre la qual nos hará el Señor terribles cargos en su día? No deberian los Christianos humillarse y anonadarse al considerar los beneficios

que han recibido de su mano poderosa? ¿Qué importa pertenecer á la fe, aborrecer el pecado, amar la virtud, huir las tentaciones, y aprovecharse de los buenos exemplos, de las conversaciones y lecturas piadosas, si todo queda en este primer sentimiento? ¿No hay otro por ventura que debería inspirarnos el reconocimiento? No sería justo ser sensibles á las desgracias de aquellos, que la ocasion ó la inclinacion arrastran á un camino enteramente opuesto á la virtud; trabajar con oraciones, despues con invitaciones, y con todos los demás medios que puede suministrar el zelo y la piedad para traer al rebaño á todos los que se han separado? No, hermanos míos: la mayor parte de los justos no cumplen con decir que han creído, que han amado, y que han practicado: ellos no habrán cumplido con la justicia, sino quando pueda decirse que la fe, la piedad y la caridad de sus amigos, de sus mayores, y en general de todos los que tienen baxo su dependencia, son los frutos de su reconocimiento y de su zelo. ¡Qué dichosa es una familia quando se le puede dar este testimonio! ¡Qué

preciosa á la religion, quando la piedad y la fe son su posesion mas rica, y su principal herencia! Los avisos y los exemplos de un padre religioso, de una madre sabia y virtuosa tienen muy poderosa influencia sobre el corazon de los hijos y de los domésticos. Si hay algunas desgraciadas excepciones de esta regla general; si algunos hijos producen los frutos del vicio y del libertinage, aunque hayan vivido siempre en el seno de una familia honrada y christiana; si por un secreto juicio de Dios los padres mas vigilantes y timoratos tienen la desgracia de ver delante de sí unos hijos inclinados á todo género de excesos, se puede decir, que estos exemplos son raros, y que por lo comun Dios concede bendiciones abundantes á una educacion que se funda en la religion.

Dios mio, mirad con ojos de misericordia todas las familias que componen esta Parroquia, ó por mejor decir, mirad á todos los fieles que vuestro culto ha reunido en este templo, como una sola familia, de quien sois el Padre: haced, Señor, que la fe les illustre; que la esperanza les sostenga;

que la caridad les anime; que el zelo de la salvacion del próximo les abraze; que los diferentes miembros que la componen, se enseñen unos á otros á suplicaros, á conoceros y amaros; que la fidelidad y el reconocimiento los reunan en la tierra, y que la felicidad y la gloria los unan eternamente con Vos en la mansion de la patria celestial. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIA

DE TODOS LOS SANTOS.

APOCALIPSIS DE SAN JUAN.

cap. 7. v. 2. 12.

Ví otro Angel que subia del nacimiento del Sol, y tenia la señal del Dios vivo: y clamó en alta voz á los quatro Angeles, á quienes era dado poder de dañar á la tierra, y á la mar, diciendo: No hagais mal á la tierra, ni á la mar, ni á los árboles, hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados, que eran ciento y quarenta y quatro mil señalados, de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil señalados: De la Tribu de Rubén, doce mil señalados: De la tribu de Gad, doce mil señalados: De la Tribu de

Asér, doce mil señalados: De la Tribu de Nephtali, doce mil señalados: De la Tribu de Manassés, doce mil señalados: De la Tribu de Simeón, doce mil señalados: De la Tribu de Levi, doce mil señalados: De la Tribu de Issacár, doce mil señalados: De la Tribu de Zabulón, doce mil señalados: De la Tribu de Joseph, doce mil señalados: Y de la Tribu de Benjamin, doce mil señalados. Después de esto ví una grande muchedumbre, que ninguno podía contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban en pie ante el throno, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos: Y clamaban en voz alta diciendo: La salud á nuestro Dios, que está sentado sobre el throno, y al Cordero. Y todos los Angeles estaban en pie al rededor del throno, y de los Ancianos, y de los quatro animales: y se dexáron caer ante el throno sobre sus rostros, y adoráron á Dios, diciendo, Amen. La bendición, y la claridad, y la sa-

biduría, y la accion de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen.

INSTRUCCION.

¡Qué grande y qué admirable es, hermanos míos, el espectáculo que la Iglesia ofrece á los ojos de nuestra fe en esta importante solemnidad. Aunque por la debilidad y constitución misma de nuestra naturaleza no podemos conocer, sino por medio de sombras y de enigmas la gloria del Altísimo, y la felicidad de los Santos, sin embargo la imágen que nos dexa entreveer hoy, bastaria para animar nuestra fé y sostener nuestra emulacion, si la considerásemos atentamente. ¿Por qué causa seducidos por las sombras que nos rodean apartaremos los ojos de la realidad que nos espera? ¿Por qué la memoria de nuestra patria no ha de ser siempre la materia de nuestra atencion, de nuestros votos y deseos? ¡O celestial Jerusalem! ¡O Ciudad mater-

nal! ¿Por qué causa no miramos continuamente ácia tí? ¿Ah, cuán pocos son los Christianos que se atrevan á hacer contra sí mismos la imprecacion que hacia el Profeta, quando trayendo á la memoria sobre el rio de Babilonia la Ciudad de sus padres, pedia que se secase su mano derecha, y se travase su lengua, si olvidaba algun dia una Ciudad, cuya separacion le costaba tantos suspiros y lágrimas! ¿Podré yo, hermanos míos, despertar en vosotros un deseo tan santo, hablaros de la Ciudad de mi Dios, de la paz de que gozan nuestros padres, y del torrente de delicias que debe embriagaros, si caminais por la ruta de los Santos? ¿Quién soy yo para contar las maravillas de una patria, donde á lo mas habito con el deseo? ¡Hablad vos mismo, Espíritu de mi Dios! Pero ya voy, Señor, á meditar los misterios que os dignasteis revelar á uno de vuestros escogidos, así para recompensar su fe, como para ilutrar y animar la nuestra: hermanos míos, no solo os pido una simple atencion, sino el gusto y el amor de las verdades de que nos va hoy á hablar el Evangelista San Juan, este Apóstol, cu-

ya dulzura y caridad le merecieron todo el amor de su Divino Maestro.

Vi un Angel, dice, que subia del nacimiento del sol muy diferente de todos los que se habian presentado á mi vista hasta entónces, que anunciaba la destruccion y la muerte, y que debia derramar el vaso del furor de Dios sobre la tierra y la mar. Este es un Angel de paz, que habla el lenguaje de la paz: escuchémosle pues con un silencio respetuoso y alegre. Y clamó en alta voz, prosigue diciendo, á los quatro Angeles que le habian precedido: no hagais mal á la tierra, ni á la mar, ni á los árboles, hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Estos son, hermanos míos, los derechos de la virtud, y estas las ventajas que nos procura en la vida presente. Dios conoce los que son suyos, aunque al parecer esten confundidos con los malos. ¿Qué distintos son los juicios de un Dios de los que hacen esos hombres que tanto se precian de la filosofia y la sabiduría del siglo! Un justo, segun ellos, es un hombre sin luces y sin espíritu, que pone su confianza y su felicidad en prácticas vanas, y que

de nada sirve al resto de los hombres. ¡Ah, qué pronto mudarian estos impíos de lenguaje si quisiesen persuadirse que el justo es el mediador entre Dios y ellos para detener el brazo de su venganza! Los pecadores, hermanos míos, deben en cierta manera á los justos el tiempo que Dios les concede para hacer penitencia, y por tanto les conviene respetarlos, reclamar sus oraciones, no inquietarlos en el ejercicio de su obligacion, y no presentar jamas á su vista la seduccion y el crimen. Pero si los justos de la tierra tienen poder para desarmar al Señor, este poder debe tener sus límites, que dependen de su voluntad soberana. Por tanto es indispensable que los Angeles, á quienes es dado el poder de dañar á la tierra y á la mar, esperen hasta que el número de los escogidos esté completo, y señalados los siervos de nuestro Dios en sus frentes. El Espíritu Santo ha querido darnos á conocer por medio de esta señal, que hay caracteres esenciales por los cuales se distinguen sus amigos en esta vida misma. Estas señales que distinguen los siervos de Dios del resto de los Christianos son la simplicidad de su vi-

da, la humildad de sus discursos, la dulzura de su carácter y la fidelidad de sus obras. La paz que reyna en su corazon, y que nace de la buena conciencia, hace sus conversaciones amables; y si el comun de los Christianos no tiene ánimo bastante para seguirlos, á lo ménos no puede dexar de estimarlos y respetarlos. Estos son los que el Angel debe discernir, y señalar con el carácter angusto de la Divinidad.

El Profeta, le decia al Señor lleno de reconocimiento: Dios mio, la luz de tu rostro ha sido grabada en nosotros. En estas palabras no hacia sin duda relacion sino al título de nacion escogida, y de pueblo de Dios, que el Señor habia concedido á Israel. Pero cuánto mas vivo hubiera sido su reconocimiento, si por el Sacramento de la adopcion hubieran sido distinguidos como nosotros del resto de las criaturas, llevando sobre su frente la señal de su eleccion. Bienaventurados los que respetan y honran con sus obras el carácter de Christianos: ellos serán del número, por desgracia muy pequeño pero muy precioso, de los siervos, á quienes el Angel va á señalar

para que canten para siempre las alabanzas del Cordero.

El número de los señalados, prosigue el Apóstol, oí que eran ciento y quarenta y quatro mil, señalados de todas las tribus de los hijos de Israel, doce mil de cada tribu en particular. En este lugar habla San Juan del pueblo Judío, y aunque este número de ciento quarenta y quatro mil parezca excesivo, nada es comparándolo con toda una nación, que por espacio de mas de dos mil años ha sido el objeto de las delicias del Señor. ¿Pero es posible que tantas generaciones como se han sucedido en la Judea solo produzcan un número tan corto de señalados? Si el título de pueblo escogido no le da mas privilegios, ¿sobre qué se fundan nuestras esperanzas? Hermanos míos, no voy á hacer una larga disertacion para ilustrar este pasage; pero diré con los Padres de la Iglesia que no veo en él sino una figura del pequeño número de los elegidos, y la explicacion de estas palabras de Jesu-Christo; á saber, que la puerta es estrecha, y que siempre es corto el número de los que entran por ella. Esta sentencia es capaz

por sí misma de llenarnos de confusion; pero no nos toca sondear los designios de Dios, ni pedirle cuenta de su conducta, ni echarle en cara en alguna manera el rigor de su justicia, y la inutilidad para tantos de la sangre de Jesu-Christo, su Hijo. No son estos los medios para ensanchar el camino que conduce á la vida. Si quereis asegurar vuestra eleccion, debeis tener una humildad profunda, y una desconfianza habitual de vosotros mismos; debeis recurrir continuamente á su misericordia; debeis hacer un estudio no interrumpido de su ley, y observar con toda fidelidad sus mandamientos. Dios quiere siempre nuestra salvacion, mediante que nos da los medios para ella; y así un Christiano que vive de la fe, puede estar cierto de que no será confundida su esperanza, pues que Dios mismo es el que la inspira.

Las doce tribus de Israel no son las únicas que cantan las victorias del Cordero: yo vi despues de esto, prosigue el Apóstol, una grande muchedumbre, que ninguno podia contar de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas que estaban en pie ante el tro-

no. Ved el momento en que se hace la profecía interesante para nosotros. Nuestro Dios se ha hecho llamar el Dios de todos los pueblos, á fin de que no hubiese ni uno solo, que se creyese excluido de su atención y de sus misericordias. El Rey del universo compone su corte de todas las naciones que estan debaxo del sol, y no hay una que levantando sus ojos al cielo, no pueda decir con seguridad: aquella es mi patria, mi heredad y mi reyno. Aun los pueblos que todavía estan sentados á las sombras de la muerte pueden levantar sus ojos ácia el oriente, porque de esta parte ve el Apóstol subir el Angel del Señor que anuncia la paz. Ya pues que el Señor se ha dignado, hermanos míos, ilustrarnos, levántemos tambien al cielo nuestros ojos: penetremos la nube espesa que nos separa de nuestra patria, y consideremos con admiracion y con alegría esa muchedumbre de testigos que en otro tiempo combatian como nosotros, y que ahora son nuestros protectores: vedlos revestidos de las vestiduras que han lavado en la sangre del Cordero, y que por su blancura presentan un

espectáculo brillante y magestuoso. Ellos estan en pie, porque de otra suerte no podrian explicar bastantemente la felicidad de que gozan: ellos no viven en las tinieblas, ni estan agoviados baxo el peso de la iniquidad, ni presos en las cadenas de sataná: ya no tienen que temer las tentaciones de la vida presente, ni serán abatidos por la violencia de los pesares que devora el resto de los hombres: ellos estan en pie delante del Cordero, cuya vista despierta sin cesar el sentimiento de su reconocimiento y de su amor, y con las palmas en sus manos anuncian el triunfo que han logrado. ¿Pero quienes son los habitantes de esta Ciudad venerable? ¿Son acaso del número de esos mártires que han sellado la fe con su sangre? ¿Lo son de los Apóstoles que la extendieron con sus trabajos? ¿Lo son de los Doctores que la han defendido con sus escritos? ¿Son penitentes que han practicado los preceptos de la ley con el mayor rigor? ¿Son Santos que se han santificado por caminos extraordinarios, mas propios para la admiracion que para imitarlos? ¿Por ventura Dios no premia en ellos

sino esas virtudes sobresalientes que suponen un gran mérito, grandes talentos ó gran poder? ¿Quién de nosotros pudiera pretender esta corona, si el Señor la pusiese á tanto precio? Hermanos míos, no pretendo ensanchar el camino que conduce á la vida eterna, diciéndoos para vuestro consuelo, que esta muchedumbre de Santos que nos muestra la Iglesia en esta solemnidad, no se compone exclusivamente de los héroes del Christianismo. Una virtud obscura, pero sólida, unas obras practicadas en el secreto, unas intenciones puras, un corazón recto y sincero, una alma compasiva y sensible, son otros tantos dones de Dios, que distribuye por pura gracia, y que corona por un efecto de su misericordia: este Señor no mide las recompensas por la fama de las acciones, sino por la gloria que le resulta. No hay estado ni condicion en la tierra, que no haya dado grandes Santos. El Ministro se salva quando es un dispensador fiel: el Príncipe quando no abusa de su autoridad, sino que obra conforme á la voluntad suprema: el Juez, quando guarda la justicia en sus sentencias: el esposo, quan-

do honra la santidad de su matrimonio con la pureza de sus costumbres: la esposa, quando por su virtud y su religion es la gloria y el decoro de su casa: el hijo, quando es obediente y dócil: el artesano, quando espia sus pecados con el trabajo: el pobre, quando santifica su estado con la paciencia, y el rico, quando multiplica sus riquezas con la limosna. Estos son Santos ignorados, y tal vez menospreciados y calumniados en la tierra; pero que gozan de felicidades eternas en el cielo. Estos son los que hoy honra la Iglesia, los que propone como objeto de vuestro culto, y los que ofrece para su imitacion. Estos son en fin los que interceden por vosotros. Muchos de estos Santos han poblado las mismas Ciudades, han habitado las mismas casas, han ocupado los mismos puestos, y han practicado las mismas obligaciones que vosotros. Estos son vuestros antepasados, vuestros amigos y parientes: su sangre misma es la que corre por vuestras venas, y algunos han empezado á edificaros en la tierra, ántes de protegeros en el cielo: quizá vosotros habreis sido un medio de santificacion para mu-

chos, ó bien con los socorros que les habreis procurado, ó con las contradicciones que les habreis hecho padecer. Imágenes de la misericordia de Dios en la tierra, lo son tambien de su generosidad en el cielo, y ruegan aun por aquellos que han sido sus mayores enemigos. Su felicidad no es completa, quando estamos en peligro de perderlos, y con los cánticos que cantan á la gloria del Cordero mezclan las mas humildes súplicas, y los votos mas fervorosos para que nosotros participemos de la gloria.

¡Quando, hermanos míos, podremos juntarnos con estos generosos amigos de Dios! ¡Quando podremos como ellos estar al rededor del trono y de los ancianos interpolando nuestras voces con los coros de los Espíritus angélicos, que cantan sin cesar, diciendo: Amen. La bendición, y la claridad, y la sabiduría, y la accion de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza á nuestro Dios, en los siglos de los siglos! ¡O, cuántos consuelos infundirá en nuestros corazones este cántico! Ellos no se interrumpirán como nuestras canciones terrenas con la memoria de nuestros

pecados, y con el temor del peligro continuo que nos amenaza: nuestros labios no serán desmentidos por el corazón, ni se distraerán nuestros espíritus con imágenes lisongeras y extrañas. Entonces no dexaremos de la boca este Amen que explica con toda propiedad el cumplimiento de nuestros deseos y la posesion de nuestras esperanzas.

Christianos, vosotros que suspirais por esta admirable patria, considerad bien la alegría de que estaba lleno el corazón del Profeta, quando decia: Señor, mi alma está llena de alegría con la feliz noticia que se me dá de parte vuestra: yo debo ir un dia á la casa de mi Dios. En vuestro templo encuentro, Señor, una imagen de esta Ciudad santa que me preparais; ¿pero podré contentarme con la figura quando sé por la fe que la realidad tiene tantas dulzuras y encantos? No, yo estaba en una viva impaciencia, y miraba este Santuario como el vestibulo, que debia conducirme á la celestial Jerusalem.

O Jerusalem, mansion de los Santos, Ciudad del gran Rey, yo veo que te elevas al rededor de mí, como una

soberbia Ciudad. El artífice adorable que te edifica escoge las piedras, las corta, y las sienta, según los designios de su sabiduría; pero tú no serás digna de él, sino quando estas piedras, que ahora están desunidas por las diferencias de los tiempos, de las circunstancias, de los estados, y de los caracteres formen un solo cuerpo en aquel que es unidad y caridad. Entonces podrá decirse de tí que todo anuncia la unidad del Dios que te construyó.

Haced, Señor, que no lleguemos jamás á romper los vínculos de esta unión divina, á fin de que la veamos consumarse en Vos por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO XXI.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EFESIOS,
cap. 6. v. 10. 18.

Hermanos: Confortaos en el Señor, y en el poder de su virtud. Vestíos la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo: Porque nosotros no tenemos que luchar contra la carne, y la sangre; sino contra los Principados, y Potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus de maldad en los aires. Por tanto tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y estar

cumplidos en todo. Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos en verdad, y vestidos de la lóriga de la justicia, y teniendo los pies calzados en la preparacion del Evangelio de la paz: Sobre todo abrazando el escudo de la fé, con que podais apagar todos los dardos encendidos del maligno: Tomad tambien el yelmo de la salud; y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Orando en todo tiempo con toda deprecacion, y ruego en espíritu; y velando para esto mismo con todo fervor, y rogando por todos los Santos.

INSTRUCCION.

Los enemigos del nombre christiano trabajan en valde para persuadirnos que un discípulo del Evangelio es un hombre cobarde y tímido, incapaz de grandes empresas, porque el Apóstol San Pablo nos le pinta hoy con unos rasgos que anuncian la no-

bleza y la elevacion de sentimientos que deben animarle, si quiere ser digno de Jesu-Christo. Las obligaciones del Christianismo no consisten en una contemplacion estéril. El verdadero Christiano ha de hacer muchos esfuerzos para conseguir la corona; ha de experimentar resistencias terribles de parte de los enemigos de la salvacion; ha de combatir con armas puramente espirituales á potencias muy temibles; en fin se ha de vestir de la armadura de Dios para estar firme contra las asechanzas del diablo. El Christiano, que hace uso de esta armadura, es un verdadero conquistador. La victoria sobre sus pasiones, y el derecho que adquiere á la inmortalidad, hacen su conquista mucho mas brillante é infinitamente mas sólida que la del mundo entero.

Todos somos llamados, hermanos míos, á sostener los combates del Señor: su exemplo y el tesoro inmenso de su gracia son en algun modo la armería donde nos podemos proveer de todas las armas que son necesarias para nuestra defensa. La oracion hecha con humildad es el medio de pedir las y de obtener-

las, y la vigilancia continua nos hace estar preparados, y nos avisa el tiempo en que se ha de hacer uso de ellas. Por tanto considerad el consejo que nos da el Apóstol sobre esta materia, y dadme atención.

Hermanos, confortaos en el Señor, y en el poder de su virtud. Desgraciado el hombre que se apoya sobre un brazo de carne, según la expresión del Espíritu Santo: desgraciado el hombre que se confía del hombre, porque uno y otro experimentan la debilidad y la impotencia de semejante apoyo. Feliz por el contrario aquel que puede decir como el Profeta: el Señor es mi fuerza, mi refugio y mi esperanza, porque no hay quien pueda resistirle quando tiene á su Dios por su protector y defensa. Por esta causa dice el Apóstol: confortaos en el Señor: es decir, estad siempre unidos á Dios con la docilidad del espíritu, con un corazón fiel, y con una firme esperanza. También quiere que el Christiano se fortifique en el poder de su virtud: es decir, que se renueve en esa gracia invencible que tiene poder de resistir á los ataques del demonio, y sin duda con este designio

dice después: vestios la armadura de Dios, para que podais estar firmes contra las asechanzas del diablo.

El Apóstol en estas palabras intenta persuadir á los fieles, que por su parte no pueden tener jamás las fuerzas que se necesitan para resistir este enemigo: que esta fuerza les ha de venir del cielo, y que deben recibir de la mano de Dios la armadura para que sean, sino invulnerables, á lo ménos invencibles. ¿Pero por qué causa no es el hombre poderoso por sí mismo para rechazar y destruir á su enemigo? Escuchad al Apóstol: nosotros no tenemos que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus de maldad en los ayres. ¿Pero es posible que cada Christiano esté obligado á resistir los Principados y Potestades, quando apenas puede vencer sus inclinaciones y reprimir sus deseos? Esta pintura que nos hace el Apóstol, es á la verdad muy terrible; pero con todo no debemos perder el ánimo y entregarnos á la desesperación, sino que por el contrario, en una cir-

cunstancia tan crítica podemos aplicar-
nos aquellas palabras que el Profeta
Eliseo le decía á su discípulo Giezy,
para fortificarle en el momento que un
Príncipe impio andaba viendo como
podía asegurarse de la persona del Pro-
feta: no temo, le dice, esa muchedum-
bre de soldados que me cerca y me
persigue, porque el número de nues-
tros defensores es mayor y mas pode-
roso; estando Dios con nosotros. Si,
hermanos míos, nosotros tenemos el
mismo recurso para defendernos. ¿De
qué servirá todo el poder del Prín-
cipe de las tinieblas, si observamos con
fidelidad el consejo del Apóstol? Las ar-
mas que nos quiere poner en las manos
son las armas de Dios, estas armas con
que el Arcangel San Miguel venció á
todo el poder del infierno. Por tanto
prosigue el Apóstol diciendo: tomad
toda la armadura de Dios, para que po-
dais resistir en el día malo, y estar
cumplidos en todo; y á fin que co-
nozcamos el uso que debemos hacer de
ella, desciende al pormenor de los di-
ferentes auxilios que nos concede el
Señor.

Estad pues firmes, dice, ceñidos

vuestros lomos en verdad. La verdad
se compara en este lugar á un cingulo,
porque ella ciñe al Christiano que la me-
dita, quando es fiel en observarla. A
qualquiera lado que se vuelva, encuen-
tra siempre la verdad para defenderle;
y á la manera de Jesu-Christo que á
cada tentacion que le presenta el demo-
nio, le opone para rechazarle un lugar
de la Escritura, el Christiano puede á
cada sugestion responder á Satanás: es-
tá escrito, porque todo en efecto ha si-
do escrito para su instruccion. Todas
las tentaciones de su vida han sido pre-
vistas, todos los deseos de su corazon
han sido combatidos: no hay una pa-
sion que no haya sido reprimida por
los motivos de santidad que se nos pre-
sentan en el Evangelio; y el Christia-
no que procura conocer la ley de Dios,
que se impone la obligacion de leerla
frecüentemente, y que alimenta su co-
razon con saludables reflexiones, ya
puede contarse con fuerzas contra el
enemigo de su salvacion. Esta verdad,
que ciñe nuestros lomos, debe estar
acompañada de la lóriga de la justicia,
esto es, de una buena conciencia, y de
una vida irreprehensible. La justicia,

hermanos míos, es inflexible, y no cede por ninguna causa á las miras particulares: la ley de Dios es su regla. Si las pasiones humanas vienen á chocar contra ella, las rompe y las destruye; si el respeto humano la ataca, le rechaza y le vence: si el orgullo se esfuerza para traspasarla con sus dardos, los embota. Esta es la causa que quizá mueve á los enemigos de la virtud para calumniar al justo, que segun ellos es un hombre duro é inflexible; y en efecto, si por naturaleza, y por principios es dulce y caritativo, está lleno de fuerza y de zelo quando se ataca su justicia. Pero esta inflexibilidad ¿á quién debe atribuirse sino á los que quieren triunfar de su virtud? El Cristiano armado de esta manera con la justicia, necesita tambien para resistir de un medio que le da fortaleza para andar por los caminos de la virtud. Por esto dice el Apóstol: que tengamos los pies calzados en la preparacion del Evangelio de la paz. No penseis, hermanos míos, que este consejo toca solo á los Ministros del altar, porque hay un género de predicacion que conviene á todos los Christianos, contenida en las obligaciones que

la fé les impone, y que distingue en alguna manera el Evangelio de paz del Evangelio de verdad. Este último está confiado especialmente á todos aquellos á quienes Dios ha dado el cargo de instruir; por lo qual los Ministros de Jesu-Christo deben ser fieles para anunciarle á los pueblos; los padres deben darle á conocer á sus hijos, y todos los que son depositarios de alguna autoridad, por pequeña que sea, deben asegurarse de que los que viven baxo su dependencia conocen la verdad como ella es: sin embargo todo Christiano debe estar dispuesto para anunciar el Evangelio de paz y de caridad. Sí, todos estan obligados á predicar este Evangelio por medio de la paciencia en las tribulaciones; de la sumision á las órdenes de la Providencia; de la confianza en los designios de Dios sobre nosotros; y finalmente de la mansedumbre en medio de los malos, y de la santidad de su vida entre los escándalos mismos. ¿Y acaso podremos conformar esta idea de paz con la pintura, que nos acaba de hacer el Apóstol, de armaduras y combates? Ah, hermanos míos, el Christiano fiel es

el que puede explicarnos este misterio: él vive en una paz inalterable: resiste sin cesar, goza siempre de la calma de la conciencia, y predica el amor de la virtud á los que mas la detestaban. Sobre todo, abrazad el escudo de la fé, tan terrible para el infierno, por que siempre consigue la victoria.

Todos los Christianos estamos obligados á cimentarnos en la fé; pero todo el que se expone á oír los discursos imprudentes de los libertinos contra la fé, está en un riesgo inminente de perderla: el que debiendo estudiarla en su fuente misma, ocupa el tiempo en esos libros seductores en que la fé se combate con sofismas, con razonamientos filosóficos, y con sistemas mañosamente concertados, es un temerario. ¿Qué débil es en la fé aquel Christiano que permite que á su presencia se ridiculicen con bufonadas los dogmas mas incontestables! ¿Nos admiraremos de que este escudo tan poderoso en los primeros dias del Christianismo, apénas consiga ya una victoria? ¿Cuál es el uso que se hace de la fé? ¿Dónde está el Christiano que honra la fé delante de los hombres? Este escudo, segun el

Apóstol, es poderoso para apagar todos los dardos encendidos del maligno. En estas palabras se explican admirablemente los efectos que producen las tentaciones, las cuales son á manera de una centella que abrasa, segun la expresion de la Escritura, un grande bosque, y como una nube ligera, que levantándose del mar de este mundo, produce una lluvia abundante, y forma un torrente que arrastra en pos de sí el corazon mas firme. En efecto, hermanos míos, es preciso que la fé sirva de dique á estos torrentes, y que como un escudo reciba las centellas, y las apague: es preciso que un Christiano se valga continuamente de su fé, para defender su corazon de la sed de las riquezas, del atractivo de los honores, del encanto de los placeres, del fuego de la cólera, y del veneno de la envidia: es preciso que la fé le haga penetrar por entre las dulzuras que le ofrece cada pasion, el peligro que le oculta: que quando el demonio le mueve para desear los bienes de este mundo, la fé le descubra su inestabilidad, y su inutilidad para otro tiempo: que quando quiere encender su ambicion y

su orgullo, ella le haga mas zeloso de ser escrito en el libro de la vida, que de vivir en la memoria de los hombres: en fin, que le muestre en una satisfaccion pasagera una eternidad de sentimientos y de penas.

Todo Christiano que hace uso de la fé, conoce la fuerza de estas verdades; pero como ésta no es la única virtud que puede defenderle, el Apóstol hace de la esperanza un yelmo de salud. Nada eleva mas al hombre, y le acerca mas á su fin que esta virtud preciosa: nada le hace mas formidable al poder de las tinieblas, que la firmeza con que espera los bienes futuros: ninguna otra cosa es capaz, dice San Juan Chrisóstomo de contentar y lisongear en la tierra al Christiano que hace de la bienaventuranza el objeto de sus deseos. Todo lo encuentra en este solo pensamiento: él es rico en aquel Señor de quien proviene toda gracia excelente, y todo don perfecto: es feliz porque saluda desde lejos su patria: goza de la paz en medio de las contradicciones, porque su corazon es superior á todos los objetos que le cercan; y para conservarse en estos pen-

samientos, toma en la mano la espada espiritual, es decir, la palabra de Dios, que es el último medio de defensa que le indica el Apóstol. En efecto, esta palabra es la espada de dos cortes, que separa al hombre terreno y carnal del hombre espiritual y divino, y que mata al hombre viejo, con todos sus deseos, y protege al hombre nuevo. ¿Qué podremos añadir á todo esto, sino el consejo con que el Apóstol acaba la Epístola? Orando en todo tiempo, con toda deprecacion y ruego en espíritu, y velando por esto mismo con todo fervor, y rogando por todos los Santos.

Christianos, invocad pues á Dios en todo tiempo, porque él es quien nos ha de proveer de todo género de armas: ya que sois sus soldados, sabrá dar á vuestro brazo todo el vigor necesario para defender su causa. Orad en todo tiempo, porque no hay un momento en que el demonio no trabaje para seduciros: orad con toda deprecacion y ruego en espíritu, es decir, que como cada circunstancia os presenta nuevas necesidades, cada una de ellas exige nuevas oraciones. No digamos en adelante que no sabemos que decir á

Dios, que estamos secos y áridos en su presencia, y que nuestro espíritu se entrega á todo género de distracciones, porque no hay un momento de tentación, que no pueda inspirarnos las súplicas mas eficaces, si consideramos atentamente el peligro á que estamos expuestos. Orad con todo fervor, pero velad al mismo tiempo, porque el defecto de atención en la oración prueba que nuestro corazón no está separado como corresponde del tumulto de los negocios, para pensar, como es justo, en nuestras propias necesidades.

Dios mio, haced que nuestra vigilancia y nuestra oración tengan un carácter de estabilidad, ya que el enemigo de todo bien anda siempre al rededor de nosotros para atacarnos y perdernos: vestidnos de vuestra armadura para estar firmes contra sus asechanzas: concedednos, Señor, una firme perseverancia, que nos merezca una recompensa eterna. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 18. v. 23. 35.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: El reino de los Cielos es comparado á un hombre Rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos. Y habiendo comenzado á tomar las cuentas, le fué presentado uno, que le debia diez mil talentos. Y como no tuviese con que pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, y su muger, y sus hijos, y quanto tenia, y que se le pagase. Entónces el siervo, arrojándose á sus pies, le rogaba, diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré. Y compadecido el Señor de aquel siervo, le dexó libre, y le perdonó la deuda. Mas luego que salió aquel siervo, halló á uno de sus consiervos, que le debia cien denarios: y travando de él, le queria ahogar, diciendo: Paga lo que me debes. Y arrojándose á sus pies su compañe-

ro, le rogaba, diciendo: Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. Mas él no quiso: sino que fué, y le hizo poner en la cárcel, hasta que pagase lo que le debía. Y viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho: y fueron á contar á su Señor todo lo que habia pasado. Entonces le llamó su Señor, y le dixo: Siervo malo, toda la deuda te perdóné, porque me lo rogaste: ¿Pues no debias tú tambien tener compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Y enojado su Señor le hizo entregar á los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debía. Del mismo modo hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de vuestros corazones cada uno á su hermano.

INSTRUCCION.

Acabais, hermanos míos, de oír un Evangelio muy sensible, y de gran-

de interes para vosotros. La Iglesia se penetra de dolor al considerar el trato duro que recibe de los siervos crueles é ingratos, que olvidándose de que pertenecen á un Señor indulgente y misericordioso que los va sobrellevando, y los tolera, se vengan de la menor ofensa hasta que han saciado todo su furor. Ella para contenerlos les grita por la boca de sus Ministros, diciéndoles estas palabras del Evangelio: ¿pues no debias tú tambien tener compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Pero cuáles son los efectos que producen estas advertencias caritativas? Las mas veces no sirven sino para exasperar el resentimiento, y despertar la ira. Si, hermanos míos, esto es lo que nos desconsuela quando interponemos nuestro ministerio para reconciliaros con vuestros hermanos. No hay pecadores tan endurecidos y obstinados como los vengativos. Un voluptuoso se avergüenza á lo ménos de sus desórdenes, y un intemperante llora con frecuencia su flaqueza; pero un corazón donde reyna el resentimiento y la venganza, encuentra siempre pretextos para solapar la injusticia de sus disposiciones crueles.

Dios mio, ¿qué fruto podré yo esperar de este discurso, quando no tiene otro objeto que hacer humildes y benéficas las almas, donde reyna el ódio y la enemistad? No se me oculta, hermanos míos, que apenas hay en este instante uno entre vosotros que no tenga alguna enemistad en el corazón; y así voy á hablaros del perdón de las injurias, valiéndome para persuadirlos de una parábola que ha dictado la Sabiduría misma; pero no dexo de conocer tampoco, que al mismo tiempo que cada uno apruebe la solidez de mis razones y fundamentos respecto de su hermano, no dexará de buscar para excusarse los pretextos mas frívolos. Señor, ¿será esta razon capaz de imponerme silencio? No, voy á tomar á mi cargo la defensa de la caridad, y por tanto imploro vuestra gracia: vosotros, hermanos míos, pedid también á Dios que os abra el corazón para recibir unas verdades tan importantes.

No creo que sea necesario advertiros, que quando el reyno de los Cielos se nos representa en el Evangelio baxo la figura de un Señor, de un Padre de Familias, ó de un Rey, se ha-

bla siempre de Dios, y que por consecuencia nosotros somos, ó sus hijos, ó sus siervos, ó sus vasallos. El Rey de que se nos habla hoy, quiso entrar en cuentas con sus siervos. Este día debe ser muy terrible para los que no hayan sido fieles en su administración, como lo será para cada uno de nosotros, si no usamos santamente de las gracias de nuestro Dios. Todos los días llega, hermanos míos, este terrible momento en que el Señor debe tomarnos cuenta, y por tanto corresponde, que vivamos siempre preparados, para podérsela dar con exactitud. Considerad, que pertenecéis á un Dios riguroso, que debe pesar en el peso de su Santuario las palabras mas indiferentes, los pecados mas leves, y las omisiones menos considerables, y que no podeis vivir tranquilos, sin exponeros á la desgracia que acaeció hoy al siervo del Evangelio.

Habiendo, en efecto, comenzado á tomar las cuentas, le fué presentado uno que le debía diez mil talentos. ¿Qué deuda esta para un siervo! Jesu-Christo no le supone deudor de una cantidad tan enorme, sino para darnos á cono-

cer en la miseria de este hombre la necesidad de que Dios nos perdone nuestros pecados: en la compasion que muestra el Señor de aquel siervo, la prodigiosa facilidad de nuestro Dios para perdonarnos, y en la crueldad de este mal deudor, la injusticia de que nos hacemos reos, quando rehusamos olvidar una injuria. ¿Qué debemos nosotros, hermanos míos, al Soberano Señor? No pregunto si somos deudores á su misericordia de tantas gracias ofrecidas y despreciadas, de tantos auxilios como nos ha presentado á cada momento, sino si los somos á su justicia. Todavía no hemos finalizado nuestra administracion, y quizá debemos ya diez mil talentos, es decir, quizá con nuestros pecados hemos traído sobre nuestras cabezas tesoros de cólera. Dios mio, quando considero que me habeis de pedir una cuenta estrecha, entro yo dentro de mi corazon, y recorriendo sus mas ocultos senos, reconozco que soy uno de los mayores deudores. Sí, Dios mio, así lo conozco y lo confieso. Hace mucho tiempo que vuestra misericordia me convida, y que yo la desconozco: que vuestra justicia

me amenaza, y que la desprecio: que me espera vuestra paciencia, y que la canso: que vuestra Providencia me sostiene, y que abuso de sus gracias: en fin que vuestra verdad me ilustra, y que quiero vivir en las tinieblas. Señor, basta, basta: poned límites á vuestra bondad, porque la pobreza mia es tan grande, que nada tengo para poder pagar una deuda tan crecida. ¿Podré lisongearme de haber hecho alguna cosa que corresponda á vuestra infinita misericordia? Christianos, clamad conmigo á vuestro Dios, confesad vuestras deudas, y esperad con firmeza, que sin duda tendrá misericordia de vosotros. El siervo del Evangelio debia una suma de mucha consideracion, y no tenia recurso para pagarla: su miseria era tan grande que el Señor, para reintegrarse de los fondos que este siervo infiel habia disipado, mandó que fuese vendido él, y su muger, y sus hijos, y quanto tenia, y que se le pagase.

Esta conducta del Señor parece severa; pero ella es justa. Esta es tambien, hermanos míos, la conducta que tendrá con nosotros aquel Señor que se

reviste del título del Dios de las venganzas. Es verdad que podemos contar con su misericordia; pero debemos temer su justicia, porque castigará severamente los pecados mas leves, y las omisiones que nos parecen de poco momento. Pero es posible que vivis tan tranquilos estando tan cargados de pecados, y á punto de que la Divina Justicia pronuncie la sentencia terrible? Corred, y echaos prontamente á los pies de este Señor para mover su corazón. Considerad, que este paso le traxo el perdón al siervo del Evangelio. ¡Ah, si hubiera sabido aprovecharlo! El conoce á su Señor, naturalmente bueno y compasivo: él sabe que la sentencia que acaba de pronunciar, no procede de un alma cruel y sanguinaria: él sabe que un corazón que se reconoce culpable, que se humilla, que detesta sus faltas, tiene derecho á la indulgencia y al perdón; y así le ruega, y le dice: Señor, espérame, que todo te lo pagaré. Esta sola palabra basta, hermanos míos, para que se reforme la sentencia. El Señor al instante olvida la dispacion y la rapiña de este siervo infiel, le perdona la deuda; y este hombre infeliz

se ve libre, por la generosidad de su dueño, de la vergonzosa esclavitud que le amenazaba.

Todo, en verdad, es prodigioso en esta parábola: un siervo cargado de deudas y de miserias, y un Señor incomprehensible en sus juicios, como en sus misericordias, que castiga con rigor, y que perdona todavía con mas facilidad, nos llevan toda la atención; pero un prodigio mas admirable va á excitar nuestra ira contra este siervo ingrato y cruel.

Este hombre acaba de oír la sentencia de absolucion y de gracia, que sale de la boca de su Señor: se levanta de sus pies asegurado sobre los testimonios de paciencia y de bondad con que le trata, pensando, sin duda, en el peligro á que habia estado expuesto, y en la remision inesperada de una deuda tan crecida, quando halló á uno de sus consiervos que le debía cien denarios, y trabando del, le queria ahogar, diciendo: paga lo que me debes. ¡Qué pronto se olvida este hombre desgraciado del beneficio que recibe de su Señor! Su compañero, arrojándose á sus pies, le rogaba diciendo: ten un

poco de paciencia, y todo te lo pagaré. Estas eran las mismas palabras que él habia dicho á su señor, y que le merecieron el perdón de su deuda, sin embargo de la enorme diferencia respecto á la de su compañero. Mas él no quiso: sino que fué y le hizo poner en la cárcel hasta que pagase lo que le debía.

Aquí, hermanos míos, debeis fixar toda vuestra atención. ¡Ah, cuántos malos siervos abusan de la bondad del Señor, solo para manifestar á sus hermanos los efectos de su indignacion y resentimiento! Hay en el Christianismo dos suertes de personas que pecan contra el grande precepto del perdón de las injurias. Los unos no quieren absolutamente perdonar, y los otros perdonan con tantas trabas y reservas, que mas bien pueden mirarse sus disposiciones interiores como continuacion de la querrela, que como perdón. Los que no quieren perdonar se valen para justificarse de la gravedad de la ofensa. La injuria, dicen, que se me ha hecho es tan grande, que para olvidarla, seria preciso carecer de todo sentido. ¿Y será justo que mis amigos,

y quantos me conocen, me tengan en el concepto de un hombre cobarde, al verme sufrir mi afrenta con tanta paciencia?

Otros ponderan la dificultad del perdón: no es fácil, dicen, sujetar las inclinaciones de la naturaleza: un sentimiento interior me está excitando á la venganza, y así hasta que pueda desahogarme con mi enemigo, y hacerle sentir el agravio que me ha causado, tendré dentro de mí un torcedor que me quitará el sosiego en todos los momentos del día, y me importa mucho calmar esta agitacion.

Otros, en fin, nos hacen presentes los peligros á que se ven expuestos, si perdonan. ¿Será posible, dicen, guardar silencio quando me han ultrajado y calumniado con tanto descaro? Esto sería dar armas contra mí á mis enemigos, y estar expuesto todos los días á nuevos ultrages: no, la paciencia no sirve para estos casos, porque el hombre, á quien se le trata bien, y se le perdona con facilidad, se hace mas impetuoso y temerario.

¿Qué diré yo ahora para desvanecer estos diferentes pretextos? ¿Os di-

ré, que el perdón de las injurias pasa en el mundo por una grandeza de alma, y que se puede olvidar un agravio, sin exponerse á las sospechas de cobardía? Os diré, que no resiste á la naturaleza el perdón del enemigo, y que una inclinacion natural nos dicta interiormente este amor? Os diré, que el callar á la presencia de los malos, es el medio mas seguro para contener la malignidad de sus esfuerzos? Ah! no quiero, hermanos míos, establecer principios, que la experiencia desmentiria inmediatamente: me contentaré con deciros, que debéis imitar la clemencia de vuestro Dios, si quereis ser considerados como siervos fieles, y tener con vuestro hermano la conducta que el Señor tiene siempre para con vosotros. Os diré tambien para animaros, que perdonándoos vuestro Dios, se expone á todas las afrentas é inconvenientes que vosotros mismos temeis. En efecto, temeis la sospecha de cobardía, é insensibilidad; pero decidme: la paciencia infinita de un Dios, que tolera vuestros desórdenes de qualquier naturaleza que sean, ¿no lleva todos los dias á los impíos á creer que no sien-

te los ultrages que recibe, ó á decir que es demasiado débil para vengarlos? Teméis la violencia que ha de sufrir la naturaleza para perdonar; ¿pero nada cuesta á la justicia de vuestro Dios el detener su brazo que iba ya á descargar el golpe? Teméis los nuevos insultos y afrentas que pudierais recibir; ¿pero la grande misericordia de Dios no se expone diariamente á nuevas ofensas de los pecadores? En una palabra, no tendrá derecho por todos títulos para deciros; ¿pues no debias tú tambien tener compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Esto es, hermanos míos, lo que respondo á la primera clase de Christianos que rehusan perdonar.

Hay otra clase de vengativos, mas moderados en la apariencia, y quizá mas peligrosos, y son los que para ponerse al abrigo de los cargos y reprehensiones que pudieramos hacerlos, nos dicen: ya hemos perdonado, y no tenemos vestigio de rencor con nuestro enemigo. No contentos con esto, y para persuadirnos de la sinceridad de sus disposiciones, nos hablan siempre con mil frases y palabras equívocas: cayga

sobre mí, dicen, todo el mal que yo le deseo; pero sin embargo, no quiero verle, porque no sé, si segun mi genio pudiera reportarme, si se atreviese á ponerse en mi presencia: no quiero vengarme; pero si me viniese á la mano una ocasion en que pudiera hacerle experimentar mi resentimiento, no sé yo si podría ser dueño de los primeros movimientos de la ira: en fin lo mejor es cortar toda comunicacion, en inteligencia, que si por una parte no envidio su fortuna, ni me intereso en su bien estar; por otra no me siento con fuerzas para poder obligarle.

Esta es la disposicion interior de esos Christianos tan generosos en la apariencia en el sacrificio que hacen á Dios de una injuria. ¿Qué importa que nos den tantas seguridades de la verdadera disposicion de su corazon, si llegando á la experiencia, reconocemos que los ódios paliados y secretos tienen á las veces consequencias mas funestas que los altercados y querellas mas vivas? He dicho que esta suerte de vengativos era mucho mas temible, y en efecto lo son, porque se creen irreprehensibles á los ojos de Dios, y

porque comunican con una prodigiosa facilidad su ódio y sus resentimientos. Un vengativo que se da á conocer, y se declara, encontrará pocos partidarios que quieran ser instrumento de su venganza; pero estos otros, exponiendo sencillamente los daños que han sufrido, y con un rasgo satírico y mordaz, sazonado aparentemente de caridad y de dulzura, disponen, por decirlo así, de los corazones, y se hacen otros tantos cómplices de su rencor, como tienen confidentes de sus penas.

Hermanos míos, importa poco que deis á esta funesta disposicion el bello nombre de perdon de las injurias, porque en realidad sois los imitadores de ese siervo ingrato y desnaturalizado, que trata á su compañero con tanta dureza, quando él habia merecido tanta piedad; y qualquiera que tenga algun tanto de humanidad, y de religion, descubrirá siempre baxo el exterior de moderacion, la malignidad y el ódio mas envenenado y mas cruel.

El Evangelio dice: que viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fué-

ron á contar á su Señor todo lo que habia pasado, pidiendo venganza contra un proceder tan ingrato, y ageno de razon. El Señor le llama inmediatamente, y es tan terrible en el castigo, como habia sido misericordioso en el perdon. Luego que se presenta, le representa toda la enormidad de su delito, y le dice: siervo malo, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste, ¿es este el uso que has hecho del exemplo que te he dado? ¿Has podido olvidar, viendo á tu compañero postrado delante de tí, pidiéndote espera, la conducta que yo tuve contigo? Dime, luego que tú te postraste, y me pedistes misericordia, ¿no te remití la deuda? ¿No te hablaban en favor de tu deudor la equidad, la humanidad, la compasion y el reconocimiento? ¿No te gritaban estos deberes, que con un hombre semejante á tí debias tú tener la misma consideracion que yo tuve contigo? En fin, ¿no debias tener compasion de tu compañero como yo la tuve de tí?

¿Qué cargos tan fuertes, hermanos míos! ¿Será tal la dureza de vuestro corazon que pueda resistirlos? Christianos, olvidaos por un momento que

hablo yo en esta instruccion, y suponed que os hallais en la presencia de vuestro Dios, y que os dirige las mismas palabras que Jesu-Christo pone en la boca de este Rey. Pecadores, os dice, ¿no he perdonado todas vuestras deudas? Quando os habeis postrado á mis pies, cargados de iniquidades y de mil desórdenes, ¿no he satisfecho vuestros deseos, luego que habeis implorado mi bondad? En el momento que me habeis pedido misericordia, ¿no he baxado la mano que tenia levantada para castigaros? ¿No he borrado y olvidado todas vuestras culpas? Vuestro hermano ha cometido contra vosotros alguna falta; ¿pero guarda por ventura proporcion á las que yo os he perdonado? Os ha despreciado un orgulloso: os ha desacreditado un maldiciente: os ha hecho todo el mal posible un envidioso: un ingrato ha olvidado vuestros beneficios; ¿pero no habeis pecado mil veces de infidelidad, de ingratitud, y de injusticia? En estos casos ¿no ha olvidado mi amor todos los agravios? ¿No soy yo el primero que os he dado el exemplo del perdon? Mirad, yo no exijo de vosotros otra cosa que este sa-

crificio, como el testimonio mas evidente de vuestro reconocimiento, y de vuestro amor. Decidme, ¿qué placer, y qué utilidad podeis encontrar en la venganza? La naturaleza misma no grita en favor del ofensor? ¿Mi paciencia no grita tambien para recordarnos, que debeis tener con él la conducta que yo tuve con vosotros? Despertad de vuestro letargo, y considerad los castigos eternos que vendran sobre los vengativos. ¿Merece tan poco aprecio esa alma, que he criado á semejanza mia? Volved, volved sobre vosotros, Christianos, y no queráis deshonrar á vuestro Padre celestial.

Pero, hermanos míos, temamos los efectos de la venganza de nuestro Dios: ved la sentencia que pronuncia el Señor del Evangelio contra el mal siervo, la qual solo nos da una breve idea de la que pronunciará aquel Señor, á quien está reservada la venganza contra todo el que le usurpe sus derechos. Enojado su Señor, dice el Evangelio, le hizo entregar á los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debia. Temblad, al oír ahora la sentencia que Jesu-Christo pronuncia contra todos:

del mismo modo hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de vuestros corazones, cada uno á su hermano. Sí, Christianos, este es el carácter distintivo del perdon. Si no teneis para con vuestro enemigo el sentimiento interior de indulgencia, de caridad y de misericordia que exige la fé, no habeis ciertamente perdonado de vuestro corazon. ¿Pero por ventura os anuncio aquí una moral demasiado severa? ¿os prescribo máximas impracticables? ¿doy mas extension á este precepto de la que conviene? No, Dios mio, yo anuncio con seguridad esta moral, porque vos mismo la habeis enseñado. No permitais jamas que por una cobarde indulgencia favorezcamos los secretos resentimientos del pecador: vuestra ley es terminante en este punto, y qualquiera de vuestros Ministros que se atreviese á debilitarla, ni en un ápice, sería digno ciertamente de ser borrado del libro de la vida.

Sí, Dios mio, vuestra ley me ha enseñado, que debo perdonar, no con palabras, sino con los efectos mas sensibles. ¿En dónde estan, Dios mio, mis enemigos? Dádmelos á conocer, no

para que sientan mis resentimientos y mis venganzas, sino para prevenirlos, para servirlos, y para obligarlos; probad, Señor, vos mismo, estas disposiciones de mi corazón, y dadme la fuerza que necesito para que pueda ser fiel al precepto del amor. ¡Ah, de qué gran precio será este sacrificio en el día de las venganzas! No considero, Señor los agravios que me han hecho los hombres, solo pienso en mis pecados; pero pues que por mi parte les he perdonado, y les he dado todo mi amor, perdonadme también mis culpas, y colmadme de vuestras misericordias eternas. Así sea.

DOMINGO XXII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS.
cap. 13. v. 1. 8.

Hermanos: Toda alma esté sometida á las potestades superiores: Porque no hay potestad, sino de Dios: y las que son, de Dios son ordenadas. Por lo qual el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios: y los que le resisten, ellos mismos atrahen á sí la condenacion. Porque los Príncipes no son para temor de los que obran lo bueno, sino lo malo. ¿Quieres tú no temer á la potestad? haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella: Porque es Ministro de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme:

porque no en vano trae la espada: pues es Ministro de Dios: vengador en ira contra aquel, que hace lo malo. Por lo qual es necesario, que le esteis sometidos, no solamente por la ira, mas tambien por la conciencia. Por esta causa pagais tambien tributos: porque son Ministros de Dios, sirviéndole en esto mismo. Pues pagad á todos lo que se les debe: á quien tributo, tributo: á quien pecho, pecho: á quien temor, temor: á quien honra, honra. No debais nada á nadie: sino que os ameis los unos á los otros: porque el que ama á su prójimo, cumplió la ley.

INSTRUCCION.

No sucede con la ley Evangélica lo que acontece con las que establecen los sabios de todas las naciones. En las leyes humanas ni se prevee todo, ni todo se presenta con la misma claridad. En unas no se explican ciertas circunstancias que son esenciales,

y en otras no hay penas determinadas para los delitos, de modo que sus comentadores estan por ésta causa en una incertidumbre peligrosa. La ley de Jesu-Christo no tiene que temer estos cargos: el Soberano Legislador ha sacado sus preceptos de una sabiduría divina: todo lo ha previsto, y lo ha explicado: á la letra que manda, añade el motivo que determina: al motivo la gracia que da poder para obrar: y á la gracia la recompensa eterna. Por esta causa decia uno de sus Apóstoles, que sus mandamientos no eran gravosos.

En la Epístola de este dia nos presenta la Iglesia una prueba sensible de esta verdad. El Reyno de Jesu-Christo ni es de este mundo, ni se ha establecido á expensas de los Reyes temporales, á quienes protege. Uno de los preceptos de su ley es la subordinacion que debe ligar esencialmente al Rey con su pueblo, al Príncipe con sus vasallos, y al Magistrado con los que estan baxo de su jurisdiccion. De este precepto ha hecho la primera de las obligaciones que se refieren al prójimo, haciéndonos cono-

cer los riesgos á que está expuesto el que desprecia las autoridades legítimas; y por esto el Apóstol reúne en esta sola Epístola todos los caracteres, y las ventajas de una sabia subordinación. Voy pues, hermanos míos, á hablaros del respeto y del amor que tiene derecho á exigir de nosotros el Príncipe que nos gobierna. Sé muy bien que no tenéis necesidad de instrucciones sobre esta materia; pero á lo ménos no será fuera de propósito el daros una idea de toda la extensión de que es susceptible esta obligación.

El Apóstol en la Epístola de este día presenta á los Romanos como un precepto indispensable la sumisión á las Potestades superiores. Aunque toda alma esté sometida sin excepcion alguna, conviene saber que la feliz libertad de los hijos de Dios no consiste en sacudir el yugo de la autoridad, sino en llevarle con sumisión y con paciencia, porque si esto era ya una obligación ántes de la ley, se ha estrechado todavía mucho mas con el precepto formal del Evangelio. Los apologistas de la religion christiana se valian de esta idea para mitigar las per-

secuciones de los Emperadores, y probaban de una manera invencible que los Príncipes no tenían soldados mas valerosos en sus exércitos, ni Ministros mas sabios en su Palacio, ni Jueces mas íntegros en sus tribunales, ni ciudadanos mas útiles en sus pueblos, ni vasallos mas fieles en toda la extensión del imperio que los primeros Christianos. El motivo poderoso que los estimulaba á cumplir todas estas obligaciones lo designa hoy el Apóstol diciendo: no hay potestad sino de Dios. En efecto por él llevan los Reyes el cetro y la diadema; ellos exercen la autoridad de Dios y le representan entre nosotros; pero esta magestad temporal que tanta influencia tiene en sus vasallos, solo es una débil imagen de la Magestad de Dios, y explica de un modo muy imperfecto el sentimiento de temor, de confusion y de abatimiento que experimentarán los pecadores, quando Dios se manifieste en el día de su indignacion y de su ira. Nosotros pues debemos mirar á los Reyes, como imágenes de la Divinidad. Ellos son los Dioses de la tierra, establecidos por el Dios del cielo para hacer que se respete

su autoridad y su poder, por lo qual dice el Apóstol: el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios.

El hombre necesita siempre una autoridad que le guie, porque de otro modo se gobernaria por su capricho y sus pasiones. ¿Qué desórdenes, hermanos míos, reynarian en el mundo, si cada uno se ordenase sus leyes, y se rigiese por su voluntad y su gusto? La diversidad de caracteres que produce ya una tan grande variedad de opiniones y de sistemas, produciria bien pronto una confusion y un desorden imposible de imaginar. La autoridad del Príncipe contiene, y fixa esta variedad, previene el choque de las pasiones, y mantiene en la sociedad una armonía que si no esta libre del todo de agitaciones, á lo ménos lo está de grandes peligros é inconvenientes. Desgraciados de aquellos que turban esta armonía entre los hombres, porque como dice el Apóstol, ellos mismos atraen á sí la condenacion: en efecto serán castigados con aquellas penas á que son acreedores los que se rebelan contra una autoridad suprema, que sacuden el yugo de una dependencia esencial, y que

quieren tenerselas contra el mismo Dios.

El Apóstol despues procura atraer á los Christianos haciéndoles presente su interes temporal: los Príncipes, dice, no son para temor de los que obran lo bueno, sino lo malo. ¿Quieres tú no temer á la Potestad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; mas si hicieses lo malo, teme. Un vasallo cuya conducta se arregla en todo á las leyes de la nacion en que vive, que no turba el orden de la sociedad, que contribuye segun sus fuerzas para atender á las necesidades públicas; éste tal no está en realidad sujeto, sino que vive baxo la proteccion de las leyes; y si algun usurpador intenta violar su territorio, acude prontamente para defenderle. En un gobierno pacifico como éste, en que por fortuna vivimos, puede asegurarse que un vasallo que ama y respeta á su Príncipe, que no contradice sus leyes, y que paga puntualmente, y sin murmurar los impuestos y subsidios, nada tendrá que temer, y encontrará siempre en su bondad, y en la justicia de sus Ministros y Magistrados toda la proteccion y amparo de que necesite. Pero tendrá la misma

suerte en un gobierno injusto, donde el Príncipe siga el impulso de sus caprichos y pasiones; en un gobierno sanguinario, donde el Monarca cifre todo su gusto en la destruccion de sus vasallos mas fieles; en un gobierno débil, en que solo mande la voluntad de unos Ministros estúpidos, sin carácter, sin amor á la patria y sin temor de Dios? Podrán tener los hombres un ápice de seguridad en semejantes gobiernos? No temerán siempre que les sorprehenda la mano de un poder tan violento? Si, hermanos míos, pero nosotros no debemos considerarnos en este caso, porque tenemos un Príncipe que es el Padre de todos sus pueblos, y carecemos de esas leyes arbitrarias que son el azote de la humanidad. El Apóstol vivía en tiempos de persecucion, y hablaba á los Romanos; es decir, á un pueblo sometido á Príncipes idólatras, y enemigos del nombre christiano; pero con todo les dice: que si hacen lo bueno, no teman á la Potestad; porque si el Príncipe fuese tan injusto que oprimiese á sus vasallos á expensas de la justicia, el Rey de los Reyes sabrá castigar el abuso que ha-

ga de la autoridad: y recompensar al oprimido.

Los Reyes, hermanos míos, exigen con justicia nuestro amor y nuestra fidelidad. Ellos son los Ministros de Dios, el qual ha puesto entre sus manos una parte de los derechos que tiene sobre nosotros, y así somos propiamente suyos, por casi tantos titulos como somos de Dios; porque en efecto las relaciones son las mismas. Dios nos ha criado, y el Príncipe tambien crea en alguna manera nuestra fortuna con los privilegios que nos concede, con las leyes que establece para defensa de nuestras propiedades, y con los auxilios que nos procura para fomentar nuestra industria, á fin de adquirir con ellos el sustento necesario. Dios nos conserva, y el Príncipe tambien nos protege con el exercicio de su justicia que confia á los Ministros y Magistrados. Dios nos anima para obrar bien con el atractivo de las recompensas, y el Príncipe, favoreciendo aquellas empresas que miran al bien público, exercita este ministerio de beneficencia y misericordia. Dios nos amenaza ó nos castiga si obramos el mal, y el Apóstol

nos dice: que no en vano traen los Príncipes la espada. Por todos estos motivos debemos á los Príncipes toda sumision y obediencia, no aquella que se funda en una cobarde timidez, sino una obediencia generosa, que se determina por los principios de justicia que dicta la conciencia misma. Si queremos, hermanos míos, oír á la conciencia, ella impondrá silencio á todos los movimientos sediciosos que el descontento forma en el corazón: ella arreglará las conversaciones y desterrará esa malignidad que interpreta las intenciones del Príncipe y de sus Ministros; que examina curiosamente sus acciones y sistemas; que juzga sin miramiento, y sin respeto; que pondera y aumenta las flaquezas que son inseparables de la humanidad, y que infunde en el espíritu de los vasallos una fermentacion peligrosa contra los principios de subordinacion que tanto recomienda el Apóstol, nacida por lo regular de la necesidad de pagar los impuestos. El nombre solo de impuesto es bastante para que se rebele el espíritu del interes; y de aquí proviene que los malos vasallos procuran substraerse de

esta ley, y que murmuran quando pagan la parte que les toca. Si por que lo exigen las necesidades del Estado, se aumentan estas contribuciones, no tienen término los clamores y las quejas; pero no es esta la conducta que corresponde á los Christianos. Hermanos míos, debemos tener presente que, como dice el Apóstol, el Príncipe es el Ministro de Dios, y que **baxo** esta qualidad puede tomar de nuestros bienes aquella parte que le inspire su sabiduría, como que conoce mejor que nosotros las necesidades del Estado: que su encargo es el de proveer á ellas, y que no puede ejecutarlo sino imponiendo contribuciones proporcionadas á nuestros medios: que si se consultase á cada individuo del Estado sobre la carga que puede llevar, apenas resultaria del concurso de todos lo necesario para subvenir á los gastos mas indispensables; y que aun quando se llegase á averiguar que los que representan al Príncipe en la execucion de los impuestos, abusaban de su autoridad, y sorprehendian su religion para sobrecargar al pueblo y enriquecerse con la substancia del pobre, todavía ésta no

sería razón suficiente para sacudir el yugo; porque Dios puede servirse del Rey, que es su Ministro, así para castigarnos, como para protegernos; y porque los inconvenientes que resultan de las imposiciones, aun de las ménos proporcionadas á las fortunas de los ciudadanos, no tienen comparacion alguna con los inconvenientes y desastres que trae consigo una revolucion.

Un Christiano dócil hace á Dios el sacrificio de la contribucion que á su parecer se le impone con injusticia. Ah, si hubiera muchos Christianos fieles! Entónces no serian los tiempos tan calamitosos: el Príncipe encontraría siempre los auxilios de que tuviese necesidad, y Dios mismo llenaria de bendiciones nuestros bienes.

Concluyamos pues con el Apóstol, ó por mejor decir, con Jesu-Christo, diciendo: pagad á todos lo que se les debe: á quien tributo, tributo: á quien pecho, pecho: á quien temor, temor: á quien honra, honra: pagad el impuesto quando se presentan los recaudadores: temed á los Príncipes y Magistrados, y dadles en todo tiempo el honor que se les debe. No disputéis,

si es lícito substraerse de los impuestos generales, y ocultar, y entrar por alto los géneros y efectos que estan gravados con algunos derechos; absteneos de discurrir sobre la administracion de las rentas, y sobre el uso que se hace de ellas, porque suponiendo que no sea conforme á los designios de la nacion, y á los fines á que deben aplicarse vuestros discursos, no solo no remedian los males, sino que los exasperan. En estos casos la sumision y la oracion son medios mas cortos y seguros para prevenir los abusos y conseguir su reforma. La caridad, hermanos míos, no puede sufrir tantos discursos imprudentes producidos por la ignorancia, y fomentados por la codicia, los quales atacan las obligaciones mas esenciales de la subordinacion y del respeto.

El Apóstol San Pablo, para probarnos el estrecho enlace que tiene la subordinacion con la caridad, nos dice: no debais nada á nadie, sino que os ameis los unos á los otros. Es verdad que el Príncipe baxo la autoridad de Dios, es el Señor, y el Padre de sus vasallos; pero tambien lo es, que los

vasallos baxo la autoridad del Príncipe son los hijos de un mismo Padre, que deben conservar entre sí la union fraterna que mantiene la paz; que deben cumplir unos con otros las obligaciones de humanidad, de tolerancia, y de conmiseracion que les prescribe la conciencia: que deben exhortarse mutuamente á la subordinacion, al respeto, y al amor para con sus Soberanos; y que deben asimismo esforzarse, quando algunos de sus hermanos quieran evadir las reglas de la conciencia, para volverlos á entrar en el cumplimiento de sus obligaciones por todos aquellos medios que sugiere la prudencia y la caridad.

Acordemonos sobre todo, que el que ama á su próximo cumplió la ley; esto es, la ley de la conciencia que nos muestra en el próximo á nuestro semejante, y que nos inspira ácia él los mismos sentimientos que tenemos por nosotros mismos. La ley de la sociedad manda que todos los miembros que la componen se auxilién mutuamente, y que participen de las penas que afligen el cuerpo; pero esta obligacion la impone principalmente la ley de Dios,

porque habiéndonos creado á todos para un mismo fin, quiere que andemos por el mismo camino con la mayor armonía. En esta máxima teneis un medio poderoso para sondear vuestro corazon sobre el cumplimiento de la ley: todo lo que ofende de qualquiera manera esta unidad de sentimiento, de voluntad y de deseo: todo lo que altere los principios de dulzura, de conmiseracion y de humanidad que deben unir á los Christianos entre sí, es una violacion expresa de esta ley.

Dios mio, grabad en nuestros corazones esta ley de caridad! Haced que estas verdades, que han sido el objeto de mi discurso, se conozcan y se observen con la mayor fidelidad por todos mis oyentes: que el Príncipe que nos gobierna asegurado de nuestro amor halle siempre en nosotros esa subordinacion racional y justa que exige la religion. Presidid vos mismo á la sabiduría de sus consejos, conservad su persona, y proteged su pueblo: haced que vuestra santa religion sea el gran recurso de su Estado, y el adorno mas rico y brillante de su diadema: que

os tema, que os sirva, y que auxilie á vuestra Iglesia con la autoridad que le habeis confiado para que se observen vuestras leyes, y se perpetue vuestro culto: en fin que haga uso de la espada de la justicia, y de la verdad: que reyne en paz sobre su pueblo, y que habite despues la mansion de la gloria. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 22. v. 15. 21.

En aquellos dias: Habiéndose retirado los Fariseos, consultaron entre sí, cómo le sorprenderian en lo que hablase. Y lo envian sus discipulos juntamente con los Herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna: porque no miras á la persona de los hombres: Dinos pues, ¿qué te parece, es lícito dar tributo al César, ó no? Mas Jesus, conociendo

do la malicia de ellos, dixo: ¿Por qué me tentais, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesus les dixo: ¿Cuya es esta figura, é inscripcion? Dícenle: del César. Entónces les dixo: Pues pagad á César, lo que es del César: y á Dios, lo que es de Dios.

INSTRUCCION.

¿Bastará llegarse, hermanos míos, á Jesu-Christo para contarse en el número de sus discipulos? ¿Por ventura todos los que le preguntan y le consultan, encuentran la verdad, la salud y la vida? ¿Entre tantos que en los dias de su mision habian concurrido para oírle, hay muchos que penetrados de la santidad de su doctrina, tomen la sabia resolucion de abrazar, y de seguir su moral? No, hermanos míos, los unos llevados del interes vienen á solicitar la curacion de sus hijos y de sus siervos, y apenas han conseguido

esta gracia quando se retiran: otros atraídos por la fama de sus milagros vienen á satisfacer su curiosidad; y si Jesu-Christo rehusa complacerles conociendo su malicia, le acusan de impotencia, y le tratan como á un impostor: aquellos, determinados á seguir á Jesu-Christo con un espíritu de inconstancia y de ligereza, y atraídos quizá por la novedad de su doctrina, asisten con frecuencia á sus sermones; pero si quiere mezclar con su moral alguna cosa que contradiga sus inclinaciones, y sus caprichos, se retiran insensiblemente, y rehusan oírle: muchos en fin como los Fariseos de nuestro Evangelio envidiosos del honor que le hacen por todas partes, é irritados de sus amenazas, se esfuerzan con preguntas capciosas y solapadas para sorprenderle. Pero decidme, hermanos míos, ¿Jesu-Christo no se dexaba sorprender alguna vez en los lazos de sus enemigos? ¿Instruido de todas las disposiciones interiores de quantos le rodeaban, no discernia siempre los sentimientos de su corazón, y los reprehendia ó los elogiaba? ¿No decia en estos últimos días á aquel Señor de la corte

que pedia la curacion de su hijo, si no viereis milagros y prodigios, no creéis? No les hace hoy á los Fariseos un terrible cargo, diciéndoles; ¿por qué mentáis, hipócritas? No, hermanos míos, no es fácil engañar al Dios que conoce el interior de los corazones, á pesar de todos nuestros artificios. El Evangelio de este dia os instruirá de esta importante verdad: prestadme atencion.

No podemos quejarnos del poco fruto de nuestros discursos, quando vemos las malas disposiciones de una gran parte de los Christianos que concurren á oírlos. En efecto la indiferencia con que se presentan en el templo, el espíritu de critica de que vienen animados, y su refinada malicia para convertir en ridículo, y echar á mala parte las palabras de verdad que les anunciamos, todo esto renueva, respecto de nosotros, los ultrajes que la Sabiduría Eterna experimentó quando se dignó conversar con los hombres. Los Fariseos que acaban de oír á Jesu-Christo se retiran, é indignados al ver como se debilitaba su opinion, como se confundía su orgullo, y se descubre su hi-

poesía, se juntaron y consultaron entre sí, como le sorprehenderian en lo que hablase, restableciendo á expensas de Jesus la falsa reputacion de ciencia y de virtud que habian adquirido.

El Hombre, hermanos míos, comete un pecado gravísimo, quando desprecia los medios de salud que se le ofrecen; pero mucho mas quando los hace servir para su propia reprobacion. Desgraciados de vosotros, si las verdades que os anunciamos no hacen impresion alguna sobre vuestro corazon! La palabra de Dios no debe volver nunca sin efecto, y si ella no viene á ser para vosotros una semilla de bien, y un germen de inmortalidad y de vida, será necesariamente vuestra condenacion; pero si juntais á la indiferencia la malicia, á exemplo de los Fariseos del Evangelio; si las verdades santas que proponemos á vuestra meditacion, son el objeto de la burla, de la discusion y de la duda; si llenos, como ellos, de prevencion y de orgullo, venís para juzgar y tentar á los Ministros de la palabra santa, en vez de venir á instruiros, ya llevais con

vosotros la señal mas evidente de una próxima reprobacion.

Los Fariseos se reunen para consultar entre sí como sorprehenderian á Jesu-Christo. Ya no tratan de tachar sus acciones, porque les habian salido fallidas las tentativas que habian hecho. En efecto si habian pretendido convencerle de violador de la ley, porque curaba en el dia de sábado, de intemperante porque comia con los publicanos, y de Samaritano porque trataba con los pecadores mas escandalosos; su vida santa é irreprehensible le habia justificado siempre de las sospechas. Asi ahora procuran sorprehenderle en lo que hablase. Ellos acaban de ver que habia reducido al silencio á los Sadduceos; pero sin embargo se prometen confundirle.

Este exemplo, hermanos míos, nos da una importante leccion de los funestos efectos que produce el orgullo. ¿No hemos lisonjeado nuestro amor propio muchas veces á la vista de las flaquezas de nuestros hermanos? En vez de bendecir al Señor con San Agustin, porque nos ha preservado de mil caidas funestas, ¿no sirven las faltas de

nuestro próximo para hacernos mas orgullosos?

Los Sadduceos no pudieron conseguir que Jesu-Christo se contradixese; pero los Fariseos, suponiéndose mas sabios que ellos, se jactan ya de la victoria. Si Dios, hermanos míos, preside al consejo de los justos y de los Santos, tambien se halla presente en el de los impíos; pero con notable diferencia. La Sabiduría Divina es quien habla á los unos para instruirlos, y su justicia quien influye sobre los otros, para confundirlos y entregarlos á la ceguera de su corazon. Los Fariseos envian sus discípulos juntamente con los Herodianos, y esta es una circunstancia que merece nuestra atencion. ¿Por qué causa envian los Fariseos á sus discípulos, y no van ellos mismos en persona? La razon es muy sensible. Jesu-Christo les habia quitado mas de una vez la máscara haciendo pública su hipocresía; y así ahora no quieren comprometerse pareciéndoles que tambien serian descubiertos. A sus discípulos juntan los Herodianos, esto es, los oficiales públicos puestos por Herodes para cobrar los tributos, á fin de

que si Jesu-Christo ofendia los derechos del César, en su respuesta tuviesen pronto los testigos y los acusadores. Acostumbrados estos hombres á hablar el lenguaje de la dulzura y de la paz, mientras que alimentaban en su corazon los ódios y las venganzas mas crueles, ensayan á sus discípulos en las palabras que debian decir á Jesu-Christo. Así se reconoce que acercándose al Salvador, afectan un ayre de sumision y docilidad, y le dicen: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna: porque no miras á la persona de los hombres. ¿Pero á qué fin, hermanos míos, tantos elogios en la boca de personas tan envidiosas y depravadas? He aquí el motivo de una conducta tan perversa: ellos quieren que se acuse á Jesu-Christo de traidor, y de sedicioso á los Romanos si sacrifica los intereses del César á los de su nacion; y con este fin, le dicen: dínos pues qué te parece, ¿es licito dar tributo al César, ó no? Si dices que es licito pagarlo, no es verdad que eres el Mesías, que debe venir para libertar á tu pue-

blo de la esclavitud de las naciones; y si dices que no es lícito, estás convencido de traidor contra un Emperador y un pueblo victorioso del universo entero.

Christianos, si los impíos se reúnen contra vosotros para perderos, fortaleceos, y consolaos con el exemplo de Jesu-Christo. Los pecadores se valdrán de mil artificios para seduciros y engañaros; pero si es cosa triste el veros expuestos á sus contradicciones, tambien las victorias que consigue la paciencia, y el testimonio de una conciencia irreprehensible serán la recompensa de sus injusticias y de sus intrigas.

Jesu-Christo escucha las preguntas de los Fariseos, y conociendo la malicia de ellos, lleno de una justa indignacion, les dice: ¿por qué me tentais hipócritas? ¿Qué distinta conducta de la que observa con todos los que venian á consultarle, y á implorar su socorro! Mientras que recibe con indulgencia y concede su misericordia á la muger adúltera, á la Samaritana, al Zachèo, y á la pecadora, se aprovecha de qualquiera ocasion que se le pre-

senta para humillar y mortificar á los Fariseos. Sin duda sus llagas son muy profundas, porque se sirve para curarlas de un medio que no emplea nunca contra los mayores pecadores. ¿Pero por qué causa tanto rigor con unos hombres, que léjos de violar la ley, la practicaban con una exáctitud tal que se les miraba como modelos de virtud y de regularidad? En efecto ya hemos dicho en otras ocasiones que observaban con todo rigor las prácticas establecidas por la ley; que ayunaban no solo los dias señalados, sino tambien dos veces á la semana; que hacian además varias obras de supererogacion; que daban abundantes limosnas; que excusaban todo género de gastos para ahorrar en favor de los pobres, y que enriquecian el tesoro del templo con sus dones y sus ofrendas; sin embargo Jesu-Christo les declara hoy una guerra irreconciliable, porque eran hipócritas y falsos devotos. Eran pues sepuleros blanqueados por defuera, que baxo la apariencia de la virtud ocultaban la corrupcion mas vergonzosa; su orgullo y su amor propio eran insoportables; y en fin re-

unian otros infinitos vicios, por los quales debian ser justamente detestados de aquel Señor que penetra los senos del corazon. Es verdad que recibian todos los honores públicos, que se les destinaban las primeras sillas en la Sinagoga y en los festines, y que qualquiera se tenia por dichoso de recibirlos en su casa, y acompañarlos; pero frecuentemente abusaban de la confianza que se hacia de ellos para sembrar la discordia y las disensiones en las familias; y aunque se lisonjaban de que les llamasen Maestros, variaban su moral y su doctrina, segun sus caprichos y sus pasiones.

Este retrato, hermanos míos, es capaz de excitar nuestra indignacion; pero si Jesu-Christo viniese entre nosotros, ¿no reprehenderia tambien nuestra hipocresia y nuestra malicia? A la verdad que considerando el infinito número de hipócritas que abriga el Christianismo, no podemos ménos de llorar amargamente. ¿Acaso baxo la apariencia de regularidad y de virtud no ocultamos los vicios mas vergonzosos, no somos deudores de la falsa reputacion que hemos adquirido á la escri-

pulosa atencion que ponemos para ocultar nuestros defectos? ¿No engañamos todos los días á la Iglesia, á sus Ministros y á quantos nos tratan con la máscara de la justicia? La hipocresia, hermanos míos, es el vicio mas peligroso en sí mismo, y el mas criminal á los ojos de Dios. Este Señor, enemigo de la mentira, que amenazaba por uno de sus Profetas á su pueblo, porque su corazon no estaba de inteligencia con sus labios, ve siempre con los ojos de su indignacion á los hipócritas y los falsos devotos. He dicho que esta disposicion es muy peligrosa en sí misma; y en efecto observamos continuamente que los mayores pecadores se convierten, y que los impíos reparan sus crímenes con la mortificacion y la penitencia, pero que muy rara vez se ve que mejoren su conducta los hipócritas.

El vicio excita los remordimientos: á los grandes pecados se sigue con frecuencia el dolor y la confesion mas sincera; pero la hipocresia lleva tras de sí la ceguedad y el endurecimiento del corazon. El pecador es un enfermo con llagas tan profundas, que

se ve precisado á recurrir á los medios mas conocidos y poderosos de la medicina; pero el hipócrita no conoce ni la gravedad de sus males, ni la eficacia de los remedios. En una palabra á pesar de la voz de la iniquidad, el grito del pecador penetra hasta el trono de la Magestad de Dios, desarma su justicia, interesa su misericordia, y quando habla con humildad está seguro de ser oido; pero el hipócrita ruega mucho; y sin embargo casi nunca consigue, porque no habla á Dios sino para tentarle.

Jesu-Christo se dispone á reprehender á los Fariseos, ó por mejor decir, quiere sacar de su propia boca su juicio y su condenacion. Mostradme, les dice, la moneda del tributo. Impacientes por hallar la solucion de su dificultad, presentan á Jesu-Christo la moneda, y este Señor la mira atentamente, y les pregunta: ¿cuya es esta figura é inscripcion? y ellos respondieron, del César: pues pagad, añade Jesu-Christo, á César, lo que es del César, y á Dios, lo que es de Dios. La Iglesia, hermanos míos, concluye el Evangelio con estas palabras de

Jesu-Christo para darnos á entender que si faltamos á qualquiera de estas dos obligaciones indispensables, nos hacemos reos de muerte. Dios ha establecido en la tierra dos poderes, á quienes ha confiado su autoridad, y ha tomado á su cargo el vengar qualquier desprecio ó insulto que reciban de nuestra parte: es decir, que nos ha dado Príncipes y Pastores. Príncipes para velar sobre nuestra vida, para defender nuestros bienes y protegernos contra la injusticia. El es el apoyo de su trono: su sabiduría les dicta las leyes que promulgan para nuestro gobierno, y la espada que pone en sus manos, dice el Apóstol, es una señal del poder que les ha confiado, y de los castigos que reserva para los que desconocen su autoridad. Por tanto es justo que le demos lo que es suyo: ellos son nuestros padres, y debemos amarlos con el amor mas tierno: son nuestros señores, y debemos obedecer fielmente sus leyes: son nuestros jueces, y debemos temerlos y reverenciarlos. Si es un crimen para un verdadero Cristiano el calumniar y ofender en qualquiera manera á su hermano, ¿no será

un atentado enorme el murmurar y desacreditar la persona sagrada de su Rey? En los primeros siglos del Christianismo, en aquellos dias de contradiccion, y de combates en que la religion de Jesu-Christo no experimentaba de parte de los Príncipes idólatras sino persecuciones y trabajos, nos refiere Tertuliano, que los Christianos se ocupaban en levantar sus manos al cielo implorando la prosperidad de los Césares. Nosotros, hermanos míos, que vivimos en un Reyno, en que los Príncipes que le gobiernan se hacen un honor de contar entre sus títulos el de hijos de la Iglesia, no dexemos de rogar á Dios, que forme su corazon á su medida, para que de esta suerte sean los verdaderos padres de sus pueblos.

La Iglesia es el otro poder que Dios ha establecido, y que exige todo nuestro respeto. Por tanto si la despreciáis, dexando de cumplir sus preceptos, oponiéndoos á su doctrina, y contradiciendo á sus Pastores, contradecís abiertamente á la autoridad de Dios. Dad pues, hermanos míos, á esta Iglesia lo que la pertenece, ó por mejor decir, dadse lo á Dios mismo. Creed todo lo

que Dios os propone creer por ella; evitad todo lo que es contrario á la voluntad de vuestro Dios, y mirad todas vuestras obligaciones respecto al Señor como una deuda que pagareis siempre; aunque no como corresponde. Dios ha formado vuestra alma para sí solo: vuestro cuerpo, vuestra vida, vuestra salud y vuestros bienes todo pertenece á Dios, y el uso mejor que podeis hacer de ellos, es el de ofrecerse los para honrarlo, y sacrificarse los quando lo exige. Esta máxima del Evangelio será muy poderosa para suavizar los males de la vida si sabeis hacer un buen uso de ella; pero nó sucede así con muchos Christianos, los quales porque no adquieren bienes en abundancia, ó porque los pierden, se abaten, se entristecen, murmuran y se desesperan. Confieso, hermanos míos, que el estado de indigencia es un estado muy triste; pero decidme, ¿de quién habiais recibido esos bienes? Dios, que es el Señor de todos los sucesos de la vida, tal vez os los habia dado para castigo, y os los quita por un efecto de su misericordia; y por tanto debeis sacrificarse los de buena voluntad,

y pedirle solamente que en cambio de ellos os reserve los bienes celestiales que jamas perecerán.

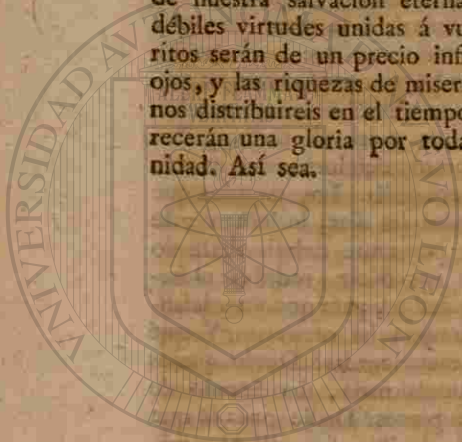
Las almas sensibles en la pérdida de un amigo, de un hermano, de un esposo, ó de un hijo, en aquellos primeros instantes de su dolor se desatan en lágrimas, y prorumpen tal vez en quejas contra la Providencia, sin considerar que aunque estos objetos faesen caros á sus ojos, Dios no prometió sin embargo hacerlos inmortales, y que dueño de nuestros destinos exige estos sacrificios para probar tal vez nuestro amor. ¿Por ventura no es el Señor bastante rico y poderoso para recompensarnos de estas pérdidas? Pero qué diré de esos hombres que contando con un temperamento robusto, libre hasta entónces de vicisitudes y alternativas, se prometen una vida mas larga y tranquila? Si una cruel enfermedad los conduce á las puertas de la muerte, y les anunciamos que ha llegado el término de sus dias, ¿no se abaten y se consternan? Habiendo salido su alma de las manos de Dios, ¿no será justo que vuelva á su seno, y que se la restituyan quando la pide? ¿Es posible que

ignoren que por este medio se convierte la vida triste y penosa que han gozado en una vida mas feliz y mas durable?

Seria nunca acabar, hermanos míos, si quisiese traerlos á la memoria todas las circunstancias en que sois deudores á vuestro Dios: temblaríais si os pudiese á la vista todas las deudas que habeis contraido; y así solo diré que debeis consideraros deudores á su justicia y á su misericordia. Los pecados que cometeis todos los dias, le irritan y le insultan, y por tanto debeis darle lo que es suyo; es decir, redoblar el zelo y los cuidados, para que en adelante se disminuyan las ofensas. ¿Y qué diré de su misericordia? Desde que os ha sacado de la nada, ¿ha dexado de colmaros de bienes? Dadle pues lo que es suyo; es decir, ofrecedle el sacrificio de alabanza, y el tributo de vuestro reconocimiento.

Señor Jesus, enseñadnos hoy á dar á vuestro padre lo que le pertenece, porque somos tan pobres y miserables, que no podemos sin vuestros auxilios cumplir esta obligacion. Que se abran, Señor, los tesoros de vuestras gracias,

y enriquecidos entónces con vuestros beneficios, nos presentaremos llenos de confianza delante de un Dios, zeloso á la verdad de su gloria, pero ansioso de nuestra salvacion eterna. Nuestras débiles virtudes unidas á vuestros méritos serán de un precio infinito á sus ojos, y las riquezas de misericordia que nos distribuireis en el tiempo, nos merecerán una gloria por toda una eternidad. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DOMINGO XXIII.

INSTRUCCION
DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS PHILIPENSES.

cap. 3. v. 17. 21.

Hermanos: Sed imitadores míos, y no perdais de vista á los que así andan, segun que teneis nuestro exemplo. Porque muchos andan, de quienes otras veces os decía, y ahora tambien lo digo llorando, que son enemigos de la Cruz de Christo. Cuyo fin es la perdicion: cuyo Dios es el vientre: y su gloria es para confasion de ellos, que gustan solo de lo terreno. Mas nuestra morada está en los cielos: de donde tambien esperamos al Salvador nuestro Señor Jesu-Christo, el qual reformar-

TOM. VI.

T

rá nuestro cuerpo, abatido para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso.

INSTRUCCION.

En la Epístola de este día nos hace el Apóstol una pintura muy viva y enérgica de la mayor parte de los Christianos, y proponiéndose por modelo á los fieles de Filipos, les describe con toda exáctitud los enemigos de la cruz de Jesu-Christo. Por tanto debemos estudiar, segun el consejo que hoy nos da, los peligros que corren los que no saben respetar ni á Jesu-Christo, ni á su moral; que no temen ni á sus amenazas, ni á sus castigos; que viven á placer de sus deseos y pasiones, y que no esperan despues de esta vida ni consuelo ni recompensa; pero despues de habernos inspirado un santo y saludable temor describiéndonos estos peligros, nos animará con la esperanza que presenta la fé al Christiano fiel. Para conocer pues en toda su extension estas verdades preciosas, es indispensable manifestar

la mayor adhesion á la fé, y separarse de esa turba de hombres, que dudando de la vida futura, porque su interés lo pide así, se trastornan sin embargo al oír los castigos que los amenazan, porque estan demasiado ciertos de merecerlos. Pero hablo á Christianos humildes que conocen todo el valor del dogma de la inmortalidad, y que por lo mismo son incapaces de la menor duda sobre esta verdad importante. Oxalá que todos los que creen, arreglen su conducta con su creencia. Este es el fin á que se dirige nuestra Epístola: prestadme atencion.

Hermanos: sed imitadores míos, y no perdáis de vista á los que así andan, segun que teneis nuestro exemplo. Este es un lenguaje muy propio del ministerio que exercia el Apóstol. Hay muchas circunstancias en que no es fácil ofrecerse por exemplo á otros, sin nota de presuncion y de orgullo; pero en general todos aquellos que estan encargados de edificar y de instruir á sus hermanos, pueden y deben autorizar sus lecciones con sus exemplos, porque los superiores en qualquiera linea que no pueden decir á sus inferior-

res, sed imitadores míos, degradan la autoridad que Dios les ha confiado, y deben considerarse por este solo hecho como prevaricadores de la ley. ¡Terrible obligación, para los Ministros del altar, para los padres, y para todos los que tienen algún grado de preeminencia! El Espíritu Santo dice que se hará un juicio durísimo sobre todos los superiores, porque debiendo con sus acciones y palabras dar un buen ejemplo, y moderar la conducta de sus inferiores, son una piedra de escándalo, y causa muy inmediata de gravísimos pecados; pero esta obligación habla principalmente con los que Jesu-Christo ha establecido para Ministros suyos. En efecto ellos, como el Apóstol, deben contrabalancear en alguna manera, con santos deseos, y con obras santas, ese torrente de iniquidades y de escándalos, que lleva tras de sí al rebaño de Jesu-Christo. ¡Ojalá que todos los Sacerdotes y los demás Ministros del altar anunciasen siempre con una vida uniforme, simple y santa, que estan persuadidos de las verdades eternas! ¡Ojalá que probasen con la práctica de las buenas obras que temen una

vida futura, y que esperasen las recompensas prometidas, ya que trabajan y sacrifican su reposo, y las satisfacciones de la vida para merecerlas! A vosotros, cooperadores míos en el terrible ministerio que me ha confiado la Providencia, dirixo principalmente esta verdad, seguro de vuestra fidelidad para practicarla: considerad que una santa emulacion para obrar el bien, será siempre la instruccion mas útil que podemos dar á este pueblo, y que nuestras exhortaciones surtirán efectos mas abundantes y ciertos quando no se nos pueda echar en cara ninguno de los vicios que reprehendemos á los fieles.

El Apóstol estaba bien satisfecho de su conducta, quando despues de haberse propuesto, por exemplo, dice: porque muchos andan, de quienes otras veces os decia, y ahora tambien lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Christo. No es esta una exágeracion, hermanos míos, en la boca del Apóstol, porque un corazon como el suyo debia ser sensible á los desórdenes que reynaban entre los primeros fieles, y llorar amargamente quando

olvidaban sus consejos y despreciaban sus instrucciones, y quando la cruz de Jesu-Christo era una materia de escándalo para aquellos mismos, que debían cifrar en ella sus consuelos y recursos.

Yo no tengo ni el zelo, ni la santidad, ni la extension de autoridad que el Apóstol; pero sin embargo no puedo ménos de deciros que me lleno de amargura quando considero la tranquilidad en que viven los pecadores, y el poco fruto que saco de mis discursos. ¿Pero me atrevería yo en esta materia á compararme con el Apóstol de las naciones? No, porque sin duda hay entre los dos una distancia casi infinita. El Apóstol solo contaba entre los fieles un cierto número, que era enemigo de la cruz de Jesu-Christo; pero yo entre tantos Christianos apenas encuentro quien respete á Jesu-Christo y sus misterios. El Apóstol lloraba porque muchos se condenaban; y ahora se atropellan los Christianos en el camino de la perdicion y de la muerte, y se precipitan como ciegos en el abismo que forma la iniquidad. El Apóstol, entre la mu-

chedumbre de fieles fervorosos que componian la Iglesia naciente, y que seguian la moral estrecha del Evangelio, se desconsolaba al ver que algunos hacian su Dios de su vientre, y se entregaban á una vergonzosa sensualidad; y ahora no merece apenas el nombre de pecado la pasion dominante de lisongear y satisfacer el apetito. Ya no se conocen los excesos en esta materia, y falta poco para que se preconice esta pasion como la mas necesaria y útil en la sociedad para conservar la vida. El Apóstol lloraba, porque algunos hacian consistir su gloria en las cosas que mas bien debian servir para su confusion; y ahora no solo se glorian los Christianos de los pecados que cometen, sino que se avergüenzan de practicar las virtudes, y censuran á los virtuosos. En fin, el Apóstol lloraba sobre los que gustaban solo de las cosas terrenas; pero á lo ménos tenia la satisfaccion de que el mayor número le escuchaba con gusto, quando le hablaba de renunciar á los objetos sensibles, para poder elevar sus pensamientos á los cielos. ¿Por ventura nos escuchais quando os hablamos de la vanidad de

los bienes de este mundo, y de vuestros derechos á la patria celestial? No se reciben estas verdades con indiferencia, quando se comparan con los objetos mas frívolos? Convenid por tanto en que si las lágrimas del Apóstol eran el efecto de su zelo por la salvacion de las almas, los Ministros del Santuario deben llenarse de la amargura mas sensible en este siglo, al ver como se multiplican los enemigos de la cruz en todos los estados. El Dios que se dignó para nuestra santificacion venir al mundo, y padecer tantos tormentos, es ahora el objeto de las burlas de muchos pecadores, que blasfeman de sus misterios y de su Evangelio, porque temen la severidad de su moral. Si, nosotros somos, á nuestro pesar, los testigos de sus impios discursos. Quando por casualidad nos hallamos en sus juntas, nos insultan con preguntas ridículas, se moñan de las cosas mas sagradas de la religion, nos hacen mil objeciones que ya estan rebatidas por todos los Apolo- gistas de la religion, nos citan imprudentemente varios pasages de la Divina Escritura sin haberla saludado, y los interpretan y comentan á su antojo,

guiados por el espíritu de incredulidad. Si para defender las verdades establecemos los principios sólidos de la religion y de la fé, aunque nuestras razones sean incontestables, no podemos conseguir sin embargo que lleguen á convencerse, porque tienen interes en no creer. Si valiéndonos de la prudencia, guardamos silencio, su orgullo en este caso lo atribuye á la superioridad de su genio, y lo mira como una prueba de la inferioridad de nuestros misterios, comparados con sus sofismas. Hermanos míos, es necesario conocer semejantes hombres para combatirlos: estos son los que yo llamo enemigos de la cruz de Jesu-Christo, porque lo son de todos los dogmas que ha venido á establecer con la efusion de su sangre. Ved en ellos una perfecta semejanza con la pintura que nos hace el Apóstol San Pablo; y si quereis convencerlos, exáminad conmigo el retrato de un incrédulo de nuestros días, y aprendereis á conocerle, á despreciarle y huirle.

El enemigo de la cruz no conoce ni la virtud, ni las obligaciones que este misterio nos impone. Esta señal ex-

298 *Domingo XXIII.*
terior de nuestra religion es para él una materia de risa y de mofa, principalmente quando ve que las personas piadosas usan de ella en sus aflicciones y trabajos, para ahuyentar por este medio á Satanás, enemigo cruel de los hijos de la cruz. Pero la condenacion, hermanos mios, es el fin de estos incrédulos. ¿Quién podrá dudarlo? Ni ellos mismos lo dudan, porque corren á grandes pasos ácia su fin, y se honran al ver su semejanza con las bestias, y su identidad con la materia: su suerte para ellos es la misma, y sacudiendo el dogma de la inmortalidad del alma, como un yugo demasiado importuno, se complacen al verse confundidos en la destruccion universal, y privados á este precio de la vista de su Dios. ¿Qué digo de su Dios? ¿Acaso el incrédulo le conoce? No, porque su Dios es su vientre. En efecto, ¿en dónde estos espíritus fuertes, estos hombres de sistemas, estos incrédulos, estos blasfemos de profesion, en dónde, digo, ostentan mejor sus grandes talentos que en las mesas opulentas? Aquí despliegan toda su eloqüencia: aquí contravierten los misterios mas elevados: aquí

despues de Pentecostes. 299
los satirizan, y se mofan: aquí hacen consistir su gloria en aquellos pecados que los cubren de vergüenza y de confusion: aquí refieren entre sí sus escándalos, sus blasfemias y sus triunfos sobre la virtud, y la fé como otros tantos trofeos consagrados á su honor. A este precio se atribuyen muchas veces una reputacion de luces, y de gran genio; y si Dios les ha concedido facilidad y talentos, no hacen uso de ellos sino para echar por tierra, si estuviese en su mano, la religion de Jesu-Christo, empezando desde sus mismos fundamentos. Ocupados así en estos sistemas, ¿pueden por ventura pensar en la otra vida? ¿Sus miras no se dirigen á pasar sus dias en una peligrosa seguridad? ¿Gustan de otra cosa que de los placeres de los sentidos, y de las ventajas de la vida presente? Toda su filosofia, quando quieren hablar de la moral, ¿no se reduce á los grandes y pomposos términos de humanidad, de beneficencia, de sociedad y de patriotismo? ¿No son estos sus dogmas, no es este su Evangelio? Los que observan estas leyes, ¿no merecen sus elogios? Ignorando que la

religion inspira estas virtudes con mas fuerza y energia que sus principios, ¿no acusan sin examen, á qualquiera que no piensa como ellos, de intolerancia, de fanatismo, de dureza; no le acusan, digo, de un caracter de indiferencia en las desgracias públicas, y de injusto con los ciudadanos de una misma ciudad, ó de un mismo barrio? Esta es la pintura de los incrédulos de nuestros dias, en la qual los he copiado, segun el conocimiento que me ha dado la experiencia; á fin de que podáis conocerlos, precaver sus exemplos y sus discursos, y afirmaros en las disposiciones que os quiere inspirar el Apóstol por las palabras siguientes: mas nuestra morada está en los cielos: de donde tambien esperamos al Salvador nuestro Señor Jesu-Christo. Si, hermanos míos, en los cielos: renovad conmigo en este momento este acto de creencia. Yo creo firmemente que mi alma ha de sobrevivir á mi cuerpo, y que si ha sido justa, santa y fiel á las leyes de su Dios, encontrará en él su paz y su felicidad. En este dogma se funda toda mi esperanza, y mientras que las ligaduras de mi

mortalidad me retienen todavia en el lugar del destierro, mi alma, que no puede tener fin en sus deseos, se transporta á la mansion de su reposo, y vive en alguna manera con su Dios, conversa con él por la oracion, y recibe por la efusion de su gracia los mas dulces y mas amables consuelos. Quando la fé me anima, vivo, y vivo con Dios en el cielo, y estos vinculos de mortalidad, que me tienen aprisionado en la tierra, no me espantan ni me asustan, si espero con el Apóstol al Salvador nuestro Señor Jesu-Christo, que cambiará el estado vil y despreciable de nuestro cuerpo en otro estado que tendrá semejanza con su cuerpo glorioso. ¡Infeliz de mí si abrazo las ideas deshonorosas y abatidas que acerca de la humanidad me da el incrédulo! Infeliz de mí, repito, si me atrevo á creer que este cuerpo, siendo de la misma condicion que el del bruto, no tiene otro fin que la corrupcion, ni otro patrimonio que los gusanos. ¿De qué le hubiera servido estar unido á un alma capaz de conocer, de sentir, y de amar; á un alma rescatada al precio de la sangre de un Dios? ¿Qué, Jesu-Christo

to se hubiera dignado sujetarse á todas las miserias de este cuerpo, y no me hubiera adquirido el derecho de participar de todos los privilegios de su cuerpo glorioso! Infeliz de mí, repito otra vez, si dudo de un dogma de tanto consuelo para mí, y tan propio para reformar mis costumbres; pero mas infeliz todavía qualquiera que se atreva á debilitar ó despreciar este dogma de la resurreccion futura, porque por esto solo se manifiesta indigno de participar de esta resurreccion gloriosa.

Concluyamos pues con el Apóstol, diciendo: que nuestra morada está en los cielos: estrechemos y apretemos los vinculos que nos unen meditando los principios y los fundamentos de nuestra fé: probemos este amor con nuestra fidelidad para servirle: temamos todo aquello que puede debilitar esta fidelidad, porque los naufragios en la fé casi siempre son la consecuencia de los que se han hecho en la virtud. Pero por desgracia escuchamos la voz de las pasiones, seguimos los apetitos y los deseos, y cerramos el oido á las inspiraciones de la gracia, y los ojos á las luces de la fé.

Vos sabeis, Dios mio, que los fundamentos de esta fé no tienen solidez entre nosotros, y que las verdades se han debilitado entre los hijos de los hombres: apenas hay uno que conozca el verdadero bien, y le ponga por obra: todos hablan á su próximo, no para afirmarle en la creencia saludable de las verdades de la fé, sino para seducirle y moverle con razonamientos los mas vanos y especiosos: ellos han concebido la mentira en su corazon, y la propagan con sus palabras: vengad, Señor, vuestra causa: disipad esas lenguas engañosas, esas bocas mortíferas, que para propagar los grandes errores han adoptado grandes principios y brillantes expresiones: ellos piensan perpetuar su memoria transmitiendo sus sistemas; y como si su lengua no fuese un instrumento que les habeis confiado para vuestra gloria, se atreven á preguntar, qual es el Dios á quien han de bendecir.

Pero vos, Dios mio, habeis jurado que tendreis piedad del alma simple, que se halla expuesta á los tiros de estos malignos, y que se escandaliza de sus discursos: disipad, Señor,

todos sus sistemas depravados, y de esta suerte triunfará la verdad en el tiempo, y reynará con sus discípulos en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 9. v. 18. 26.

En aquellos días: Hablando Jesus con los discípulos de Juan, se llegó á él un Príncipe, y le adoró, diciendo: Señor, ahora acaba de morir mi hija: mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Y levantándose Jesus, le fué siguiendo con sus discípulos. Y he aquí una muger, que padecía flujo de sangre doce años habia, y llegándose por detrás, tocó la orla de su vestido. Porque decia dentro de sí: Si tocaré tan solamente su vestido: será sana. Y volviéndose Jesus, y viéndola, dixo: Tén confianza, hija, tu fè te ha sanado. Y quedó sana la muger desde aquella hora. Y quando vino Jesus á la casa de

despues de Pentecostes.

305
aquel Príncipe, y vió los tañedores de flautas, y una tropa de gente, que hacia ruido, dixo: Retiraos: pues la muchacha no es muerta, sino que duerme. Y se movieron de él. Y quando fué echada fuera la gente, entró: y la tomó por la mano. Y se levantó la muchacha. Y corrió esta fama por toda aquella tierra.

INSTRUCCION.

Qué útil es, hermanos míos, estudiar las disposiciones de los que se dirigen á Jesu-Christo en los dias de su vida mortal, y distinguir entre estos los que le siguen estimulados de la fè, de la confianza y del amor, de aquellos que solo se mueven por su propio interes! Dos milagros reunidos en el mismo Evangelio van á darnos á conocer esta diferencia: uno y otro se solicitan igualmente por personas interesadas; pero ¡ay de mí! que disposiciones tan opuestas. Por tanto Jesu-Christo no procede en estos dos milagros estimulado

de un mismo fin. En casa del Príncipe de la Sinagoga entra para condenar la secreta desconfianza que penetraba su corazón, y si habla á la mujer que toca sus vestidos, es para ensalzar su confianza y su fé. En estos dos exemplos aprendereis, hermanos míos, los abusos que debeis evitar quando venis á presentaros al Señor, y las reglas que debeis observar quando meditais conseguir alguna gracia; por lo que, y para que podais sacar de esta instruccion el fruto que contiene, implorad la gracia de nuestro Señor Jesu-Christo, y prestadme atencion.

Un Príncipe de la Sinagoga, esto es, un hombre, que segun su estado, debia conservar algunas preocupaciones contra Jesu-Christo, y cuyas disposiciones y testimonios de confianza hubieran debido ser sospechosos al Salvador, se pone hoy en su presencia. En otras ocasiones los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos se habian acercado á este Hombre Dios, ya para embarazarle con preguntas capciosas, y ambigüas; ya para desacreditarle, interpretando sinceramente sus palabras y sus acciones, y ya para consolidar su

crédito, debilitando el que Jesu-Christo se habia adquirido con tan justo título; pero hoy se presenta por la primera vez uno de ellos, para pedirle una gracia, que no podia conseguir de ningun otro. Por esta causa no viene con aquel ayre de desprecio y satisfaccion que afectaban estos hipócritas quando venian á tentarle; pero aunque con mucha ménos fé quizá que la mayor parte de los que siguen á Jesu-Christo, imita sus palabras, y postrado á sus pies le adora. Quando digo que se movia este hombre por miras de interes, y que su fé todavía estaba vacilante, procedo en todo conforme con la doctrina de los Padres; y en efecto, San Ambrosio considera que el milagro con que nuestro Salvador prepara el que solicita este Príncipe, no se dirige á otra cosa que á instruirle, y fixar la incertidumbre de su corazón. ¡Ah, si no tuviese tantos imitadores! Preguntad á muchos Christianos que unen la vida mas disipada, las costumbres mas sospechosas, y la conducta mas irregular con la frecuente asistencia al templo, con los ejercicios mas penosos de la religion, y con la mayor circunspeccion y mo-

destia; preguntadles, digo, por qué se violentan momentáneamente, quando por otra parte, léjos de mortificarse, procuran gozar de todos los placeres; y os responderán, si hablan de buena fé y con ingenuidad, que importa mucho parecer humildes: que es necesario contraer un mérito, y hacer del hipócrita á la vista de las personas que pueden contribuir á sus fortunas; y que estos pequeños engaños, quando á nadie perjudican, no son de modo alguno reprehensibles. De aquí, hermanos míos, provienen tantas obras hipócritas, tantas oraciones serviles, y tantas adoraciones mercenarias; pero si engañan á los hombres, ¿podrán acaso engañar á aquel Dios, que penetra los mas ocultos senos del corazon? Sigamos pues nuestro Evangelio, y encontraremos la respuesta de esta pregunta.

Este Príncipe á la postura mas respetuosa y humilde junta las palabras mas expresivas para explicar el objeto de su dolor. Señor, le dice á Jesu-Christo, ahora acaba de morir mi hija: mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. ¿Pero qué, una palabra de Jesu-Christo no será bastante poderosa

para mandar á la muerte? Su voluntad sola ¿no podrá restituir la vida á su hija? Será preciso que Jesu-Christo abandone todos los exercicios de su ministerio para ir á la casa de este hombre? El Centurion, sin duda ménos ilustrado, pedia mas que una palabra para la curacion de su hija? En efecto, bastaba su palabra; pero este xefe de la Sinagoga no habia conocido todo su poder. Jesu-Christo no obstante no reprehende en este momento su poca fé, sino que, como dice el Evangelio, le fué siguiendo con sus discipulos; y he aquí una muger que padecia fluxo de sangre doce años habia. Peadadores, si doce años de enfermedad no detienen á esta infeliz, no debeis tampoco desconfiar, quando considereis la gravedad de vuestras costumbres. Esta muger habia ya empleado todos los remedios humanos; pero por desgracia sin efecto. Solo Dios es el que podia curarla, y el que puede sanar tambien vuestros pecados; y por tanto si la sinceridad, la confianza y el amor os conducen á los pies de Jesu-Christo, jamas os levantareis sin utilidad y sin fruto: así esta muger llegándose por de-

trás tocó la orla de su vestido ; porque decía dentro de sí : si tocare tan solamente su vestido , seré sana : tanta era su fé. Quejaos ahora , hombres ciegos , de que la fé es tenebrosa , y que ofusca la razon en lugar de ilustrarla. ¿ No es la fé quien hace conocer á esta muger el estado peligroso de su enfermedad , y quien la dicta el único remedio que la queda ? ¿ No es ella quien la persuade de las disposiciones compasivas del Salvador ? Esta fé luminosa que traspasa los montes , y allana las mayores dificultades , ¿ no la dice que será sana tocando solamente su vestido ? Pero veamos cuál es la conducta de Jesu-Christo. El Evangelio dice , que volviéndose , y viéndola dixo : ten confianza , hija , tú fé te ha sanado , y quedó sana la muger desde aquella hora. ¡ Qué contraste tan maravilloso el de la timidez , y la fé de esta muger , con la bondad de nuestro Salvador ! Ella por una parte no se atreve á detenerle , ni á representarle su dolencia , y Jesu-Christo se para , la mira lleno de gozo , y la cura no solo su enfermedad corporal , sino tambien la de su alma.

Grande es , hermanos míos , el mérito de la fé , supuesto que á las veces nos excusa el trabajo de pedir ; pero la vuestra , sin duda , no es tan eficaz. Necesitais de oraciones , y aun estas por lo comun son estériles , porque carecen de fé. ¿ Es ella , por exemplo , la que preside este santo exercicio , quando recitais por pura costumbre , y con poca decencia ciertas fórmulas , en las quales el corazon no tiene parte alguna ? ¿ Es ella quien apoya vuestras súplicas , quando despues de haber estado muchas horas en la presencia de Dios , no podeis asegurar que su gloria haya sido el objeto de vuestros pensamientos ? En fin , ¿ es ella la que domina vuestro corazon , quando venis á postraros á los pies de Jesu-Christo en los dias que la Iglesia celebra la memoria de sus misterios.

Pero exâminemos la conducta de este Príncipe de la Sinagoga , y por ella vendreis tal vez en conocimiento de la vuestra. Veamos el contraste de la desconfianza de este hombre con la confianza humilde de esta muger , de que nos habla el Evangelio. Si él hubiera tenido algun tanto de fé , hubiera en-

contrado en la conducta de esta miserable la condenacion de sus disposiciones anteriores, y el remedio de su disposicion actual. ¿Qué, podia decirse á sí mismo, esta muger apenas hace una ligera insinuacion quando es oidal? Será necesario que el Salvador venga á mi casa para que mi hija resucite? No es éste, sin embargo, el lenguaje de este Príncipe: su fé no era bastante viva para persuadirle del poder de Jesu-Christo; y por tanto signiendo el uso de los Judios, habia traído á su casa los tañedores de flautas, y una tropa de gente que hacia ruido, para mitigar en parte su dolor; pero nada era capaz de aliviarlo, y sus lágrimas no se interrumpian. Ved, mis hermanos, la insuficiencia de los consuelos de los hombres en los varios accidentes de la vida, y considerad tambien el espíritu que anima á la mayor parte de los Christianos. En aquellos lances y acontecimientos tristes que nos sobrevienen, son sin duda necesarios los consuelos; pero si los amigos nos dicen que debemos recurrir á Jesu-Christo, llamar la religion en nuestro socorro, depouner á los pies de la cruz del Salvador

nuestras inquietudes, y depositar nuestros cuidados en el seno de una Providencia que vela siempre sobre nosotros, los despreciamos, y abandonamos sus consejos. Entónces ya nos hablan de otra manera, procuran distraernos de los obietos funestos que nos asaltan, multiplican las visitas, nos sacan de casa, nos llevan á disfrutar de todos los placeres; y para acabar de amortiguar y ensordecer el dolor, se valen de la música, y de la loca alegría de los espectáculos. ¿Pero por ventura se consigue el efecto? No, Christianos, al contrario: estas multiplicadas distracciones dan mayor fuerza á los sentimientos, y pasamos una vida llena de amargura y de lágrimas. ¿Pero no habremos de hallar un remedio para estos males? Vedle pues en el cuidado que Jesu-Christo tiene de hacer retirar la tropa de gente que hacia ruido. Sí, hermanos míos, ninguna cosa aviva mas el dolor y la afliccion que las distracciones que se nos procuran en estos casos; y así quando el alma se ve agitada de males tan poderosos, es indispensable recurrir á la religion, y á Jesu-Christo. Este Señor sin duda podrá reformar nues-

tras ideas, desengañándonos de los fal-
 sos encantos que nos seducen. Apartad
 pues de vuestro lado esa tropa de ami-
 gos impotentes, y esos consoladores
 mercenarios, y entónces oíreis decir á
 Jesu-Christo: la muchacha no es muer-
 ta, sino que vive. En efecto, si la
 muerte de un esposo, de un hijo, de un
 amigo os entristece, os dirá que no
 perdeis estos dulces objetos, porque
 los debeis encontrar en Dios: si resen-
 tidos de un agravio, os preparais para
 la venganza, os dirá que vuestro honor
 está seguro, y que Dios se ha reser-
 vado el derecho de vengaros un dia:
 si los varios accidentes de la fortuna os
 reducen al estado de pobreza y de men-
 dicidad, os dirá que no murmureis, por-
 que Dios tiene tesoros en la eternidad
 mucho mas abundantes para sus amigos.
 Este pues será el language de Jesu-
 Christo, pero la tropa de gente que nos
 refiere el Evangelio, ofendida de que
 desaprobase su conducta, y convenci-
 da de que la hija del Príncipe estaba
 muerta, le escuchaban con desprecio,
 y se mofaban de él. Esta es la suerte
 de muchos Christianos en un siglo, en
 que la virtud parece que ha perdido

todos sus derechos. En efecto, si algunas
 almas timoratas huyen de la mentira y
 de la injusticia; si manifiestan toda su
 indignacion al oír las calumnias del pró-
 ximo; y si generalmente procuran evi-
 tar y detestar los escándalos: estos ma-
 lignos procuran desconcertar su virtud
 con sátiras mordaces, y no excusan las
 burlas y la mofa, para reducirlos al si-
 lencio y confundirlos. Terrible tentacion
 para una alma débil y temerosa: funes-
 to escollo que causa muchas veces la
 perdicion de los corazones mas simples
 y mas fieles. Yo quisiera, hermanos
 míos, que quando los respetos huma-
 nos os impiden hacer el bien ú opo-
 neros al mal, atendieseis la conduc-
 ta que observa hoy Jesu-Christo con
 esas gentes que se mofan, y se bur-
 lan de su santidad. Ocupado todo en
 el objeto que le trae á la casa de este
 Príncipe, espera que cese el ruido, y
 que salga la tropa de gente para ense-
 ñarnos que Dios no dispensa sus con-
 suelos, quando nos hallamos entre la
 tropa tumultuosa de los vicios, y que
 la salvacion no se obra con eficacia en
 estas circunstancias. Este es el obstácu-
 lo de la mayor parte de las conversio-

nes. No basta, no, pedir á Jesu-Christo que visite la casa de nuestro corazon con su gracia: no basta suspirar por su presencia, y exponerle el estado de muerte á que está reducida esta alma, que miraba el Profeta como el único objeto de su atencion; sino que es preciso que la multitud sea echada fuera: es decir, esos tumultuosos pensamientos que ocupan el espíritu: esos vivos deseos que llevan tras de sí el corazon, y esas ocasiones peligrosas que seducen los sentidos. Si dexais que subsistan todas estas tentaciones, los proyectos de conversion mas bien concertados serán infructuosos y estériles; pero si echais afuera todos estos obstáculos, los menores deseos sostenidos por la gracia, fructificarán con abundancia prodigiosa. Jesu-Christo no dexará de presidir estos primeros pasos de conversion; pero escuchad, pecadores, para vuestro consuelo, lo que hace para resucitar un alma que está muerta por el pecado en el milagro que obra con la hija de este Príncipe: y quando fué echada fuera la gente, entró; y la tomó por la mano. Y se levantó la muchacha. Y corrió esta fama por toda aquella tierra.

Confesémoslo, Christianos; si la Iglesia se penetra de dolor al ver que son tan raras las conversiones sinceras, y durables, Dios por otra parte no dexa de consolarla con el efecto que producen las verdaderas conversiones. Así es que quando los grandes pecadores empiezan á corresponder á la gracia de Jesu-Christo; quando los consterna el temor de sus juicios; quando la vista de sus desórdenes turba la tranquilidad de su espíritu; quando los objetos de su pasion les entristecen y llenan de amargura; entónces renueva ella sus esperanzas, y se consuela; pero quando este pecador sabe conservar la gracia que ha adquirido; quando Jesu-Christo le toma por la mano, y le conduce por caminos nuevos; quando le separa de las ocasiones del pecado; quando le sostiene en las resoluciones que le ha inspirado su gracia; entónces la Iglesia aumenta su gozo, y el pecador por su parte adelanta en la conversion; pero todavía queda un paso que dar para que ésta sea perfecta. Es preciso que Jesu-Christo disipe del todo el sueño que le oprime, es decir, esa indiferencia que tiene avia el

bien: es preciso que levante su corazón agoviado baxo el peso de las costumbres y de las pasiones, y que le haga estar vigilante y atento contra las tentaciones y los escollos que le cercan; pero como una mudanza tan pronta y tan sólida no puede ser insensible, es indispensable que la conversion se llegue á divulgar entre todos, y que entónces edifiquen tanto como han escandalizado con los pecados y los desórdenes. Un pecador que se ha hecho conocer por sus escándalos, por sus rapiñas, por sus injusticias y excesos, no debe contentarse con parecer en el interior de su casa mas sóbrio, mas casto y arreglado, sino que debe esparcir el buen olor de la virtud por todas las partes donde ántes corria la infección del crimen. Esta es una de las primeras obligaciones de un alma convertida; pero aunque ella por sí es tan dificultosa, no debeis por eso desalentaros. Jesu-Christo nos viene hoy á enseñar con el milagro de nuestro Evangelio que se ha reservado en la obra de nuestra conversion la parte mas difícil y penosa. Oír su voz, y corresponder á ella: conocer la propia miseria, y repre-

sentársela al Señor: sentir la propia flaqueza, y solicitar la fuerza que se necesita para robustecerse; he aquí lo que corresponde á los verdaderos penitentes.

Vuestra Iglesia, Dios mio, se aflige mucho mas quando considera la falsa penitencia de alguno de sus hijos, que por la dureza del mayor número de pecadores: haced, Señor, que nosotros no aumentemos su sentimiento. Inspiradnos los deseos de salvacion: dadnos vuestros auxilios para que llevemos dignos frutos de penitencia; y si estamos muertos por el pecado, resucitadnos por la gracia á la vida, para que gocemos de la gloria eterna. Así sea.

DOMINGO XXIV.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS COLOSSENSES,
cap. 1. v. 9. 14.

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría é inteligencia espiritual: Para que andeis dignos de Dios, agradándole en todo: fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios: Siendo confortados en toda virtud segun el poder de su gloria, en toda paciencia y longanimidad con gozo, dando gracias á Dios Padre, que nos hizo dignos de participar la suerte de los Santos en

despues de Pentecostes. 321

luz: Que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el qual por su sangre tenemos la redencion, la remision de los pecados.

INSTRUCCION.

La primera obligacion del hombre es adorar á Dios, y el primero de los conocimientos con que debe formar su corazon debe ser por consecuencia el estudio de los medios capaces de hacerse digno de sus misericordias. El Apóstol persuadido que no le basta á un Ministro del Santo Evangelio enseñar á los fieles sus respectivas obligaciones, sino que debe solicitar para ellos por medio de la oracion la gracia de cumplirlas, pide hoy, hablando con los Colossenses que sean llenos del conocimiento de la voluntad de Dios. Por tanto, hermanos míos, conviene que arreglemos nuestras oraciones á las de este grande Apóstol; que formemos nuestras costumbres so-

bre los principios de moral que nos expone; y que tomemos conocimiento de los medios de que Dios se sirve para hacernos gratos á sus ojos; pero estudiemos sobre todo lo que corresponde hacer para cooperar á nuestra salvacion, aplicándonos los méritos del Salvador. En fin juntemos á la meditacion de estas verdades preciosas el espíritu de súplica y de oracion para reducir las á práctica. Y por tanto á imitacion del Apóstol, voy á pedir por vosotros al Señor que os llene del conocimiento de su voluntad, dándoos toda la sabiduría é inteligencia espiritual que se requiere: prestadme atencion.

La primera de las gracias que pide el Apóstol para los fieles de Colossas, es el conocimiento de la voluntad de Dios. La salvacion, hermanos míos, depende esencialmente de este estudio; pero es imposible del todo adelantarse en él sin el socorro de la oracion y de la humildad. Así el Profeta hacia de este estudio el objeto de sus deseos y de sus súplicas: enseñadme, decia, vuestra voluntad; conducidme por la ruta de vuestros mandamientos; dadme á

conocer el camino por donde quereis que ande, y estos eran todos sus votos. Pero vosotros, que solo os aplicais superficialmente á la ley de Dios, ¿quereis conocer la voluntad del Señor, no juntando vuestros votos con los nuestros para pedirsela? No dudeis que este es el primer objeto de nuestro ministerio, y la primera funcion del cargo que se nos ha confiado. Nosotros no subimos al altar, ni nos acercamos al Santuario sino para pedir á Dios que os llene del conocimiento de su voluntad; pero si quando le dirigimos nuestros votos, se dignase revelar quán distante y opuesto es el objeto de ellos al de los vuestros, os llenaríais ciertamente de admiracion. Para unos pedimos el espíritu de paz, porque la voluntad de Dios es que vivan en caridad y union; pero su corazon solo abriga el resentimiento, la envidia, la enemistad y la venganza. Pedimos para otros las aflicciones, las enfermedades y la pérdida de sus bienes, porque en el órden de los designios de Dios, no pueden salvarse sino por el camino de las tribulaciones, y ellos se ocupan sin cesar en repa-

rar sus desgracias, en aumentar su fortuna, en extender sus heredades contra la justicia y la equidad, y se afligen por qualquier quebranto que padezca por pequeño que sea.

Padres y madres, ¡qué distintos son nuestros deseos á los vuestros en la crianza de los hijos! Si por ventura manifiestan buenas disposiciones, solo pensais en aprovecharlas, sugiriendo á Dios en alguna manera la conducta que debe observar con ellos; y si os consultasemos ántes de orar sobre un negocio de tanta importancia, sin duda las oraciones que hiciesemos en vuestro nombre no se dirigirian á otro fin, sino á satisfacer la ambicion ó el interes. Pero las miras de Dios rara vez se conforman con las nuestras. Sus pensamientos no son los nuestros, y así no quiere que pidamos para ellos sino un corazon dócil, juntamente con el espíritu de sabiduría, porque él se encarga de proveer á su subsistencia y á su estado en la tierra.

De aquí debeis inferir que teneis esencialísima necesidad de pedir para vosotros el espíritu de sabiduría y de inteligencia espiritual, á fin que sepais

desde el principio lo que debeis pedir, y el uso que debeis hacer de las gracias, que son el objeto de vuestras oraciones. Debeis ante todas cosas suplicar que seais dignos de Dios, agradándole en todo con vuestra docilidad á sus preceptos; con vuestra caridad para con aquellos que participan con vosotros el título de hijos; con vuestra humildad baxo la mano del Dios que os conduce; con vuestra paciencia en las aflicciones con que os prueba, y con vuestra confianza en las oraciones que le haceis. Esta conducta uniforme y sabia debe acompañarse siempre de la disposicion habitual para agradecerle en todo, porque nada es tan fácil como obrar conforme á la equidad, á la justicia y á la generosidad, y no merecer sin embargo la salvacion.

Si vivo en efecto en la vigilancia, porque las pasiones me parecen vergonzosas; si hago justicia á mi próximo, porque la menor injusticia me parece una falta imperdonable; si le asisto en sus necesidades, porque mi corazon se compadece á la vista de qualquiera miseria, y por el deseo de gozar de igual beneficio; si observo hel-

mente los ejercicios de mi religion, siguiendo la costumbre que me he formado, y porque así lo exigen las circunstancias en que me hallo; todas estas obras se dirigen á mi propia utilidad, y recibo por ellas, en alguna manera, la recompensa en este mundo, excusándome los sentimientos y las amarguras inherentes al pecado; pero quando ellas se dirigen á Dios principalmente, quando soy justo con el próximo, atendiendo á que este Señor es la misma justicia; quando exercito la caridad, porque él es el Dios de las misericordias; quando practico los ejercicios de piedad, porque él es Dios tres veces santo, entónçes todas estas virtudes formadas en mí por su gracia, son otros tantos méritos que me consiguen recompensas eternas.

Las obras del Christiano no son estériles, porque todas ellas tienen un carácter de utilidad que las hace preciosas á los ojos del mismo Dios; y si, segun las palabras de Jesu-Christo, un vaso de agua dado en nombre suyo es de un precio inestimable, pues que él mismo es la recompensa de esta pequeña generosidad, ¿qué podremos pen-

sar de todas las obras buenas, á las quales da su bendicion y concede sus gracias? Apliquemonos por tanto á estas obras, puesto que el provecho es tan cierto; pero cuidado no nos engañemos tomando por obras de Dios las que nos sugiere nuestro amor propio. El orgullo sabe imitar la caridad en muchas ocasiones, y es causa de algunas obras muy heroicas en la apariencia; pero que en realidad carecen del espíritu que debe animarlas. El medio de distinguir las acciones que provienen de este principio, es el de llenarnos del conocimiento de la voluntad de Dios, y pedirle además del don de inteligencia y de luz, el don de fuerza que se necesita para cumplirla. Esto es lo que pedía San Agustin, quando decía: Señor, dame fuerzas para cumplir lo que mandas, y manda lo que quieras.

El Apóstol reduce despues todo lo que debe pedirse á Dios á tres virtudes, en las quales se contienen las demas, á saber: en toda paciencia, y longanimidad con gozo, dando gracias á Dios y Padre. Estas tres disposiciones encierran toda la ley, porque hacen al hombre fiel, en lo que

debe á Dios, al próximo, y á sí mismo. El Apóstol pone con mucha razón la paciencia en el número de las obras que agradan á Dios, y que prueban que se ha llenado el Christiano del conocimiento de su voluntad: cada instante le sirve, por decirlo así, de un nuevo mérito quando sufre con paciencia los males de la vida, y sobre todo una enfermedad habitual. Toda la religión consiste en ofrecer el sacrificio, y el Christiano que padece le ofrece sin cesar quando está de inteligencia con Dios, para aplicar sus trabajos á los pecados que ha cometido. Ofrece un sacrificio de expiacion, quando mira sus males como un contrapeso de los favores que ha recibido de Dios: ofrece el sacrificio de accion de gracias, quando considera sus enfermedades como un efecto de la voluntad divina: ofrece un sacrificio de inmolacion, quando reconoce en estas enfermedades mismas una señal cierta de una muerte inevitable que acepta con toda sumision: ofrece un verdadero holocausto, si le quita Dios una parte de sus bienes aun ántes que empiece á disfrutarlos, y este es el sacrificio de

las primicias y de los primeros frutos. Si Dios permite que le calumnien y que padezca su reputacion, haciéndose en esto semejante á Jesu-Christo, lleva como él sobre sí la maldicion y los anatemas. Feliz pues el Christiano que penetrado de todas estas verdades adquiere la santa virtud de la paciencia, sobre todo si á esta sumision interior añade la longanimidad perseverante que recomienda el Apóstol, como la segunda disposicion absolutamente necesaria para agradar á Dios.

Esta longanimidad muy diferente de la tolerancia filosófica que no sufre una injuria, sino porque no puede vengarse de otro modo que con el desprecio, quiere el Apóstol que vaya siempre acompañada del gozo, el qual no impide que se sienta el agravio del próximo, sino que enseña á perdonarle y á interesar la misericordia de Dios en su favor; á buscar las ocasiones de beneficiarle, y á no hacerle sentir los tristes efectos de la venganza y del resentimiento. ¡Qué dulce y amable es, hermanos míos, el carácter del verdadero Christiano! El de nada se ofende, ni ofende á nadie; no repre-

hende con dureza las faltas ligeras, que son efecto por lo comun de la ignorancia y de la inconsideracion; no contradice las opiniones de los otros, á menos que lo exija la fe; y aun en este caso nunca defiende la verdad á expensas de la caridad. ¿No será bien visto á los ojos de Dios con estas disposiciones? El exerce como este Señor la misericordia; como él disimula las ofensas que le son personales; como él mantiene su paz en la familia de Dios mismo, y quanto mas insensible parece este Christiano á los ultrages y ofensas que recibe, tanto mas reconocido es á las misericordias que le dispensa: él en fin da gracias á Dios Padre de la fe que ha recibido, y de la caridad que le ha procurado: estas tres virtudes asimismo estan contenidas en las últimas palabras de nuestra Epístola, y recompensan al parecer las tres obligaciones que nos impone el Apóstol.

Dios nos ha dado la fe, ilustrándonos con su luz. Este es el primer motivo, dice el Apóstol, de un reconocimiento perpetuo. Un Christiano debe acordarse siempre de lo que era por

naturaleza, y de lo que es por adopcion: debe tener en memoria que Dios le ha buscado quando era indigno de sus cuidados, é incapaz de dar por sí un paso en la salvacion: debe considerar con reconocimiento la luz que ha disipado sus tinieblas; debe estudiar dia y noche los fundamentos de su fe, la certidumbre de la revelacion, y velar continuamente para que no se le escape ninguna accion indigna del nombre que le distingue, del Dios á quien pertenece, y de los derechos que adquiere por este nombre mismo. Dios nos hizo dignos de participar la suerte de los Santos en luz. ¿Qué indignos somos por nuestra naturaleza! Pero Dios nos ha hecho dignos de tener parte en este reyno; de manera, que por el derecho que nos ha dado, esta suerte es propriamente nuestra; los Santos son nuestros conciudadanos; y en fin podemos mirar el cielo como nuestra patria, saludarle de lejos por la fe, acercarnos á él por la esperanza, y asegurar su posesion por la caridad. ¿Pero es posible que podemos llamarnos los hijos de los Santos, los herederos de los Santos! ¿Qué digo?! Los

miembros de Jesu-Christo, los coherederos de Jesu-Christo! Christianos, tanta es vuestra dignidad, reconocedla para hacer el uso que exige, y no olvidéis jamás que nos libró Dios del poder de las tinieblas, y nos trasladó al Reyno de su Hijo muy amado, en el qual por su sangre tenemos la redencion y la remision de los pecados.

Estas palabras son muy propias para inspirarnos el reconocimiento, el temor y el amor; el reconocimiento, porque todo un Dios se ha interesado por nosotros hasta el punto de hacerse en alguna manera violencia á sí mismo: el temor, porque si se ha dignado librarlos del primer peligro, no ha contraido el empeño de librarlos del segundo, si por desgracia tenemos la debilidad de caer en él: el amor, porque los medios de que se ha servido para obrar nuestra libertad son los mas gloriosos que pueden imaginarse. No solo nos ha librado del pecado con su sangre, sino tambien de la pena debida por el pecado: no solo nos ha sacado de la esclavitud del demonio, sino que nos ha consagrado, como nacion santa y

pueblo de eleccion: no solo nos ha preservado del infierno y de los suplicios eternos que estan reservados para Satanás, para sus Angeles y esclavos, sino que nos ha dado el derecho al Reyno y á la gloria eterna; y por todas estas gracias no nos pide una vana admiracion, y un reconocimiento infructuoso, sino un reconocimiento eficaz y activo, que segun el precepto del Apóstol se dedique á agradar á Dios, y á honrarle con la santidad de costumbres, aborreciendo y destruyendo el pecado que tanto le desagrada: un reconocimiento que entre en las miras de su Providencia, por la paciencia y la sumision; en las de su bondad, por la dulzura y el amor; en las de su liberalidad, por la compasion y la generosidad con el próximo; y en las de su justicia, por la integridad, y la pureza en todas las acciones. Este es, hermanos míos, el Christiano que conoce todo el precio de su vocacion, que conserva el reconocimiento, y que practica las buenas obras.

Pero, Dios mio, ¿podré yo contar muchos de estos Christianos entre mis oyentes? Haced, Señor, que el reco-

nocimiento y la fidelidad sean su carácter decisivo; que vivan de la vida de la fe; que combatan sin cesar con las armas de la fe; que triunfen en la tierra por la fuerza y la virtud de la fe, y que recojan por toda una eternidad la gloria que habeis prometido á esta virtud preciosa. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 24. v. 15. 35.

En aquellos dias dixo Jesus á sus Discipulos: Quando viereis que la abominacion de la desolacion, que fué dicha por el Profeta Daniél, está en el lugar santo, el que lee entienda: Entónces los que estén en la Judéa, huyan á los montes: Y el que en el tejado, no descienda á tomar alguna cosa de su casa: Y el que en el campo, no vuelva á tomar su túnica. ¡Mas ay de las preñadas, y de las que crián en aquellos dias! Rogad pues, que vuestra huida no suceda en in-

vierno, ó en sábado. Porque habrá entónces grande tribulacion, qual no fué desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si no fuesen abreviados aquellos dias, ninguna carne seria salva: mas por los escogidos aquellos dias serán abreviados. Entónces si alguno os dixere: Mirad, el Christo está aquí ó allí: no lo creais. Porque se levantarán falsos Christos, y falsos Profetas: y darán grandes señales, y prodigios, de modo que, si puede ser, caigan en error aun los escogidos. Ved que os lo he dicho de antemano. Por lo qual si os dixeren: He aquí que está en el desierto, no salgais: mirad que está en lo mas retirado de la casa, no lo creais. Porque como el relámpago sale del Oriente, y se dexa ver hasta el Occidente: así será tambien la venida del Hijo del hombre. Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán tambien las águilas. Y luego despues de la tribulacion de aquellos dias, el Sol se obscurecerá, y la Luna no dará su lumbré, y las estrellas

caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas: Y entonces parecerá la señal del Hijo del hombre en el Cielo: y entonces plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y magestad. Y enviará sus Angeles con trompetas, y con grande voz: y allegarán sus escogidos de los quatro vientos, desde lo sumo de los Cielos hasta los términos de ellos. Aprended de la higuera una comparacion: quando sus ramos están ya tiernos, y las hojas han brotado, sabeis que está cerca el Estío: Pues del mismo modo, quando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca á las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generacion, que no sucedan todas estas cosas. El Cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo se aprovecha de quantos medios son imaginables para sacar al pueblo Judio de su ceguedad. Si conoce que las promesas, las amenazas, las invitaciones y las lágrimas que derramó sobre la ingrata Jerusalem, no han podido mover su corazon, la predice las señales tristes que deben preceder á su desolacion y su ruina. Sin embargo Israel tan insensible á las amenazas como á las promesas, persevera en su dureza, y perece en su pecado. Jerusalem, hermanos míos, es la figura más sensible de un pecador impenitente. El impío semejante á esta Ciudad ingrata cierra igualmente los ojos á las misericordias y á los juicios del Señor, y no se mueve ni por los bienes que le promete, si se convierte, ni por los males con que le amenaza si endurece su corazon. ¡Ah! Si considerase las terribles predicciones de Jesu-Christo sobre Israel, conoceria que si la insen-

sibilidad de este pueblo fué el presagio primero de su próxima desolacion; la dureza de su corazon, y su obstinacion en el vicio es una señal muy evidente de su reprobacion futura. La Iglesia, acordándonos hoy las amenazas que hace Jesu-Christo á Jerusalem, quiere enseñarnos á prevenir los castigos que tiene Dios destinados al pecador que se duerme en su iniquidad. Apliquémonos por tanto, hermanos míos, estas terribles verdades. Israel, este pueblo en otro tiempo tan amado, trae sobre sí todo el peso de la maldicion de su Dios, por haber endurecido su corazon á la voz de su libertador. Cuidado no le imitemos en su ceguedad, si no queremos participar de sus desgracias: no menosprecie- mos las predicciones que nos hace Jesu-Christo, porque quizá no pasará mucho tiempo sin experimentar su cumplimiento. Preparad por tanto vuestro corazon para sacar algun provecho de las verdades que os voy á anunciar.

La ruina próxima de Jerusalem, la desolacion de la Judea, la dispersion del pueblo Judío, son, segun la opinion de muchos sabios intérpretes, los

primeros sucesos de que Jesu-Christo habla á sus Apóstoles en el Evangelio de este dia. Podrémos traer á la memoria sin temblar las deplorables circunstancias que precedieron, acompañaron y siguiéron á la ruina de Jerusalem? Ya en otra instruccion os he referido con el testimonio de Josefo los crímenes y los excesos en todo género que se cometieron en esta Ciudad, y los horrores que introduxo en el templo la faccion de Juan. En este circunstanciado detalle se reconoce claramente el cumplimiento de la célebre prediccion de Daniel, que Jesu-Christo recuerda hoy á los Apóstoles por estas palabras: por tanto, quando viereis que la abominacion de la desolacion que fué dicha por el Profeta Daniel está en el lugar santo, el que lee entienda. Pero si este suceso tiene algo de maravilloso en sí mismo, la vergonzosa seguridad del pueblo Judío me parece mas de admirar todavía. Estos hombres tenian en sus manos los libros de los Profetas, en donde estaban pintadas estas desgracias, de manera que era imposible desconocerlas; y sin embargo sus ojos estaban

enteramente cerrados á la verdad.

En efecto, este pueblo se dedicaba con toda exactitud á la lectura de los libros de la ley, y aun los mas simples é ignorantes sabian á lo ménos los principales hechos contenidos en las Escrituras, y citaban con frecuencia aquellos mas extraordinarios. ¿Pero qué provecho sacó este pueblo desgraciado de todas sus luces? Ellos no conocieron ni las desgracias que les amenazaban, ni el Mesías que debía venir, objeto único y fin de todos estos oráculos? ¿Pero podremos admirarnos de la ceguedad de los Judíos, sabiendo que la mayor parte de ellos leía por curiosidad y por orgullo? Nosotros que tenemos entre manos no solo los oráculos de los Profetas, sino tambien las palabras de Jesu-Christo mismo, no leamos con las disposiciones de este pueblo desgraciado, ni menospreciemos el aviso importante que nos da hoy nuestro Divino Salvador quando dice: el que lee entienda. Todos los dias se multiplican los libros acerca de las ciencias profanas. Se escribe sobre las artes, sobre la economía política, sobre la legislación; y en

fin se inunda el mundo con papeles y libros de todas materias. Cada autor tiene sus lectores y sus partidarios; y aunque segun esto pudiéramos considerar á nuestro siglo como el siglo de las luces; sin embargo me atrevo á decir, que propiamente es el siglo de la ignorancia sobre el objeto mas importante, qual es la religion y las costumbres: se encuentran pocos que lean con aquellas disposiciones que se requieren para sacar alguna utilidad de la lectura. Son pocos en efecto los que lean con humildad; es decir, los que se aplican á sí mismos las verdades eternas que encuentran en los libros: son pocos los que lean con docilidad; es decir, que procuran arreglar su conducta á las máximas del Evangelio: en fin son pocos los que lean con sinceridad; es decir, que trabajan para descubrir la verdad; y por consecuencia muy pocos los que lean con fruto. Si los Judíos hubieran leído con estas disposiciones, sin duda no fueran víctimas de su obstinacion. Jesu-Christo mismo les habia prevenido que mirasen con recelo á todos los que para sorprenderlos tomasen su nombre; pe-

ellos sin embargo siguiéron inconsideradamente una multitud de impostores, y de falsos Profetas, que los asociaron á sus desgracias despues de haber sido los espectadores de sus imposturas. Si alguno os dixere, les dice: mirad, el Christo está aquí, ó allí, no lo creais. La impiedad se cubre muchas veces, hermanos míos, con la máscara de la virtud y de la justicia para seducirnos mas á placer. En los últimos tiempos vereis impostores que para autorizar sus máximas, y hacerse prosélitos, se darán los nombres de Christos y Profetas, los quales darán grandes señales y prodigios, de modo que si puede ser caigan en error aun los escogidos.

Si esta profecía no tuviese otro objeto que la ruina de Jerusalem, no sería difícil entenderla; pero San Juan Chrisóstomo, y con él otros muchos intérpretes explicando el Evangelio de este día, nos hacen notar que Jesu-Christo quiso darnos una importante leccion prediciendo las señales espantosas que precederán á su última venida. Nosotros, mis hermanos, que estamos muy cerca de los últimos tiempos, vivamos alerta contra estos falsos

Profetas: consideremos que el Ante-Christo debe preceder á estos días de desolacion; pero si el Apóstol San Pablo daba este nombre á un cierto número de impostores que procuraban entónces sofocar la religion en sí misma, ¿de qué modo llamaremos á esos pretendidos filósofos, que baxo el pretexto de establecer una religion libre de supersticiones, trabajan para acostumar á sus prosélitos á no tener ninguna? ¿No los miraremos como falsos Profetas, como verdaderos Ante-Christos? Si juzgamos por los progresos que todos los días hacen sus monstruosos sistemas, ¿no diremos que se acerca el fin del mundo, y que el Hijo del hombre no está distante?

Cómo el relámpago sale del Oriente, prosigue Jesu-Christo, y se dexa ver hasta el Occidente, así será tambien la venida del Hijo del hombre. En efecto vendrá el Señor para juzgar á todos los hombres, y los citará á su tribunal en la hora ménos pensada: ¿quál es por tanto la justa consequéncia que debemos sacar de esta verdad espantosa? Sin duda la de velar continuamente para no ser sorprendidos; hacer

abundante provision de buenas obras, para que el Señor no encuentre vacías nuestras manos, y mantener la caridad en nuestros corazones para que las lámparas estén ardiendo quando venga el Esposo. Estas son las conseqüencias que debemos sacar; pero no son las que sacan la mayor parte de los Christianos. Los pecadores demasiado ingeniosos para perderse hacen tales razonamientos en los últimos dias, que léjos de asegurarlos, solo sirven para endurecerlos. Los unos imbuidos en tradiciones falsas, ó mal entendidas, quisieran, por decirlo así, determinar el número de los siglos: ellos los cuentan segun las ideas de su imaginacion, y quisieran contra la palabra del Hijo de Dios mismo conocer lo que el Hijo del hombre ha querido que ignorasemos. Otros convienen en la incertidumbre del tiempo, y miran como el colmo de la extravagancia el querer penetrar este misterio; pero despues de todo dicen: Jesu-Christo no ha querido sin duda sorprendernos, pues que nos advierte las señales que deben precederle. Y en efecto no deberá venir el Ante-christo? Su reyno no debe tener sus progre-

sos y su decadencia? Los Judios ¿no deben entrar en el seno de la Iglesia? La fé, todavía ignorada en tantos pueblos, ¿no debe ser predicada por todas partes? Acaso hemos visto obscurecerse la luna, caer del cielo las estrellas, y ser conmovidas las virtudes de los cielos? En una palabra, ¿quál de todos estos signos es el que nos anunciará la venida próxima de Jesu-Christo?

Notad, hermanos míos, que semejante razonamiento fué la causa de la reprobacion del pueblo Judío. Adherido á una multitud de profecías que no entendia, y todavía mas prevenido por una infinidad de falsas tradiciones, se habia formado del Mesías una idea enteramente carnal y muy contraria á la que los Profetas habian querido designar; pero Jesu-Christo viene, y se esfuerza para darles á entender que él es el fin de todas las profecías. Confirma su mision y sus sermones con innumerables milagros, y este pueblo insensato se atreve todavía á desconocerle, y á esperar otro Mesías. ¡Ah, cuánto temo que los pecadores en el último tiempo no renueven el triste espectáculo

del endurecimiento de los Judíos, y no participen de la misma reprobacion!

Dos suertes de señales precederán al último juicio, y las unas ménos sensibles quizá estarán produciendo ahora mismo su efecto, y no lo advertiremos por la dureza de nuestro corazón. ¿Quién sabe si el rey no del Ante-Christo ha venido ya? ¿Cómo nombraré yo esos hombres, esos oráculos de nuestro siglo, que todo lo refieren á los sentidos, y á la naturaleza, que no conocen otras reglas para creer que una razon obscurecida por la violencia de las pasiones, que quisieran hacernos mirar la moral del santo Evangelio como un lenguaje antiquado, del qual si se ha podido hacer algun uso en los siglos de ignorancia, del todo es inútil y desusado en unos tiempos en que han llegado las luces á dominar los espíritus, y en que los conocimientos se han multiplicado de una manera prodigiosa? ¿Hablará el Ante-Christo, hermanos míos, un lenguaje mas peligroso? ¿Hará por ventura mas prosélitos, que hacen los desgraciados autores de estos sistemas monstruosos? ¿Anunciará mas visiblemente la consumacion de los siglos

Vosotros esperais la conversion de los Judíos; ¡pero quién sabe si el Señor, movido de compasion ácia su antiguo pueblo, abrirá los tesoros de su misericordia y su bondad! Dispersos por todo el universo, no es posible que su conversion sea insensible: quizá en este momento estará mas adelantada que pensais. Decis que las naciones no estan enteramente ilustradas por la antorcha de la fé; pero notad, hermanos míos, que no sabemos si alguna de las que la ha dexado apagar podrá volverla á encender; y que seriamos temerarios é insensatos, si quisiésemos asegurarnos sobre señales cuyo cumplimiento es tan insensible.

Hay otras señales, cuya realidad no es suficiente para tranquilizar un pecador, y son aquellas que deben preceder inmediatamente á la revolucion de los siglos. El sol se obscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas. En este transtorno universal, ¿podrá tener el pecador alguna esperanza de conversion? ¿Se atreverán los impios á esperar con tranquilidad el juicio del

Juez mas temible y justo? Entónces parecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entónces plañirán todas las tribus de la tierra. El espectáculo solo del Hijo del hombre sentado sobre las nubes del cielo, revestido de todo su poder y magestad, armado con la señal formidable de su cruz, y rodeado de todos sus escogidos y de sus Santos, será causa para que el pecador se estremezca y se dexee llevar á la desesperacion.

Para prepararnos á esta venida no esperemos nosotros estas señales, mas propias para consternarnos que para convertirnos, porque el Hijo del hombre está muy cerca. Entónces si no hemos vivido en la justicia, la venida de Jesu-Christo no será para nosotros un motivo de confianza, sino de terror; porque esta es la diferencia que hay entre la primera y la última venida de nuestro Salvador. En la primera los Profetas, para animar á Israel, y consolarle en su cautiverio, le dicen que su Libertador está cerca; y el Apóstol San Pablo, por el contrario, se vale de las mismas palabras para inspirar al pecador un temor, y animarle á salir

de su letargo. Nosotros, hermanos míos, podremos estar seguros y tranquilos quando Jesu-Christo, al cabo de diez y ocho siglos está tan cerca que puede decirse con toda propiedad que está ya á la puerta? Mirarémos estas amenazas como piadosas exágeraciones de que se valen los Ministros de la palabra santa para intimidarnos?

Jesu-Christo acaba este Evangelio diciendo: el cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán. Sí, hermanos míos, el cielo y la tierra pasarán; triste reflexion para los que gozan en paz los bienes de este mundo. ¡Qué! ¡habrán de dexar estos bienes, que son el objeto de su confianza y de su satisfaccion! En efecto, vendrá un tiempo en que todas las clases serán confundidas: en que las riquezas serán despreciadas, y en que los talentos y la fuerza serán del todo inútiles: entónces ni la juventud, ni la salud serán un preservativo de la muerte, y de quanto haya gozado el hombre no le quedará sino la memoria y el pesar de verse privado de todos sus goces para siempre. Qué les quedará á los felices del siglo sino un vacío vergon-

zoso, y la esperanza terrible de la sentencia que se ha de pronunciar contra ellos? Meditemos estas palabras, las quales no estan sujetas, como las cosas humanas, á las vicisitudes y la mudanza. En ellas veremos sentencias contra los pecadores, y promesas consoladoras para los justos. Acordémonos, qualquiera que sea nuestra situación, que las palabras de Jesu-Christo no pasarán, y este motivo despertará nuestro temor, y reanimará nuestro amor. Somos pecadores, esto es lo que nos conviene meditar. Si no hacemos penitencia, pereceremos todos: el Hijo del hombre vendrá á la manera de un ladron, en el momento que el Padre de Familias se halle descuidado: entónçes, dice Jesu-Christo, me buscareis, pero no me encontrareis, y morireis en vuestro pecado: estas palabras son terribles; però lo mas terrible es, que ellas no pasarán.

Si nosotros, hermanos míos, amamos nuestra religion y nuestra fé, escuchemos estas palabras de Jesu-Christo, que sin duda harán el consuelo de las almas fieles: bienaventurados los que lloran, los que gimen y sufren,

porque ellos serán consolados, como si dixese: considerad que vuestra redencion está cerca: vuestra recompensa es grande, y os voy á preparar un lugar en el cielo, y á atraeros todos á mí. Hermanos míos, estas promesas encierran en sí grandes consuelos; pero el principal de todos es que ellas no pasarán. Así sea.

FIN

DE LAS INSTRUCCIONES

SOBRE LOS DOMINGOS

Y FIESTAS PRINCIPALES DEL AÑO.

NOTA.

Los dos tomos últimos de Pláticas 6 Instrucciones familiares sobre

las oraciones y ceremonias del santo Sacrificio de la Misa, con que se da fin á las que escribió este Autor, y anunciamos en el Prólogo: se darán con la mayor brevedad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

De lo que contiene este tomo sexto.

Domingo XV. despues de Pentecostes.	pág. 3
Instrucción sobre la Epístola.	4
Instrucción sobre el Evangelio.	20
Domingo XVI. despues de Pentecostes.	39
Instrucción sobre la Epístola.	40
Instrucción sobre el Evangelio.	54
Domingo XVII. despues de Pentecostes.	71
Instrucción sobre la Epístola.	72
Instrucción sobre el Evangelio.	88
Domingo XVIII. despues de Pentecostes.	107
Instrucción sobre la Epístola.	108
Instrucción sobre el Evangelio.	119
Domingo XIX. despues de Pentecostes.	138
Instrucción sobre la Epístola.	139
Instrucción sobre el Evangelio.	157
Domingo XX. despues de Pentecostes.	177
Instrucción sobre la Epístola.	178
Instrucción sobre el Evangelio.	191

<i>Día de todos los Santos.</i>	205
<i>Domingo XXI. despues de Pentecostes.</i>	221
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	222
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	236
<i>Domingo XXII. despues de Pentecostes.</i>	255
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	256
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	271
<i>Domingo XXIII. despues de Pentecostes.</i>	289
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	290
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	305
<i>Domingo XXIV. despues de Pentecostes.</i>	320
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	321
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	337

ERRATAS.

<i>Página.</i>	<i>línea.</i>	<i>dice.</i>	<i>debe decir.</i>
98.	28.	del	de.
102.	2.	repose	reposa.
106.	24.	ó á lo menos	ó á lo ménos sí.
130.	28.	as	las.
135.	6.	de	del.
145.	16.	todas clases	toda clase.
153.	29.	recusar	reusar.
167.	13.	esta	la.
218.	27.	Ellos	El.
Id.	28.	interrumpirán	interrumpirá.
269.	10.	altere	altera.
277.	3.	pronto	prontos.
283.	21.	le	les.
346.	9.	Anti-Christo	Ante-Christo.

SEÑORES SUBSCRIPTORES

DE MADRID.

- Señor Don Manuel Tovar,
Presbítero.
- Sr. D. Francisco Morcillò , Presbítero.
- Sr. D. Joseph Rodriguez y Mexía.
- Sr. D. Ramon Gomez.
- Sr. D. Matías Mollano.
- Sr. D. Francisco Azañero.
- El M. R. P. Fr. Francisco Morales,
del Orden de San Gerónimo.
- El P. Manuel Ballesteros , de los
Clérigos Menores.
- Sr. D. Juan Guerra , Presbítero.
- Sr. D. Juan Martín Morquende.
- Sr. D. Joseph de La-Barrera.
- Sr. D. Antonio Lanuza , por veinte
ejemplares.
- Sr. D. Pablo Ramon Hernandez.
- Sr. D. Joaquin Liron de Robles.

Sr. D. Juan Hernandez Pingarron.
 Sr. D. Juan Francisco Peiroteo.
 Fr. Juan de Dios Alvarez.
 El Señor Conde de Casa-Valencia.
 Sr. D. Gregorio Barcones y Car-
 rion.
 Sr. D. Domingo Burgos, Presbítero.
 El Hermano Antonio Joseph de
 Santo Domingo.
 Sr. D. Francisco Manuel de Re-
 villa.
 Sr. D. Manuel de Buszinaga.
 Sr. D. Luis Carvajal.
 Sr. D. Joseph de la Fuente.
 Sr. D. Nicolás Casal.
 El R. P. Fr. Joseph de la Virgen.
 Sr. D. Francisco Diaz.
 El P. Fr. Alexandro Martinez.
 Sr. D. Nicolás García Caballero.
 Sr. D. Gerardo Arbeola.
 Sr. D. Benito Dávila.
 Sr. D. Manuel Rivera, Presbítero.
 Sr. D. Carlos Loran.
 Sr. D. Tomas Alfaxeme.
 Sr. D. Andres de Garnica.

Sr. D. Manuel Andres Gil.
 Sr. D. Santiago Moreno, Presbí-
 tero.
 Sr. D. Pedro de Otaola.
 Sr. D. Joseph Antonio de Pando.
 Sr. D. Francisco Navarro.
 Sr. D. Benito Cuebas de la Fuen-
 te, Presbítero.
 Sr. D. Pedro Pablo Verdesoto.
 El P. Fr. Domingo Bañuelos.
 Sr. D. Ambrosio Romero.
 Sr. D. Judas Ta teo Salamanca.
 Sr. D. Joseph Vinuesa, *por dos*
ejemplares.
 Los Señores Viuda de Ibarguen-
 goitia é Hijo.
 El P. Fr. Dámaso Illescas.
 Sr. D. Pedro de la Cuba.
 Sr. D. Joseph Prieto.
 Sr. D. Antonio García.
 Sr. D. Pasqual Bar rero y Pastor,
 Presbítero.
 Sr. D. Agustin Trápaga.
 Sr. D. Juan Villaluenga.
 Sr. D. Ramon Blas Ramirez.

El R. P. M. Fr. Benito Escudero,
- por dos exemplares.

El P. Joseph Ramirez.

Sr. D. Ambrosio María de Torres
y Ubeda, Presbítero.

Sr. D. Joseph Miguel y Porres.

Sr. D. Antonio Blot.

Sr. D. Pedro Echevarren.

Fr. Francisco Villamanta.

Sr. D. Pedro de Acha.

Sr. D. Antonio Folgar y Torres.

Sr. D. Narciso Hernandez Torre-
cilla.

Sr. D. Fermin Ignacio de Vera.

Señora Doña María Eugenia Mi-
ñano.

Sr. D. Manuel de Medio.

Sr. D. Frutos Villa.

Sr. D. Joseph de Pando Gomez,
Presbítero.

Sr. D. Antonio de Ojea.

Sr. D. Domingo Garcia de Santiago.

Sr. D. Nicolás de Arana y Cuesta.

Sr. D. Joaquin de Llano.

Sr. D. Antonio Palao Espejo.

Sr. D. Tomás Serrano Pingarron.

Sr. D. Juan Antonio Sanchez y
Heredia.

Sr. D. Antonio de Perayta Apa-
ricio.

Sr. D. Manuel Ramirez y Miguel.

Sr. D. Francisco Tomé y Peñaranda.

Sr. D. Benito Diez.

Sr. D. Antonio Bermudez de Quin-
tana.

Sr. D. Antonio Garnica.

Sr. D. Benito Santos.

Sr. D. Pedro Velez.

Sr. D. Enrique Acuña, por dos
exemplares.

Sr. D. Gervasio Fernandez.

Sr. D. Lorenzo de Estal.

Sr. D. Jayme de Steudinger.

El Doct. D. Manuel Garcia Val-
deavellano.

El Doct. D. Francisco Joseph Vi-
llodres.

Sr. D. Joseph Manuel de la Pvente.

Sr. D. Francisco María de Arbizu.

Sr. D. Christobal Merxelina y Silva.

El P. Superior de San Agustín
Córdoba.
Sr. D. Pedro Laguna.
Sr. D. Matías Ramon Perez.
El M. R. P. Fr. Miguel Martinez.
El P. M. Fr. Bruno Sagarbinaga,
por dos exemplares.
Sr. D. Francisco Lopez García.
Sr. D. Salomon de Aguilar.
Sr. D. Juan Antonio Amor.
Sr. D. Benito Garay.
Sr. D. Blas Escribano.
Sr. D. Pedro Cabezon.
Sr. D. Martin Sandoval.
Sr. D. Anselmo Ruiz, Presbítero.
Sr. D. Alfonso Bernal.
Sr. D. Santos Montoro y Cepeda.
Sr. D. Eusebio Lopez.
El R. P. Fr. Antonio Lopez.
Sr. D. Juan Ordoñez Delgado.
Sr. D. Ramon Pellico.
Sr. D. Manuel Antonio Rodriguez
Roxo.
Sr. D. Antonio Sanz Baquero.
El P. Fr. Pedro Barcarcel.

Sr. D. Francisco Sejornan.
Sr. D. Gregorio de Losada.
Sr. D. Juan Guaita, Presbítero.
Sr. D. Francisco Xavier de Cam-
puzano.
Sr. D. Francisco Galin.
Sr. D. Manuel Fernandez Noguero.
Sr. D. Andres Puebla Gomez.
Sr. D. Juan Gomez Villareal.
El Doctor D. Juan Sabino Sanchez
Illescas.
Sr. D. Joseph Aguado.
Sr. D. Pedro Gonzalez Nadela.
Sr. D. Leon Garcia Alvarez, Pres-
bítero.
El Doctor D. Juan Ferrá.
Sr. D. Ignacio Calvo.
Sr. D. Manuel de Olano.
Sr. D. Gabriel Sorrentini.
Señora Doña Andrea María Portu-
guesa.
Señora Doña Rita Cabeda Solares.
El Sr. Conde de Humanes.
Sr. D. Joseph Berard, *por quatro
exemplares.*

- Sr. D. Antonio Moreno.
 Sr. D. Pablo Antonio Gallego.
 Sr. D. Cayetano Blasco.
 Sr. D. Gerónimo Gomez de la
 Maza.
 Sr. D. Andres de Ziordia.
 Sr. D. Vicente Navarro.
 Los Señores Iglesias y Martínez,
por tres exemplares.
 Sr. D. Pedro Pauca.
 Sr. D. Felipe Sainz de Prado.
 Sr. D. Pedro Calvo.
 Sr. D. Antonio de Uria.
 Sr. D. Joseph Garrido Velasco.
 Sr. D. Felipe Valdivieso.
 Sr. D. Domingo Antonio Marques
 Peñaranda.
 Sr. D. Simon Lopez, *por dos exem-
 plares.*
 Sr. D. Tomás de Molina.
 Sr. D. Francisco de Aza.
 Sr. D. Manuel Losada y Quiroga,
 del Comercio de Libros, *por seis
 exemplares.*

SEÑORES SUBSCRIPTORES

DE LAS PROVINCIAS.

SEVILLA.

- Sr. D. Sebastian Moron y Ponce,
 Tesorero del Santo Oficio.
 Sr. D. Francisco de Paula Cabre-
 ra, Presbítero.
 Sr. D. Juan Antonio Meredu y
 Diaz.
 El M. R. P. Fr. Francisco Llamas,
 Lector jubilado de S. Pedro de
 Alcántara.
 Doct. D. Ignacio Valencia, Pre-
 bendado.
 Doct. D. Joseph Aldana, Preben-
 dado.
 Sr. D. Santiago Mathieu.
 El Hermano mayor del Hospital
 del Buen-Suceso.

- Sr. D. Eustaquio Ramos.
 Sr. D. Joseph Merry.
 El P. Fr. Vicente Cordero, Dominico.
 Doct. D. Francisco Izquierdo.
 Sr. D. Joseph Estrada, Presbítero.
 Sr. D. Juan Antonio Martinez de la Quadra.
 Sr. D. Joseph Vergara y Campos, Presbítero, *por dos exemplares.*
 El P. Lect. Fr. Juan Zara, Dominico, *por tres exemplares.*
 Sr. D. Francisco Parreño, Presbítero.
 Sr. D. Juan Joseph Carrero.
 Sr. D. Alonso Carrasco.
 Sr. D. Juan Joseph Christovo, Presbítero.
 Sr. D. Francisco Aguilera.
 Sr. D. Juan Manuel Rodríguez, Cura de Mayrena.
 El P. Fr. Joseph de la Concepcion de San Gerónimo.
 Sr. D. Miguel de Ribas, Cura de Anacollar.

- El P. Lect. Fr. Miguel Aparicio, *por dos exemplares.*
 Sr. D. Ignacio Roman.
 Sr. D. Agustin Romero, Cura de Pruna.

ZARAGOZA.

- Sr. D. Pedro Puyó.
 El M. R. P. Fr. Miguel de la Virgen del Carmen, Carmelita Descalzo.
 Sr. D. Cosme Coscuella, Presbítero.
 Sr. D. Joaquin Cistué, Canónigo.
 Sr. D. Pasqual Martinez Gomez.
 Sr. D. Ramon Escartin, Canónigo de la Santa Iglesia de Jaca.
 Sr. D. Joseph Nogués, Presbítero.
 El M. R. P. Fr. Lorenzo Ibañez, Dominico, *por dos exemplares.*
 Sr. D. Pantaleon Espin.
 Sr. D. Joaquin Perez, Presbítero.
 Sr. D. Mariano Fabian, Presbítero.

Sr. D. Tadeo Lopez.
Sr. D. Juan Chrisóstomo de Olles,
Presbítero.

El M. R. P. Fr. Joseph del Niño
perdido, Agustino Descalzo.

El M. R. P. Fr. Joseph de Santo
Constancia, Agustino Descalzo.

Sr. D. Fr. Mariano Avellanas, del
Orden de San Juan.

Sr. D. Joseph Unceta.

El M. R. P. Fr. Joseph de Santo
Domingo, Carmelita Descalzo,
por dos exemplares.

Sr. D. Joseph Sopena, Presbítero.

Sr. D. Jacinto Gil, Presbítero.

Sr. D. Joaquin Castan, Presbítero.

Sr. D. Joseph Segura, Presbítero.

Sr. D. Joseph San Juan, Presbí-
tero.

Sr. D. Antonio Lorte.

El M. R. P. Fr. Bruno Villoro, Do-
minico.

Sr. D. Joseph Sanchez, Presbítero.

El M. R. P. M. Fr. Tomás Domin-
go, Dominico.

Sr. D. Ignacio Oliveras.

Sr. D. Juan Francisco Cortés.

Sr. D. Juan Francisco Teruel, Pres-
bítero.

CÁDIZ.

Sr. D. Pedro Pablo de Arrieta.

Sr. D. Juan Baldes.

Sr. D. Juan Manuel Beltran del
Rey.

Sr. D. Nicolas de Reyes.

Sr. D. Cecilio Zaldo.

Sr. D. Melchor Manconil.

Sra. Doña Gerónima Montero.

Sr. D. Manuel de Jesus Fernandez.

Sr. D. Francisco de Paula Prieto,
vecino de Rota.

Sr. D. Francisco Boutelou.

Sr. D. Ignacio de Solueta.

Sr. D. Gerónimo Peña, vecino de
Xerez.

Sr. D. Lorenzo Benitez de Hinos-
trosa, Presbítero, vecino de Rota.

- Sr. D. Francisco Manso de Andrade, Cura Párroco de Medina-Sidonia.
- Sr. D. Joseph Antonio de Vila y Cea.
- Sr. D. Gonzalo Pardo.
- Sr. D. Pedro Blanco.
- Sr. D. Juan Bautista de Larrieta.
- Fr. Domingo del Espíritu Santo, Carmelita Descalzo en la Villa de Paternina.
- Sr. D. Luis Fernandez.
- Sr. D. Vidal Marin, Coronel del Regimiento de Córdoba.
- Sr. D. Antonio Muñoz y Santiago, Caballero del Orden de Alcántara, Capitan del mismo cuerpo.
- El P. D. Joseph de Medina, de San Felipe Neri.
- Sr. D. Juan García Baqueriza, Capellan de la Compañía de Guardias Marinas.
- El Excmo. Sr. D. Ildefonso Arias de Saavedra.
- Sr. D. Juan Evangelista del Valle y Muñoz.

- Sr. D. Joseph de Prieto, vecino de Veger.
- Sr. D. Joseph Ruiz de Roman, Cura del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral.

VALENCIA.

- Sr. D. Juan Bautista Vendrell, Cura Párroco de San Lorenzo.
- Sr. D. Joseph Torrero.
- Sr. D. Joseph Sancho.
- Doct. D. Cayetano Noguez, Secretario del Santo Tribunal.
- Sr. D. Luis Borrás y Goya, *por dos exemplares.*
- Sr. D. Ignacio Medina, Cura Párroco de la Villa de Caudete.
- El M. R. P. Fr. Domingo Canet, del Orden de la Merced.
- Doct. D. Mariano Antich, Cura Párroco de Almazora.
- Doct. D. Joaquin Asensio.

Sr. D. Manuel Fuentes, Inquisidor mayor.

El M. R. P. Prior del Convento de San Agustin.

El M. R. P. M. Fr. Francisco Breva, de la misma Orden.

Sr. D. Pedro Merlo, Canónigo de la Catedral de Gandía.

Sr. D. Pedro Vergueire.

Sr. D. Francisco Dolz.

Sr. D. Blas Monforte.

El M. R. P. Lector Fr. Bartolomé Ribelles, del Orden de Santo Domingo.

El Doct. D. Joseph Maenza.

Fr. Luis Aleman, del Orden de la Merced.

Sr. D. Miguel Ramon.

El P. Fr. Ignacio Moner, del Orden de San Francisco.

Sr. D. Melchor de Olaso.

Sr. D. Vicente Romero.

Sr. D. Christobal Donday.

Doct. D. Joaquin Gomis, Cura Párroco de Rafalguarat.

El M. R. P. Lect. Fr. Miguel Marti, Teólogo de esta Universidad.
Doctor D. Miguel Mateu, Cura de Foyos.

Sr. D. Antonio Morera.

Sr. D. Bartolomé Alvarez, Teniente Coronel de los Reales Ejércitos.

El M. R. P. Lect. Fr. Mariano Bonnet, del Orden de Santo Domingo.

Sr. D. Vicente de Perellos y Lanuza, Caballero de la Religion de San Juan de Jerusalem.

Sr. Don Gabriel Donday.

Sr. D. Vicente Uebeda.

Sr. D. Mariano Talens.

SALAMANCA.

- Sr. D. Juan Gonzalez de Borxa,
Cura Párroco de Garci-Rey.
Sr. D. Manuel Martin Dávila, Cu-
ra Párroco de Noyillos del Ala-
mo.
Sr. D. Bruno Castillo, Cura Pár-
roco de San Pedro, en Ciudad
Rodrigo.
Sr. D. Pedro Calvarro, Cura Pár-
roco de Robledillo.

BURGOS.

- Sr. D. Joaquin de Campuzano.
Sr. D. Joseph Bernal.
Sr. D. Nicolás Fuentes.
Sra. Doña Concepcion Zubimendi.
Sr. D. Lino Sisniega y Arias.
Sr. D. Manuel de San Pedro.
Sr. D. Andres Anderez.

- Fr. Andres Martinez.
Sr. D. Bonifacio Lopez y Blanco.
Sr. D. Ramon Lucio.
Sr. D. Tomás Benito.
Sr. D. Manuel Rubio.
Sr. D. Manuel Antonio de Pedro.
El P. Fr. Juan Francisco Plaza, Re-
gente en el Convento de Mer-
cenarios Calzados.

BARCELONA.

- El P. Cayetano Compte, Ser-
vita.
Sr. D. Juan Riera y Torras.
Sr. D. Joseph Camin.
Doct. D. Peligri Guasch, Rector
de Vilanova.
Doct. D. Anton Culi, Rector de
la Geltris.
Doct. D. Francisco Antonio, Rec-
tor de Agnamunt.
Sr. D. Francisco Ribas.

Doct. D. Lorenzo Martí, Rector
de Bellver.

Doct. D. Ramon Pagés.

Doct. D. Domingo Planas, Presbí-
tero y Prior.

Señor Paborde de Mur.

Sr. D. Carlos Ramon de Aspfer.

Sr. D. Gerónimo Talené y Tal-
guera.

Sr. D. Joseph Pujol.

Sr. D. Ramon Obiols.

Sr. D. Francisco Ponte, *por dos
ejemplares.*

GRANADA.

Sr. D. Esteban de Ribas.

Sr. D. Francisco Sanchez.

Sr. D. Juan Antonio Uhuelves.

Sr. D. Joseph Gamez.

Sr. D. Joseph de Egea.

Fr. Pedro de Naxera.

Sr. D. Francisco Segado.

Sr. D. Antonio Bexines de los Rios.

Sr. D. Julian Joseph de Bilches.

Sr. D. Manuel Carretero.

Sr. D. Manuel de Prado, Cura de
Montefrio.

Sr. D. Andres Rumí.

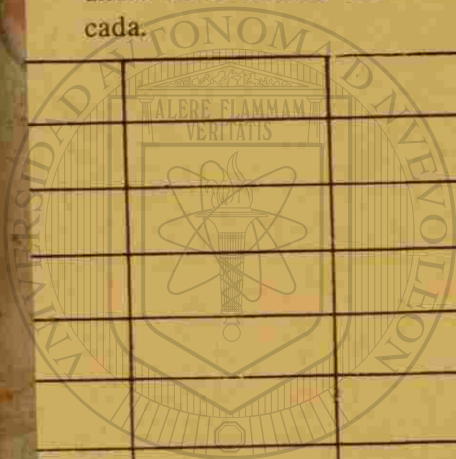
El M. R. P. M. Fr. Antonio del
Pino, de Santo Domingo.

Sr. D. Agustin Ventura Domin-
guez.

Fr. Alexandro Perez, Agustino
Descalzo.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.



BV43
C6
v. 6

132888

AUTOR

COCHIN,

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

